
entreUnos
BAUTISMOS
DICIEMBRE 2016

Staff

Idea, realización y dirección: Florencia Fiorentino, Aracelli Marchesotti y Gustavo Slatopolsky

Corrección a la letra: Aracelli Marchesotti

Traducciones: Lorena Buchner, Pablo Dymant, Carola Nebiolo Bonelli y Natalia Paladino

Diseño y composición: Joaquín Pérez Flenche//contacto (joakin@live.com)

Las obras que componen el arte en este número son de **Guillermo Belaga**

Las imágenes han sido retocadas digitalmente.

Agradecimientos

A quienes participaron con sus textos

Lorena Buchner

Martina Cicchetti

Laura D´Agostino

Pablo Dymant

Florencia Fiorentino

Mercedes Medina

Aracelli Marchesotti

María Eugenia Sánchez

Ricardo Seijas

Gustavo Slatopolsky

A los invitados especiales de este número

entreUnos

Patricio Alvarez Bayon
Guillermo Belaga
Silvia Cimarelli
Gastón Cottino
Carlo De Panfilis
Antonio Di Ciaccia
Sophie Le Goff
Christophe Le Poëc
Marcela Piaggi
Gracia Viscacillas Ballarin

la cigarra / dispositivo clínico

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático. Ni su transmisión, de cualquier forma o por cualquier medio, sin autorización previa ni por escrito de los titulares del copyright.

Índice

cero 6

lo singular

Borde*ar* el nombre. Gustavo Slatopolsky. 9

Un nombre vacante. Laura D´Agostino. 29

Solución Minion. Florencia Fiorentino. 34

Surcos de una nominación. Martina Cichetti. 42

lo colectivo

Taller de Magia. Mágica Verdad. Gustavo Slatopolsky. 48

Taller de la palabra. Triángulo de cuatro lados. Gustavo Slatopolsky 53

Taller de Magia y Disparate. Uno en busca de otros unos.
Florencia Fiorentino y Aracelli Marchesotti. 60

Taller de Idiomas. El Otro en las inmediaciones. Pablo Dymant. 67

Taller de Teatro leído. En voz alta y tachando. (Hospital de día de Adultos)
Ricardo Seijas. 74

Taller de Francés. Saber quién es el que no manda. (Hospital de día de Adultos).
Lorena Buchner. 81

huellas

Efecto cigarra - Efecto sorpresa. Mercedes Medina. 88

Huellas de una lógica de lo singular. María Eugenia Sánchez. 91

entre otros

ser comentados 95

Carlo de Panfilis sobre Tal para cual (texto publicado en entreUnos, # 1). 96

Gracia Viscasillas sobre Solución Minion. 102
Silvia Cimarelli sobre Un triángulo de cuatro lados. 109
Entrevista a Antonio Di Ciaccia. Por entreUnos/ Gustavo Slatopolsky. 114

ensayos

Efectos de nominación en el autismo. Marcela Piaggi. 121
De la operación estadística sobre el "autismo" y sus consecuencias nominativas.
Gastón Cottino. 128

entre lenguas

España. "La puerta, Saturno y el espacio espacial. Recorrido junto a un niño autista".
Gracia Viscasillas. 136
Francia. "De lo real del pasaje al acto a lo imaginario de la emoción".
Sophie Le Goff.
Versión en español 151
Versión en francés 155
Francia, "Una reflexión sobre la Affinity Therapy. De la autoterapia al reconocimiento de la letra". Cristophe Le Poëc.
Versión en español 159
Versión en francés 166

saber-hacer

El saber-hacer de Temple Grandin. Patricio Álvarez Bayón. 174
Entrevista a Guillermo Belaga. Por entreUnos/ Aracelli Marchesotti. 186

cero

Autismos. (Ante) poner una B es la apuesta sostenida por *la cigarra* como dispositivo clínico frente a quienes son llamados autistas. Poder disponer de ella, estirarla, olerla, tenerla a mano. Soplarla, morderla, hablarla. Leerla. Escribirla. Alguna vez, quizás.

Una B a disposición para promover en cada chico o joven autista un consentimiento a la entrada en el mundo de la palabra y con ello, un nuevo nacimiento, del sujeto al Otro, o al menos a un Otro posible – habitable- para él.

Semana a semana la ceremonia tiene lugar, en los encuentros ritualizados de los talleres, en cada espacio de tratamiento individual, donde verificamos momentos de cesión de la palabra, o la apropiación del propio nombre, invención de nuevos nombres y de nuevos usos de las palabras, que ceden en las modalidades de goce rígido y solitario y marcan un nuevo horizonte en la cura.

En una época donde manda el test, la evaluación que se pretende objetiva, las estadísticas cuestionables y el empuje a nominar en términos de categorías estancas para agrado de los laboratorios y quienes viven de los protocolos, sostenemos una ética de lo singular tal y como se orienta desde el Psicoanálisis en el hospital público.

Importa menos qué es el autismo que el acto que escribe el nacimiento de una B. Decimos Bautismo a las diferentes soluciones que promueven una regulación novedosa entre los registros.

entreUnos también nace para hacer lazo, para obligar a *la cigarra* a sacudirse de la siesta. La manera que hemos encontrado de escribir una B al autismo propio de una clínica que tiende

a dejarnos dormidos en una engañosa discusión que solo es conversación cuando puede salir al mundo y escuchar cómo es leído desde otras experiencias y lenguas.

Los analistas que la pueblan y transitan de distintos modos se piensan en su acto y escriben sobre su práctica y sus efectos.

La lectura de los otros nos orienta y sobre todo, nos afecta. Hacemos la experiencia de ello en cada número de ***entreUnos***, de que eso tendrá consecuencias en la apuesta al lazo que promovemos en los tratamientos, los talleres, la formación.

Aracelli Marchesotti y Florencia Fiorentino

entreUnos

LO SINGULAR



Bautismos, recorridos de lo singular de una invención que pone en marcha el tratamiento de una sobrecarga de goce y que el dispositivo busca transformar y alivianar. Invención que se orienta por la solución singular hacia nuevos modos de nacimiento del sujeto y donde el lazo con un Otro “a medida” se haga posible.

Borde*ar *el nombre
La nominación en la clínica del autismo

Gustavo Slatopolsky

La redacción de este trabajo persigue dos niveles de lectura. El primero es una apuesta por una cronología, no sin su lógica. Lo extenso del mismo– y su posible redundancia – es efecto de un intento de captura que permita pensar paso a paso cómo fueron teniendo lugar las transformaciones operadas. El segundo busca pensar el lugar del dispositivo de talleres en el entramado mismo de la cura en sus efectos de nominación. Nombrar en lo que sigue *cura* será cuanto menos polémico ya que este trabajo se ciñe estrictamente al trayecto de Ignacio en los talleres de la palabra y del secreto, en los que participa junto a otros niños. Mientras tanto, el niño ha cursado un análisis – en *la cigarra* también – y ha participado de otros talleres. No se tratará aquí, pues, de su participación en el dispositivo sino tan solo del trayecto en estos dos talleres.

La redacción y conclusiones queda a cargo integralmente de quien escribe pero es producto de años de otros trabajos preliminares y discusiones en los que han participado otros integrantes –muchos- en distintos momentos de la reflexión.

I/Rechazo y consentimiento: hacia el Otro

a/Lo singular en el para todos

En los comienzos de su pasaje por el *taller de la palabra*[1] Ignacio presenta una posición cerrada de rechazo al Otro. Arrumbado sobre el piso en un rocking incesante, en una decisión

[1] En el *taller de la palabra* el coordinador convoca a cada participante a decir una palabra o frase que queda escrita en un casillero con su nombre. Luego se leen en voz alta sin decir a quién pertenecen y

que lo deja por fuera de la ronda con los otros, no acusa recibo de la invitación por parte del coordinador a decir su palabra. Aún así, el coordinador no deja de convocarlo en cada vuelta del juego y al cabo de un largo tiempo Ignacio responderá: detendrá su rocking, se incorporará y se acercará al cuaderno para escribir en su casillero su nombre. Ha dado comienzo un trabajo que lo absorberá por años, siempre igual.

Ignacio, a diferencia de sus compañeros, no dice su palabra, la escribe. Su palabra escrita es IGNACIO, su nombre. Un nombre que solo soporta ser escrito condenando al sujeto a un mutismo hermético[2]. De todas maneras, es notable la producción de este objeto[3] que le permite salir del aislamiento y entrar en un circuito novedoso de intercambio con el otro. En el mismo movimiento, escribir su nombre pone al trabajo un goce sin fisuras ya que, en el intento de escribir IGNACIO, su nombre puede colmar una hoja entera o incluso desbordarla. Aquí interviene el coordinador: le arma un recuadro al modo de un marco donde alojar aquello que busca ser escrito. Así, cuando las letras IGNA – primeras cuatro letras del nombre – hayan ocupado todo el recuadro, el coordinador sancionará que ya no queda más lugar e Ignacio deberá esperar su próximo turno para, en el siguiente recuadro, volver a intentar escribirlo. De este modo, el trabajo de una suerte de negativización[4] del goce, de una reducción del mismo que irrumpe arrastrado en su nombre mismo, se jugará en lo real del

---

el juego consiste en recordar quien ha sido el autor. Quien acierte gana un punto que se anota en el pizarrón.

[2] El mutismo puede ponerse a la cuenta de la tesis de J.C. Maleval según la cual frente a la imposibilidad de la incorporación de la voz como alteridad, el goce no alcanza a ser extraído de la palabra produciendo en el sujeto la vivencia de una mutilación al momento de la emisión.

Maleval,J.C., *L'autiste et sa voix*, France, Seuil, *"Champ Freudian"*, 2009 pg.78-82

Laurent, E. *La bataille de l'autisme*, Paris, Navarin. Le Champ Freudian, 2012, pg.42-43 . (Se encuentra un comentario de la referida tesis).

[3] Se trata aquí de un más acá de la marca que, a la vez que testimonia de la imposibilidad de instituirse en el rasgo, le permite utilizar su nombre escrito como un objeto *a la mano.*

[4] Laurent, E, *op.cit*., pg 68: se trata de "producir una negatividad"

tamaño del recuadro y en el esfuerzo del niño de ir reduciendo la letra a lo largo de los años. Ese será su trabajo: reducir el tamaño de su letra conforme al espacio demarcado para que pueda quedar escrito su nombre completo. El andamiaje de lo Otro soportable como entrada mínima de un orden de cesión pasará a jugarse en el consentimiento a adaptar el tamaño de la letra al espacio del recuadro propuesto por el coordinador: un nombre *a la medida* del Otro.

b/ Sísifo se da un respiro

Hasta aquí el trabajo de reducción que tiene por efecto la salida de su aislamiento se da por entero en un trabajo por fuera del campo del sentido.

IGNACIO no es leído en la significación de su nombre sino en los términos de un goce al que es necesario operar una extracción[5] para que pueda entrar en el espacio de la hoja, en los márgenes del Otro.

Durante años esto funcionó a tal punto sin variación que nos preguntábamos –algo decepcionados - si debíamos reconocer en este hacer repetitivo todo lo posible en el sujeto[6]. Había comenzado a pronunciar algunas sílabas cuando se le pedía su palabra (ahora las decía sin necesidad de escribirlas) y, especialmente en el *taller del secreto*[7], la sílaba TO!!, al ser interrogado en torno al destino de su secreto.

---

[5] *Ibid.*, pg 68. (Expone allí la tesis desarrollada J.A.Miller en "La maitrice du traitement de l'enfant au loup").

[6] Extraer una y otra vez en un hacer idéntico se revelaba eficaz en la modulación del goce: había cesado el rocking, podía sentarse en la ronda con los otros y consentía en pasar cada vez que se lo convocaba. ¿Sería posible algún orden de escritura que permitiese desde allí pasar a otra cosa?

[7] En el *taller del secreto* cada participante se acerca al coordinador a decirle una palabra o frase al oído, en secreto, sin que nadie pueda oírla y éste la escribe en el casillero de la hoja reservado a cada integrante del taller. Frente a imposibilidad de recortar un objeto separado del Otro, el *taller del secreto* hace lugar a la escritura de algo propio velado a la mirada y a la escucha. Una vez que todos han pasado a *depositar* su secreto se pasa al tiempo dos, en el que el coordinador preguntará a cada uno si desea que su secreto se lea en voz alta –sin decir a quién pertenece - o quede en secreto; es el

La sílaba TO! merece mención aparte en función de su lugar y lo que trae aparejado. Aún en la época del rocking, cuando al ser convocado a decir un secreto se encontraba por respuesta el incesante movimiento corporal repetitivo como modalidad de rechazo, en el tiempo dos, al ser interrogado acerca de si quería que su secreto se leyese en voz alta o permaneciese en secreto, su respuesta era enfática: TO!; más tarde, É!- TÓ! (últimas dos y tres letras de la palabra SECRETO, pronunciado respetando la cadencia bisilábica de las dos últimas sílabas de la palabra). Es decir, establecía su decisión en que su secreto quedara en secreto ¡pero no había pasado a decir ninguno![8]

No contaba con ningún objeto pasible de sustraer al Otro en un secreto pero era enfático en el tiempo dos: despertaba en él como un primer signo de algo vital en la posibilidad ofertada en el taller de restar *eso* al Otro. El rechazo del Otro en el que se encontraba sumergido, y que le impedía responder en el tiempo uno, encuentra su límite en la decisión del sujeto de mantenerlo É!TÓ! Así, el T2 inscribe el T1 – produce un objeto restado sin existencia anterior – que lo rescata del letargo al que lo condenaba la imposibilidad de un espacio ahuecado que alojase la porción de goce de viviente.[9].

---

tiempo de la elección. Apelación al sujeto en el que debe decidir si prefiere hacer de su enunciado un estado público o por el contrario sustraerlo a todo conocimiento de los otros. El juego concluye debiendo adivinar a quién pertenecen los secretos autorizados a tomar estado público, que el coordinador pasa a leer en voz alta.

[8] No pasa inadvertido el carácter arbitrario de considerarlo *significando* "secreto". En dicha arbitrariedad reposa el reconocimiento del Otro que hace del grito llamada.

[9] Como si esa "nada" de secreto (el momento del letargo) quedase enmarcada, circunscripta, en su decisión de pronunciar "É!TÓ!" y pasase a ser contable a partir del hecho de haber constituido un borde, a la manera del cero contable que se cuenta como uno, en su diferencia con el cero absoluto (Frege). (*A la manera,* es decir, salvando las distancias que implican que ese enmarcamiento no alcanza para constituir vacío aunque sin lugar a dudas su bordeamiento está en el origen del cambio de posición del sujeto. De allí, la dimensión de acto que alcanza).

Tiempo después atravesará la posición de rechazo original y tomará la decisión de pasar a *escribir* su secreto[10], que al igual que en el taller de la palabra, será la palabra IGNACIO. Dicha palabra, finalmente cedida en el espacio de la hoja recortado a su secreto, permanecerá condenada a permanecer É!-TÓ! por años.

Un día pasa como todos los días a escribir la palabra IGNACIO. Una vez concluida, mientras mira las letras escritas se le escucha decir "¡*ahí está!*", que señala la conformidad, el encuentro con lo buscado. La palabra IGNACIO por primera vez *escribía* lo que anticipaba ser escrito. En este sentido este IGNACIO hace diferencia de esa "pure reitération"[11]; se constituye como acontecimiento que opera como escrito en la producción de un agujero puntual en el que el sujeto inscribe una suerte de marca pasible de ser recuperada, que habilita por un instante el lugar de una enunciación. Si antes era arrastrado por el goce compacto de un nombre que en su desborde no permitía en el sujeto un momento de paz, ahora es posible una escansión lógica:

a) la palabra IGNACIO como presencia del Uno que no cesa

b) Se establece una separación que permite cierto orden de *encuentro* por vez primera entre lo escrito y lo buscado. Ignacio no queda arrastrado en el empuje del nombre y esto queda sancionado en el acontecimiento sujeto: ahí está.

c/El consentimiento de una alienación particular

Esto mismo puede a su vez pensarse en la diferencia que inscribe la lengua francesa en las dos categorías de "nada": le *neant* y le *rien*. Autores de la Escuela Inglesa (F. Tustin) sitúan en el autismo una caída en "le neant"- una nada sin bordes, "agujero negro"- mientras que "le rien" articula ya la posibilidad de la cuenta: "*il n'y a rien*".

[10] No lo dirá al oído del coordinador. Lo escribe en el casillero que se le armará en el que depositará su secreto.

[11] Reiteración del Uno, según la clave de lectura que extrae E. Laurent para dar cuenta del fenómeno en términos de iteración, que retoma de Miller en Laurent, E., *La bataille…op. cit.,* p.88.

La pacificación en torno al nombre le permitirá en el taller de la palabra hacer propia una palabra que pertenece a otro niño. Esta novedad en la alienación conlleva la particularidad de que el significante que toma de su compañero es aquel que opera como índice de presencia real en la cadena para aquel niño y que enloquece al mismo.

Aquello que insinúa un orden de consentimiento a una alienación en un primer significante que lo identifica a un semejante[12], lejos de promover un apaciguamiento en el sujeto lo dispara en una metonimia maníaca. Ignacio es ahora arrastrado en una risa alocada por el significante en lo real con consecuencias que se demostrarán fundamentales. Así, transcurrido un mes desde el arribo de esta nueva posición, concurre al *taller del secreto* con una mano vendada por estar lastimada. Un analista del taller busca inscribir la presencia del cuerpo afectado y dice como secreto "*se* lastimó la mano".

Al momento de dar a escuchar los secretos autorizados, el coordinador interroga por el autor de dicho secreto:

Ignacio levanta su mano lastimada, vendada y dice "*yo*". El reconocimiento en un cuerpo afectado, lastimado, da lugar al yo alienado en una frase que le viene del Otro y hace propia[13].

Una semana después, también en el *taller del secreto*, otro analista hace propio el significante en lo real que Ignacio suele nombrar y lo deposita como su propio secreto. El coordinador pregunta:

- ¿Quién dijo la palabra *x*?

Ignacio responderá como si hubiese sido él quien la ha dicho, nombrándose por primera vez GNA! CIO!

---

[12] Identificación que astilla el campo especular en el movimiento mismo que lo identifica al tomar del otro el significante en lo real que realiza lo inhumano en el grito de un pájaro. Parecería más correcto entonces ubicarlo como *realización*.

[13] La pregunta "¿quién se lastimó la mano?" parece encontrar la palabra precisa que erige el espejo desde un significante soportable desde el cual reconocerse. Figura la localización en el espejo cóncavo según el modelo óptico desarrollado por Lacan, que permite la constitución de una imagen real.

d/La novedad de la significación

Interrogado por su palabra, responderá "*anána"*. El coordinador repite en voz alta *"anána*" tal y como fue dicha sin preocuparse por el sentido y se dispone a anotarla en el casillero vacío del niño. Claramente enojado, Ignacio se dirige al pizarrón y dibuja una *banana*; la señala con su dedo y dice: *anána*[14]. Por primera vez la significación que le vuelve del otro en relación al significante pronunciado no le resulta indiferente en dirección al referente que denota; busca ahora producir un ajuste, inscribir una significación en el Otro. Se ubica aquí la entrada en la comunicación con la soldadura de la imagen acústica a la referencia que relanza una novedosa relación al otro marcada por el uso del *signo*[15]. A partir de ahora, arriesgamos, Ignacio *quiere* decir algo y ese anhelo lo atará a un Otro donde deberá inscribir la significación de su querer; Otro con el que hasta ahora se las había arreglado a través de maniobras en lo real habitando un espacio sin significaciones. Dirigirse al Otro como lugar es como la caja de Pandora: ¿a qué daría lugar?

Alcanzada esta posición, por primera vez después de años, escribe en su casillero algo que no es su nombre: "*todos los dais"* (presumiblemente "todos los días"). Ahora bien, lo sustantivo aquí es que mientras lo escribe, dice, *se* dice, se lo escucha decirse, *ordenarse*

---

[14] Un fenómeno similar suele acontecer cuando en el acceso al habla, un niño pronuncia mal el significante correspondiente a determinado referente pero no soporta que el Otro "juegue" nombrándolo como él lo hace. En ese lugar *escucha* aquello que cuando es dicho por él mismo no tiene consecuencias.

[15] El acceso al signo como posibilidad y modo singular de habitar el lenguaje encuentra un acuerdo extendido en diferentes posiciones del psicoanálisis a partir de la lectura que se extrae de Lacan: Maleval, JC, *op. cit.,* pg.102-103; 180-193 ("asimilación de signos/Otro de síntesis").

Rey- Flaud,H, *Les enfants de l'indicible peur*, France, Aubier, 2010, pg.19-23 (pasaje "d`empreintes en images"). Amigo, S, *Paradojas clínicas de la vida y la muerte,* Rosario, HomoSapiens, 2003, pg.25-33.

"¡*escribí esto*!" Primera emergencia que puede pescarse de una enunciación imperativa en la que el sujeto parece obedecer en posición de objeto.[16]

Tenemos entonces la curva que en su desarrollo abarca del mutismo al retorno imperativo como modo de habitar el lenguaje. El saldo que arroja este trayecto le ha permitido erigirse como *yo*, lo habilita en la comunicación por la vía del signo y da lugar a eventuales presencias de enunciación. Hasta aquí es posible decir que ha salido del mutismo y del aislamiento; resta pues el haber: con qué cualidad del Otro es posible este pasaje, de un lado al Otro.

II/Estatuto del Otro

a/Nacimiento del imperativo

Lo que sigue interroga la salida del mutismo en una modalidad del autismo que se presentaba cerrada, en la dirección que cobrará su modalidad de habitar el lenguaje. Se busca interrogar si la salida del encierro en el caso en cuestión permite pensar una salida en el marco de un retorno alucinatorio orientado hacia momentos de paranoización. Trataremos de responder a la pregunta a partir de la modalidad que irá tomando la transferencia en el curso del trabajo.

Junto a la presencia imperativa que despunta como modalidad novedosa de habitar el lenguaje en la orden "¡escribí esto!", hace su entrada una suerte de pasaje al acto que se repite: pegarle cada vez más fuerte a un analista participante (mujer, detalle no menor) del taller[17]. Esta irrupción que debe leerse como presencia de una transferencia que anuncia un

[16] Más adelante se discute si se trata efectivamente de posición de objeto o de interiorización de la función del doble

[17] Esto que irá cobrando ribetes cada vez más fijos, siempre con la misma analista, va de: pegarle de la nada cuando ella se encuentra sentada al lado de él; levantarse a pegarle cuando ella ha pronunciado su palabra a su turno; pegar al aire en dirección a ella; levantarse a pegarle ¡cuando algún integrante del taller *pronuncia* el nombre de ella!; y, para finalizar, encontrándose explícitamente prohibido pegarle, espera hasta la finalización del taller, se levanta *simulando* ir hacia la puerta para retirarse, gira de repente, le pega y sale corriendo.

cambio en el estatuto del Otro[18] se presenta sin texto. Acto mudo en el que parece quedar el sujeto del lado del objeto, en las antípodas de aquel momento donde busca inscribir una significación. Pero sin texto ¿hacia dónde promover un trabajo que no fuese solo la interdicción?

Una primera respuesta fue comenzar a sancionar el acto con la pérdida de un punto. Si pegaba se le tachaba el punto que había conseguido cruzando una raya horizontal sobre la marca vertical anotada en el pizarrón; si no contaba con ninguno, se le anotaba uno para tacharlo inmediatamente después. Su primera respuesta era gritar "*¡no, no!*"; acto seguido pasaba al pizarrón y volvía a escribir el punto. Con el tiempo, la anticipación de saber que su punto sería tachado le permitía detener el acto[19].

Una contingencia abriría ahora un nuevo interrogante: la analista en cuestión dejaría de trabajar en *la cigarra*: ¿hacia dónde drenaría el goce tan fijamente localizado? Primera respuesta: hacia ningún lado. Ella se fue, nada pasó. La pregunta orientada por una axiomática económica se revelaba débil como respuesta.

Para esa misma época, la modalidad imperativa irrumpe además en la orden de copiar lo dicho cuando el coordinador lo interroga sobre su palabra, y en dirección de hacer callar a sus compañeros. En síntesis, se recorta de esta nueva etapa signada por cierto asentimiento al lugar del Otro, la presencia del imperativo cayendo sobre sí [¡escribí esto!], sobre el coordinador [¡copiá!], sobre los otros [¡cerrá el pico!] junto a la irrupción muda del pegar.

b/Un borde habitable hecho con su nombre

[18] O del agotamiento de la solución alcanzada. La cuestión no es menor: ¿es el estatuto del Otro lo que varía o caída la solución irrumpe la cualidad del Otro que imponía la maniobra del aislamiento?

[19] En la actualidad– muchos años después de esto – es notable la incidencia en el goce que esto ha abierto. Ignacio se divierte pidiendo que se le tache puntos a sus compañeros y, más se divierte aún, demandando ¡que se le tachen puntos a él mismo!

Ignacio se encuentra escribiendo en su casillero la palabra IGNACIO como tantas veces hace tantos años y mientras lo escribe va leyendo en voz alta. La sorpresa es que donde queda escrito IGNACIO lee en voz alta "Nacho". Lo que se lee hace diferencia con aquello que ha sido escrito produciendo un primer desplazamiento:

IGNACIO →Nacho.

En otra ocasión, tratando de *deducir* al autor de un secreto razona en voz alta mientras señala a los compañeros que nombra:

-Nacho *no* dijo, Pablo *no* dijo.. ¡él!- concluye, al tiempo que señala al responsable.

De esta manera hace entrada un modo operatorio de pensamiento conclusivo al modo de una operación deductiva cuya singularidad es hacer presente la negación para producir una implicación lógica: *si no x entonces* y[20], ocupando el lugar de la primera "*no x"* su propio nombre o para ser más precisos, el modo en que ha decidido comenzar a *nombrarse*.

Más adelante, consultado por su palabra, propone *Nacho*. No se trata ya de la diferencia entre lo que se escribe y lo que se lee sino de la decisión de nombrar directamente *Nacho* para que sea el coordinador quién la escriba en el casillero del niño. De aquí en más, cuando el coordinador lo convoque por su viejo nombre, éste lo corregirá de inmediato de manera terminante:

-¡Ignacio no!, *Nacho*.

Se comienza a leer con precisión el movimiento que instituye el desplazamiento metonímico al operar una cesión puntual del goce que habilita otra disposición de lo real. Dicho movimiento hace propia la tachadura del punto que ahora cae sobre su nombre en una

[20] Sin perder de vista que dicha formulación lógica no se desprende de la presencia real de los elementos en juego, es decir, sin alcanzar una formulación simbólica propiamente dicha. En rigor, una mayor disposición de aquello que ya operaba de forma primitiva en la tachadura del punto. Si esto lo detenía, era en los términos de: "si pego a x me tachan un punto" y su reverso (que es el que aquí interesa): "si ***no*** pego (entonces) conservo el punto".

complejización que prescinde de la imagen gráfica del pizarrón y que permite alcanzar una posición nueva sostenida en la palabra *no*. Cesión que da cuenta del estatuto de agujero posible encarnado en el casillero vacío ofertado por el taller, en el que alcanza a ser depositado el Uno de la pura reiteración en el desplazamiento del nombre al apodo que surge como cicatriz de un objeto (nunca) perdido (pero paradojalmente cedido).[21]

c/Extracción puntual de la mirada

En el mismo taller, estando un analista participante (mujer) a su lado conversando con otra (mujer), Nacho hace el gesto de pegar hacia ella y grita *"¡callate!"*. Se lo interroga acerca de quién debería callarse:

-"***a la mujer"*** - responde; luego dirá "*a las chicas"*. Junto a la precisión alcanzada - que se calle "*a la mujer"*- retorna para quedarse luego de aproximadamente un año de ausencia la intención y el gesto de ir a pegarle, ahora, a otra mujer a la que ha llamado al orden dando nacimiento, si no al texto, al menos a un primer nombre de ese Otro intrusivo que otrora no estaba – o la solución alcanzada mantenía a raya - y que permite concebir aquel primer pasaje al acto como intento de acallar el rumor de la lengua[22] encarnado en estas mujeres.

Inmediatamente después de la localización que nombra y enmarca el pasaje al acto como intento de acallar el ruido intrusivo, *Nacho* autoriza a que se dé a conocer su secreto. Durante más de cinco años consecutivos su posición se ciñó a dejar É!-TO! o directamente SE-CRÉ-

---

[21] "Se trata de obtener la extracción del objeto clave de la constitución del espacio en el que se desplazan. Los cuerpos de ciertos autistas pueden estar atravesados de frases jaculatorias o estereotipos de escritura. Resulta imposible al sujeto autista desembarazarse de los mismos sin intentar introducir un agujero en un mundo real en el que no falta nada"/Laurent E.,.*op.cit,* p.104, traducción personal.

[22] "La dimensión alucinatoria –en el autismo- no es aquella del retorno de un significante en lo real. Se trata más bien de la imposible separación con el ruido de la lengua como real insoportable". *Ibid.,* P.77. Aquí parece coincidir con la posición de Maleval. Ver en *L'autiste…,op. cit.,* p. 231-232.

TO! – ya decía la palabra correctamente – su palabra en el taller. De golpe y sin que nada lo preanuncie, frente a la pregunta de rigor responde "*se lee"*. El secreto escrito es *NACHO.*

Un secreto es un espacio recortado al Otro. La estructura misma del secreto dispone el velamiento de la voz y la mirada. Su decisión de dar a ver lo que escribe da cuenta de un trabajo de extracción sobre la mirada; el dar a oír sobre el objeto voz. La extracción deducible del acto que implica su consentimiento es sostenida en la escritura del nombre que asume. Digamos entonces que la extracción se sostiene en el establecimiento de *Nacho* en el lugar de un borde que localiza de manera eficaz; que es en la cesión puntual de la voz y la mirada que *Nacho* hace lugar a la nominación localizando un menos[23] de goce en un espacio no menos real que el habitado en IGNACIO pero con el borde que ahora delimita un agujero.[24]

Más adelante, en el momento de adivinar "quién dijo", Nacho, que iba gritando nombres de manera alocada y despreocupado del grado de posibilidad de los mismos, se dirige al coordinador por su nombre, convocándolo. Por primera vez busca inscribir bajo su mirada el nombre posible. Lo llama y *solo cuando éste lo mira* señala a un compañero y lo nombra. Es aquí donde, extraída puntualmente la mirada plena, se hace lugar al hueco que permite el llamado a otra mirada; primer esbozo de armado pulsional en el recorrido para alcanzar una mirada que *casi* falta y por la que es preciso el bordeado para poder dar con ella. Esto, sostenido en la palabra, en el nombre del coordinador del que solicita su mirada en el lugar del asentimiento en el que inscribir lo que busca significar.

Es notable todo lo que de golpe se ha tornado posible en el movimiento de dejar caer el lastre que arrastraba su nombre para alcanzar, con un pequeño deslizamiento del nombre al apodo, aquello que sin duda es preciso situar con estatuto de nominación[25]. Lacan habla de

---

[23] Miller,J.A, "La maitrice du traitement de l'enfant au loup", citado por Laurent E., *La bataille…,op.cit.,* p. 68.

[24] "La nominación es la única cosa de la cual estamos seguros que eso hace agujero". Lacan, J., Seminario XXII, Clase 15-4-75, Inédito.

[25] Reducción del nombre del Padre a "dar un nombre a las cosas". Lacan, J., *op. cit*., clase 11-3-75

"conmovedor auto-bautismo" para referirse al caso Roberto de Lefort[26] y aquí es posible orientarse en la misma dirección ya que en el caso mismo, es a partir de la decisión de hacerse nombrar con el nombre que inscribe en el taller que torna operatoria la posibilidad de enlazar signos haciendo uso de la negación para poder pensar y convocar la mirada de otro como presencia de un goce inédito.

El nuevo borde que se alza tornará operatorio un reservorio libidinal novedoso que lo relanzará al lazo. El pasaje de Ignacio a Nacho se sirve del código[27] para sellar aquello que sin alcanzar un orden de extracción en los tiempos originarios alcanza a ser depositado en el casillero. El armado de este nuevo borde opera como la llave que permite cerrar la exclusa del hueco que soporta y contiene lo insoportable del goce del Otro que vehiculizaba su nombre. De allí el efecto sorprendente de elegir que su secreto pueda ser leído por primera vez ante los otros o solicitar enfáticamente la mirada. Asimismo parece innegable una nueva posición que se afirma al disponer de la negación para dejar en claro con qué nombre no acepta ser nombrado. Auto bautismo, pero también auto defunción: así no.

Desconocemos en el taller la trama simbólica que enlaza el nombre en la historia del sujeto. El armado del casillero en el que depositar eso que insiste va en la perspectiva de su estatuto de Uno de pura reiteración sin relación a la significación. Se oferta apenas un marco que aloje lo que irrumpe en el lugar del borde que no opera y una invitación obstinada que da cuerpo a un sujeto a la espera. El auto-bautismo que emerge con valor de acto y habilita el desplazamiento de una huella que no admite borramiento se estatuye en un hacer que se desentiende nuevamente de lo simbólico del nombre[28].

---

[26]Lacan, J., *Los escritos técnicos de Freud*, El Seminario, Libro 1 [1953-54], Buenos Aires, Paidos, 1985, pg 162.

[27] "Nacho" es el apodo de uso común para el nombre Ignacio en español.

[28] Será mucho después de acontecida la nominación que nos enteraremos, en el contexto de unas jornadas de *la cigarra*, de la incidencia de la significación del nombre en la filiación. Esto reafirma que no se trata aquí de alguna coordenada simbólico imaginaria que orienta la intervención en el

El trayecto que va de *anána* a *Nacho* permite asir la transformación de una modalidad de lenguaje en la que se ha alcanzado un lenguaje denotativo con el que puede dirigirse a otro[29] en una comunicación que busca ser inequívoca, y lo que abre la letra NACHO que, aún sin tratarse de equivocar la referencia[30], produce un deslizamiento en el que la referencia ya no es tan fija y no necesita de la imagen. Así, *anána* es índice de comunicación mientras que *Nacho* opera la función de suplencia del agujero.

d/Del imperativo y la alucinación verbal

En el desplazamiento operado de la primera a la segunda analista participante en el gesto de ir a pegar nos enteramos que de lo que se trata es de callar *a la mujer.* Es por la vía de este hacerla callar que el viejo arrebato de ir a golpear mudo ligado a la persona o simplemente al nombre de la primera analista alcanza un texto que ahora permite su enlace con estas otras irrupciones en el taller: "cerrá el pico", "cerrá la boca", "¡callate!".

El anclaje que permite la nominación alcanzada a partir de la letra puede ser considerada como la consecuencia de haber consentido algo del Otro, aún al precio de un retorno en lo real al modo de la voz. Es este retorno el que se busca silenciar intentando servirse del modo imperativo que alcanza un orden de significación precario cuando busca callar *a la mujer*.

Esta parece la consecuencia fundamental del pasaje del lenguaje denotativo a otro sostenido por el armado del borde a partir de *Nacho*: la afirmación de un lugar enunciativo será al precio de una sonorización perturbadora en lo real. Si la condición de la alucinación verbal es "la inscripción del significante unario sobre la sustancia gozante" por la cual el S1 puede

---

taller– aunque indudablemente se trata de un cruce – sino de pescar su lugar de iteración por fuera del campo del sentido.

[29] Al poder servirse del signo, en el que lo real sensorial es abordado a partir de la percepción

[30] Maleval resume el anhelo del sujeto autista en una fórmula de K. Nazeer: "un sentido/una palabra", una lengua "totalmente hecha de signos", Maleval J.C:, *op.cit.,* p. 274

hacerse oír[31], el *¡callate! ¡a la mujer!* parece testimoniar de *una suerte de S1* vociferando en lo real[32].

En lo ubicado hasta aquí se precisan dos estatutos del imperativo: el primero, ligado a una función de ordenamiento (*¡escribí esto!*); el segundo, en un estatuto propiamente intrusivo que da cuenta de un ir contra el Otro (*¡callate!*).

La función de ordenamiento puede observarse mejor en una secuencia en la que, mientras Ignacio se encuentra copiando la palabra *Nacho* del pizarrón para inscribirla en su casillero, se ordena *"¡chico, copiá!"*. Asimismo, cuando el coordinador lo invita a sentarse diciéndole "sentate Nacho", éste se deja caer en su silla mientras se ordena en voz alta *"¡sentate asiento!"*. Frases que parecen impuestas pero que le permiten ordenarse en el lenguaje; mandatos que se orientan a acomodarlo al mundo. El sujeto está comandado por Otro: es una orden, un mandato que viene del Otro, pero este Otro no es persecutorio. En ese momento el imperativo cae sobre él pero no de una manera intrusiva sino ordenándolo en lo que llamaríamos un esfuerzo de normativización. Se trata de una orden que lo ordena. Esta suerte de GPS en la relación al Otro parece orientada por una interiorización de la función del doble que le permite prescindir de la presencia del doble en lo real. En ese sentido, no se trataría de habitar el lenguaje en la égida del deseo sino de la normatización en la modalidad propiamente autista que propone Maleval. Por el contrario, la otra presencia imperativa hace

---

[31] Maleval, JC., "Autismo, enunciación y alucinaciones" en *Psicoanalisis con niños y adolescentes2,* Buenos Aires, Grama ediciones. p 74.

[32] Con *"una suerte"* de S1 volvemos a toparnos aquí con el movimiento que va de "rumor de la lengua" a "alucinación verbal".

En el texto de E. Laurent antes citado se establece con precisión el retorno en las psicosis en el orden del mensaje a diferencia del autismo. No se plantea en nuestro trabajo un claro anclaje que opere el retorno al modo de la certeza de un cuerpo astillado que se transforma a instancias de una voluntad maligna o de una proferación injuriante que hace oír desde el exterior lo rechazado en lo simbólico pero es innegable una suerte de movimiento que se produce a partir de haber anclado un yo en una imagen real con "oleadas" difusas que busca acallar y que no alcanzan el estatuto de certeza.

presente una vertiente altamente intrusiva que produce un desajuste a la solución alcanzada. Como si cabalgase entre solución autista e irrupción paranoizante.

Si ponemos en consideración ahora la hipótesis de J.C. Maleval en "L'autiste et sa voix" según la cual "Lo que es característico de lalengua del autista no es tanto ser pobre sino el rechazo del sujeto a aislar significantes-amos" y "… ya que ni la identificación primordial, ni los significantes-amos están asumidos parece inherente a la estructura autista el no permitir la producción de voces alucinatorias"[33] y lo confrontamos con el caso en cuestión. ¿Podemos inferir la presencia de alucinación verbal por la respuesta de Ignacio "*que se calle la mujer*"? ¿Es esto suficiente para indicar que de lo que allí se trata es de una alucinación auditiva?

Mientras que el imperativo que organiza puede ser pensado como proveniente del doble, la otra dimensión ya no se presenta de manera apacible. La respuesta de Ignacio a la irrupción en el pasaje al acto permite sostener el interrogante acerca de un real en conexión con el registro simbólico. De allí que la respuesta pase por un ir directamente contra el Otro para *que se calle la mujer* en lugar de las respuestas tipo verificadas para el autismo (el grito en lo real, intervención directa sobre los agujeros del cuerpo como taparse los oídos).

En síntesis, es posible concebir *Nacho* en un doble estatuto: en su función de letra que hace borde, vivificando al sujeto al precio de una sonorización alucinatoria y, en su carácter de doble interiorizado, cuya voz reverbera al interior del sujeto como eco virtualmente *escuchado* pero no con la pertinencia de la alucinación verbal que quiere, pide, exige algo del sujeto (según la precisa diferenciación de Maleval)[34].

Addenda

[33] Maleval J.C., *op. cit*., p.75

[34] No se nos escapa que, ciertamente, lo que no tenemos es el texto *de* la voz, aquello que *le* dice -si es que *eso* dice algo o tan solo se trate de ruido que no alcance una sintaxis.

Una cifra en el agujero de la mujer[35]

En los talleres de palabra y secreto Ignacio ya no escribe su nombre. Ni *Ignacio* ni *Nacho*. Adiós Sísifo, algo parece haber cesado de no escribirse. Esto pone a disposición una libido de la que hace uso cada vez para anotar en el lugar de su palabra los nombres de sus compañeros ausentes[36].

Un uso masivo del número parece inscribir una nueva y productiva modalidad de la defensa una vez alcanzada la pacificación en el nombre. En el *taller del secreto*, al iniciar la cuenta el coordinador para dejar el secreto en secreto[37], Nacho vuelve a repetir la serie numérica – "*1,2,3"* –pero para establecer una correspondencia a cada número con un participante del taller; así a cada número le corresponde un objeto en el espacio. Esta parece ser su manera de ajustar lo equívoco propio de lo simbólico a la referencia, aun cuando se trate del número cuya referencia a cualquier sentido vendría a quedar eclipsado.

En lo que sigue vale subrayar un estatuto diferente del número en la producción de un objeto novedoso con el que maniobra frente a la irrupción de la falla en lo simbólico.

El coordinador anuncia que se le tachará un punto a Nacho por haber hecho algo no permitido en el taller, a lo que éste responde con un enfático *¡no!* mientras su cuerpo se conmueve agitado; el coordinador cae en la cuenta que se ha equivocado de nombre – es a otro niño a quien corresponde sacarle el punto – y para graficarlo se toma la cabeza: - *me equivoqué*, reconoce. Inmediatamente Nacho se levanta y escribe en el pizarrón la cifra *2007*; vuelve y se sienta tranquilo.

A veces el coordinador ofrece una pista para adivinar a quién podría corresponder el secreto que acaba de leer en voz alta. La pista es siempre la misma: se indica si se trata de un secreto propuesto por un hombre o una *mujer*. Al principio en Nacho esto no permitía ninguna

[35] Trabajo presentado en las Jornadas de *la cigarra* y hospital de día de adultos 2013

[36] "no vino *x*" suele enmarcar las ausencias significativas para él.

[37] "1,2,3, quedó en secreto!"

partición entre los presentes que lo ayudara a adivinar[38]; más tarde, cuando la palabra *pista* ya inscriba para él que lo que sigue es que se tratará de hombres *o* de mujeres, se opondrá vehementemente:

N: -*¡Pista no! ¡no, no, no!*

C:- *lo dijo una mujer*

N:- *¡2004!*

Otro día:

C: -*¿Pista?*

N:- *¡No!¡No!¡No!*

C: -***no*** *es hombre*

N: -*¡**Es** 2004!*

Si se pone en relación con lo trabajado los años anteriores, en los que Nacho quedaba arrojado al pasaje al acto en la irrupción de la voz/rumor de lalengua cuyo texto no se extrae pero que alcanza una formulación precisa–*que se calle a la mujer* –, es posible concluir que la irrupción de la falla en lo simbólico ya no parece hacerse presente con la modalidad de lo auditivo. A la vez indica la cercanía de estructura de dicha falla y lo femenino. La diferencia que irrumpe como un terremoto inabordable - ¿es de eso de lo que se trata? – ha encontrado una solución: si ***no*** es hombre, ***es*** 2004.

La constitución de esta modalidad conclusiva que ya no derrumba el universo cerrado de lo simbólico permite leer con precisión la maniobra alcanzada: tener a disposición un objeto real que se incluye *como si fuese* un elemento de lo simbólico; el ordenamiento de los signos no se derrumba, no irrumpe el ruido del lenguaje; 2004 era la pieza que faltaba para dar

[38] Si se proponía "el secreto fue dicho por una mujer", señalaba indistintamente hombres y mujeres con la particularidad que a las mujeres, al señalarlas, si no recordaba su nombre, las nombraba "este". El denotativo no inscribía diferencia por género

cuerpo a la implicación lógica[39]; la sintaxis se sostiene en una pura implicación sin relación a la semántica. *2004* ¿es *sinthome*?

Se verifica aquí que lo propio del autismo sería una maniobra frente a la irrupción de la falla en el Otro – la equivocidad propia del lenguaje – para sostener un universo inmutable. Lo crucial aquí es el aspecto de la transferencia que enseña su maniobra: cuando el analista hace caer la barra sobre sí –"*me equivoqué"* – la dimensión que se abre debe ser localizada con la cifra por fuera del sentido; es decir, la barra sobre el Otro no solo no produce alivio sino que abre un espacio sin lugar para el sujeto[40] [41]. Lo que sí en cambio produce alivio es *eso* que ha construido en la transferencia para colocar allí y retornar a un universo inmutable. Esto abre dos posiciones diferentes para el analista en la transferencia según se trate de psicosis o de autismo.

En esto parece verificarse la hipótesis sostenida por Rey-Flaud: lo propio del autismo sería una relación al Otro signada entre ser y nada (neant)[42], mientras que lo propio de la psicosis se cerniría en la imposibilidad de extraer la Cosa para alcanzar la dimensión propia del significante.

Si pensamos que lo crucial aquí es la irrupción de un espacio topológico que *traga* su existencia, la solución alcanzada en la maniobra a partir de la cifra le confiere carácter de invención que signa su modo singular de restablecer un simbólico inequívoco en el que la existencia del sujeto no sea puesta en cuestión.

---

[39] "Todo no-S es P". A distancia de Aristóteles (que niega el predicado), a años luz del no-todo de Lacan.

[40] "*Gran agujero negro",* Tustin,F., *Autisme et psychose de l'enfant*, Paris. Seuil, Points, 1977, p.33.

[41] "Allí donde la palabra desfallece, la cosa no es". Cita del poeta Stephan George en Rey-Flaud H, *Les enfants…, op. cit.,*p.155, traducción personal.

[42] Terror a la nadificación/terror sin nombre. D. Williams tenía el sentimiento de ser engullida dejando de ser ella misma en lo indefinido de los signos

La cifra que se constituye en el lugar de un nuevo borde tiene un alcance y efecto más limitado que la constitución de la letra antes comentada. Si *Nacho* opera una vivificación sorprendente como borde que localiza, la cifra en cuestión opera un objeto-a–la–mano para asegurar algún orden de agujero cuando la falla en el Otro hace tambalear un Universo de enunciados puros. Pero es más fijo, una solución casi automática. Casi un síntoma; ¿*casi*?

slatopo@gmail.com

Un nombre vacante

Laura D'Agostino

Ignacio tiene 5 años cuando inicia su tratamiento en *la cigarra,* presentándose con una importante detención en el proceso de subjetivación y conductas oscilantes que van desde el *rocking* hasta permanecer desparramado comiendo basura en los rincones de la institución.

El nacimiento de Ignacio se produce bajo coordenadas de rechazo y maltrato que tuvieron lugar en el momento del parto en un hospital público de Buenos Aires y, según relata la madre, estuvo estigmatizado por su condición de inmigrante. El fantasma materno inscribe este nacimiento en un contexto de adversidad y fuera de toda dimensión humana. Vía paterna, Ignacio porta el nombre de un tío fallecido próximo a su nacimiento. Este nombre había quedado "vacante" según manifiesta el padre y estaba a la espera de ser "encarnado" por el niño.

Comienza el tratamiento en el dispositivo, donde se confirma el diagnóstico de autismo y la transferencia oficia de guía para intervenir sin generar sentimientos de intrusión ni de mayor aislamiento que impidan maniobrar en relación con él y su espacio. Al no producirse este primer alojamiento fundante, el niño sufre serias dificultades para ingresar en instituciones escolares y permanece "boyando" por pasillos sin ingresar.

1. Espacio y tiempo: El marco delimita el espacio.

La demarcación del tiempo y el espacio tiene valor significante para Ignacio. Si el analista no está en el consultorio en el momento de su llegada, si no hay coincidencia en tiempo y espacio, el efecto que se produce es que "*no hay lugar*" para la sesión y por lo tanto no se constituye el espacio analítico. Puede entrar unos minutos al consultorio pero inmediatamente se va diciendo: "*ya está, ya fue*". Las coordenadas témporo-espaciales no

alcanzan a instituir una atmósfera que lo aloje, no puede permanecer, por lo tanto no hay lugar para la sesión ni tampoco para él. Queda reforzado el "*ya está, ya fue*". No hay entrada ni salida y se sanciona el desencuentro.

De aquí la importancia de construir un espacio para situar los recorridos, que haya un adentro y un afuera, que no quede *boyando* por la institución y se constituya un lugar de alojamiento, construcción del espacio analítico. Sabemos que el marco delimita el espacio que es necesario para constituir una realidad y permanecer.

Ignacio se conecta al mundo a través de los objetos. Su adhesión a un primer objeto que llevó al tratamiento, un rompecabezas, se constituyó en su objeto autístico por excelencia.
En otros momentos del tratamiento se interesa por una muñeca grande de trapo a la cual arranca trenzas, ojos, botones, realizando un trabajo de vaciado y extracción del interior de la misma al estilo maníaco. Esto se repetía varias veces durante la sesión y en cada encuentro semanal. Fue necesaria la intervención del analista para discontinuar la acción y poniéndole un tope a la *iteración* le propone rellenar y coser el contenido de la muñeca para que algo pueda permanecer.

Más adelante, para Ignacio los trenes se constituyeron en su objeto de interés que durante años organizaron su vida e imprimieron una rutina en sus recorridos diarios de la casa al Centro de Salud acompañado por sus padres. Con frecuencia repetía la palabra tren en las sesiones e intentaba reproducir el sonido de la máquina, dibujar los vagones en el pizarrón y en el piso, armar vías y circuitos de desplazamiento. Con el tren, él va trabajando los espacios. Por ejemplo, a partir de una serie de sillas del consultorio que hacen de vagones y de máquina, le aporta sonoridad y realiza con la analista un juego de extracciones y sustituciones permanentes. Así va delimitando espacios, recortándolos, experimentando.

Finalmente, ya adolescente intenta escribir los nombres de las estaciones que él recorre todos los días en tren, realizando un trabajo singular remarcando y bordeando las letras tratando de

ajustarlas a la imagen mental que de ellas tiene. Si éstas no coinciden, las borra y las vuelve a hacer. Este trabajo de marcar los trayectos y localizarlos, se constituye en signo inmutable que le permite en la actualidad viajar solo, ir y venir de su casa a la institución por su propia iniciativa.

La escritura de nombres propios, tomados de sus compañeros de escuela, operan también como imágenes fijas y donde él se divierte alterando el orden de las letras produciendo permutaciones, sustracciones y adiciones de esas letras. Por ejemplo, cuando escribe Fercundo por Facundo, Toas por Tobías. Se los hace leer a la analista, se ríe de sus errores como burlándose de ella y a continuación tacha el nombre escribiéndolo correctamente. Busca servirse de la inmutabilidad de los números y letras como forma singular que encuentra de garantizar ciertas rutinas.

La contingencia en su historia produce un doble desalojo: vía paterna, por llevar el nombre de un tío fallecido quedando así en el lugar del muerto, y vía materna, en un lugar deshumanizante.

El tratamiento le permite ir construyendo un lugar de alojamiento a través del trabajo con las coordenadas témporo-espaciales. Un día, al ser llamado por su nombre Ignacio, responde enojado: "¡*Ignacio no! Nacho*". A partir de ese momento el dispositivo se constituye como el lugar que él recorta para ser llamado de forma diferente, singular: "*Nacho"*.

"¡*Ignacio no! Nacho*" remite en primera instancia a una negación y este *no* tiene sus antecedentes:

El primer *no* que el niño pone en juego en el tratamiento es un "*no automático*", signo que repite como eco del discurso materno que lo desencadena produciendo pasajes al acto como pegarse o golpearse la cabeza contra la pared.

Luego aparece el "*no subjetivado*" de la iniciativa y el dominio-control. Signo para evitar el encuentro angustiante y la demanda del Otro. Quizás también como forma de recortarse del goce del Otro paterno. Por ejemplo, cuando responde *no* ante la propuesta de participar en algún taller o realizar la actividad que la consigna establece.

Finalmente el *no* en la frase: *"¡Ignacio no! Nacho*" remite al pasaje de Ignacio a Nacho y se trata de un desplazamiento metonímico, ya que en el sobrenombre se mantiene la conexión con el nombre. Esta nueva forma de nombrarse le proporciona un "lugar diferente" que le permite recortarse del nombre familiar que porta el goce del Otro paterno.

2. El lugar y el lazo

La frase *"¡Ignacio no!"* entendemos que alude al tío muerto. Al tacharse del lado del muerto, Ignacio produce un desplazamiento metonímico de su nombre hacia otro lugar. Un lugar y por lo tanto una posibilidad de *permanecer* y asentarse. Recordemos la historia de su nombre: él mismo viene de un "no lugar" en el fantasma materno y del "lugar del muerto" por la vía paterna.

El eje del tratamiento en los primeros momentos se armó a partir de los juegos de arrojar y extraer en el espacio, coser para conservar y de la escritura de los nombres, lo cual le permite armar trayectos, puntos de recorrido y permanencia sostenidos con dibujos y nombres.

Jacques Alain Miller en *El Lugar y El Lazo* afirma que el *sitio* es una inscripción dentro del *lugar*. Vemos entonces cómo a Nacho el tratamiento le permitió construir y armar un lugar para luego darse un nombre marcando *sitio.* Por ejemplo, ya no rechaza los signos de la presencia del otro, llama a su analista y la convoca para hablar. Puede tolerar la voz y la mirada. Entonces el sitio se inscribe dentro del lugar y de acá puede pasar al nombre.

Si bien Nacho es un sobrenombre, consideramos que opera como nombre propio en tanto señala el sitio del sujeto. Nombrándose Nacho se *re-bautiza,* corriéndose de ese "no lugar"

de venir a colmar el lugar vacante del muerto. Y con este *auto-bautismo*, realiza un movimiento respecto del fantasma parental que lo mantenía apresado.

lauradagostinorudich@hotmail.com

Referencias bibliográficas:

- Ansermet F, La cuestión del sujeto en el psicoanálisis del autismo, (1997) *Debates e Informes .Revista de la Asociación especializada en Neuropsiquiatría.* Vol. XVII, Nº 63. pp. 525-529, Madrid.

- Cazenave L., El escrito en el autismo. *Presentación de enfermos realizada en el hospital de día la cigarra del Centro de Salud Nº 1,* CABA, 2012. Inédito.

- Maleval J.C., El *Autista y su voz*, 2009, Ed. Gredos, Madrid

- Miller J.A, La tentación del psicoanalista, *El lugar y el lazo*, 2013, Bs. As., Paidós

- Miller J.A., La matriz del tratamiento del niño lobo: La transformación operada por el tratamiento, *Estudios sobre el Autismo*, 2014, Colección Diva, Buenos Aires.

- Rey-Flaud Henri, L'enfant qui s'est arrêté au seuil du langage, 2012, Ed. Aubier

Solución minion: armadura para el cuerpo de un niño autista

Florencia Fiorentino

A partir del tratamiento de un niño autista y la solución alcanzada por él al dibujar una imagen privilegiada, me propongo interrogar el estatuto que tiene esa producción en el armado del cuerpo y en su modo de relación con el mundo.

En el caso del autismo, el ser no ha alcanzado a representarse en la palabra, lo que implica que la pérdida de goce concomitante y el lugar en el Otro donde anotarla como falta, no acontece. Sin embargo, se trata de un sujeto de lenguaje en tanto fue hablado y tomado en los significantes del Otro.

El Otro, en este caso, se presenta de modo masivo y real, no habiendo Otro de la imagen, Otro de la palabra a quien interrogar, pues donde cabría una falta hay lleno. Me pregunto ¿cómo construir un lugar habitable cuando la discontinuidad de lo simbólico no recorta lo real? ¿Cómo es posible para el sujeto autista arreglárselas con eso que porta como viviente y filtrar el goce de la vida sin el aparato de cifrado que ordene el sin sentido de lalengua? Por último ¿qué recorrido pulsional sería posible sin la experiencia de la falta en el Otro en la que ir a buscar el objeto?

El recorrido clínico con este niño permite dar cuenta de una serie de movimientos que dieron lugar a otro modo de lazo y un uso particular del cuerpo que me interesa poner al trabajo. Y confirman la apuesta analítica lacaniana de que a los autistas *"hay algo para decirles"* algo por lo cual dirigirnos a sostener esta clínica tan particular.

1. Del pegado de cuerpos al armado del borde

Sergio es un niño de 11 años a quien atiendo desde los 4. Llega al centro de salud luego de varios estudios que descartan un problema auditivo y derivan a tratamiento psicológico.

Sergio se presenta de un modo singular con el cuerpo en el espacio: *se mueve pegado al cuerpo de su hermana (18 años mayor que él) con un bloque de madera que no suelta* hasta avanzadas las entrevistas. Ella habla y él responde corporalmente a lo que esa voz solicita (si le pide que entre entra, si le dice que se siente lo hace) en una presencia cuerpo a cuerpo que sólo es incómoda para mí: se besan con piquitos, se acarician y se tocan muy pegados. S. no se dirige a mí de ninguna manera, lo perturba mi presencia, no habla pero cuenta con pocos sonidos, no sostiene la mirada más que sobre su bloquecito bien cerca de los ojos, no responde al llamado de su nombre. Alterna entre estar encima de su hermana o desparramado en el piso con el bloque de madera que sigue con la vista.

Ante los fallidos intentos de ingresar en esa holofraseada yuxtaposición de cuerpos, intervengo: cada sesión trazo con tiza una línea en el piso dividiendo el espacio: de un lado él y la hermana, del otro los juguetes y yo. Y me pongo a conversar con la hermana evitando que el niño sea el foco de nuestra atención. Ese cambio en mi posición y la transferencia de su hermana a mis intervenciones posibilitó que, con el tiempo, Sergio comenzara a desplazarse por el lugar y tomando los bloques de plástico arme filas sobre el borde de un banco hasta llegar al límite real. Toma autos que desplaza hasta quedar él y yo en el mismo espacio y los pega haciendo de dos, uno. Todo lo que hace diferencia alterando su reducido mundo, lo rechaza o ingresa adherido a la única superficie posible. A nivel sonoro, lo mismo: si yo emitía sonidos de bocina o motores, él los reproducía ecolálicamente, casi sin distancia.

Con el tiempo la marca de la tiza que Sergio mira de reojo, la uso también para bordear en el piso los juguetes e invito a la hermana –en cada sesión- a reducir su lugar hasta quedar en un rincón mirando a la pared. El bloquecito queda perdido entre los del banco que bordea cada vez.

Leer los efectos. La incomodidad que me mueve a intervenir en dirección a una separación, abre un vacío que agujerea el continuo espacial *Sergio-hermana* y aparecen los cuerpos, el espacio y los objetos. La intervención no recae directamente sobre el niño, él se soportaba de ese cuerpo en el que estaba metido o del bloquecito duro para evitar la caída en el sin forma

y sin medida de lo real. ¿Cómo sustraerle el único bloque corporal con el que contaba en ese momento?

La presencia de mi cuerpo (restando voz y mirada) produce una discontinuidad en el espacio compacto del ser, manifiesto en su necesidad de defenderse de lo imprevisible y arbitrario que le resulta el mundo. Tirar los bloques cuando me acercaba demasiado, pegarse más al cuerpo de la hermana, aislarse, modos con los que intenta dar solución a esa falta de escondite donde se percibe todo mirado - todo hablado. Mi presencia operando allí ¿puede pensarse como un lugar del no (no todo visto-no todo oído)? (¿un modo de perturbar la defensa?).

Sergio construye un borde para ordenar y separar el caos de sensaciones y percepciones de su mundo, con objetos que toma de este nuevo espacio abierto para él. Ahora cuenta con más de un bloque en el que el otro puede tener lugar mientras él -en tanto amo de su defensa- indique por dónde seguir construyendo.

2. Desplazamientos. Hacer uso del cuerpo de la analista

Perdido el bloquecito, la caída libre de los objetos cobró relevancia: entraba con su hermana y se ponía a vaciar un canasto repleto de juguetes, tomaba de a uno y lanzaba hacia arriba, mirando como caía. Le propongo lanzar un auto por la baranda de una escalera *afuera* del consultorio: yo desde abajo –con expresiones de entusiasmo o decepción cuando lo atrapaba o lo perdía de vista; y él desde arriba, arrojaba. Sergio comenzó a sonreír. Ingresa el conteo antes de tirar el auto (1, 2, *tes*), la espera de su turno atento a mi indicación (ahora vos, ahora yo). Cobra existencia un lugar donde dirigir y lanzar y Sergio, como el auto, va y viene.

Este fue el inicio de un amplio itinerario por el centro de salud en el que consintió a tomarse de mi cuerpo para recorrer diferentes espacios mientras su hermana permanecía adentro. *Haciendo camino al andar*...él descubría las dimensiones y transitaba esa experiencia soportado de mi voz que nombraba lugares y que él reproducía, mi mirada al abrir y cerrar puertas que luego él tocaba, la mano que tomaba y soltaba para acercarse y alejarse.

Sergio da cuenta de la existencia de otro significativo para él cuando expresa las primeras palabras y sonidos tomados del análisis: tes, hola, tau, chucuchu, pipí…Sergio ¿empezó a escuchar otra cosa que no sea a él mismo?

Un primer llamado. Dos momentos posibilitaron que accediera a entrar solo. El primero fue en un encuentro con la mamá en el que él descubre un muñeco vestido de papá Noel y lo nombra espontáneamente *"papá"*. En continuidad su madre corrige: *"papáNoel"*. Y sanciono: *"no, él dijo papá"*. Ella queda en silencio dando cuenta de lo escuchado.

La palabra *papá* opera una separación del goce materno para el niño, haciendo escansión en el imperativo de la voz del Otro. Y del lado materno, pone en cuestión la imposibilidad de escucharlo enunciada por ella al inicio del tratamiento: *"yo estaba siempre ahí, no lo dejaba llorar. Al año y medio me di cuenta que no hablaba y creo que yo lo volvía loco, no lo quería escuchar"*.

El segundo momento ocurre un día en que me encontraba lo suficientemente distraída y que -luego de haberse retirado- Sergio me sorprende al llamarme por mi nombre: "chau foencia". Mi emoción fue tan grande que volví a saludarlo buscando que se repita el encuentro, que devino en una cantinela de saludos al finalizar las sesiones.

El *no* escuchado por la madre y la distracción de la analista, operaciones de separación que habilitan la existencia de una falta para este niño y, como consecuencia él consiente a un primer llamado. El llamado es la posibilidad de alienarse al campo de lo humano en tanto campo de palabra. Lo que hace que el sujeto se haga dependiente de otro que satisfaga sus necesidades, otro humano, deseante, que aloje un lugar *sentido* para él.

Sergio produjo un primer llamado en el análisis que efectúa nuevos movimientos en su relación con los padres y con el mundo: amplía su campo de palabras; comienza a convocar al papá cuando no lo ve y también con la madre, frente a la falta de algo que solicita aparecen crisis que logran regularse y donde ella empieza a acompañarlo.

3. Dibujar los bordes del cuerpo

Como efecto del lugar creado por "papá" y el llamado a la analista Sergio ingresa solo.

Al finalizar las sesiones mete juguetes en su mochila. Ante mis indicaciones para que seleccione alguno, no recorta. Con el tiempo leí que los finales de sesión implicaban el encuentro con una ausencia que al no estar enmarcada simbólicamente se vivencia como desaparición; a la manera de Dick cuando coloca todo su cuerpo obturando el agujero entre las puertas del consultorio de Melanie Klein, Sergio se servía de objetos que metía en el espacio de su mochila con los que taponar el agujero que abría concluir la sesión. Del forcejeo inicial impidiendo que se lleve todos, se armó una dinámica contable donde él llevaba y traía (1, 2 o 3), donde irse (ausencia) y volver (presencia) se sostenían a condición del movimiento con el objeto que él cargaba. Como un modo de anotar lo que llevaba, yo escribí cartas en mi cuaderno al Director del hospital informando qué objetos faltarían, notas que él firmaba con un grafismo que imitaba una escritura. En las ocasiones en que mi presencia se tornaba excesiva para él, también me serví del cuaderno para hacer anotaciones y direccionarme hacia otro lugar. Pero ahora, de ese uso se servía el niño: solicita que anotemos letras o números que lo convocaban conjuntamente con su ingreso a la primaria. Se interesó por la firma de las cartas, como por la copia de los juguetes que llevaba: bordeaba en el cuaderno la forma del juguete elegido por él, lo separaba y nombrando cada parte primero yo y luego él, completaba la figura por dentro para finalizar colocándole un nombre. De este modo, Sergio empieza a conectar una imagen a una palabra, de manera unívoca, incorpora a su abecedario de objetos palabras que no buscan representarlo, sino que producen el objeto al escribirlo y nombrarlo. (Elefante: elefante, pelota: pelota). Construye un mundo de signos con los que manejarse en el mundo. Haciendo uso de una superficie externa al cuerpo, arma las partes del cuerpo en el cuaderno que opera como marco para bordear la figura y recortarla cada vez. La serie de superhéroes ingresa al marco abriendo lugar a nuevos juguetes que traía de su casa para, en palabras de Sergio, “copiar igual”. Significativamente *todos los que selecciona llevan antifaces o algún objeto que rodea los ojos.* La identidad de la imagen es una condición de trabajo.

4. Armadura Minion.

En esta serie Sergio presenta el álbum de los minions: personajes de película que hablan una lengua mezcla de inglés, francés y castellano que se entiende más por el tono que por el sentido. Casi iguales entre sí, de cuerpo esférico, todos uniformados, tienen uno o dos ojos cubiertos por un anteojo-binocular. Y trabajan como obreros para un villano.

Las imágenes resultan divertidas para Sergio y para mí principalmente por los gestos graciosos de estos personajes: se ríen mucho, hacen chistes entre sí, están felices si encuentran un amo a quien responder, haciendo del deseo del villano su condición, ya que si eso no ocurre su energía decae.

El dibujo que Sergio alcanza a reproducir de manera muy precisa se instaló como una especie de "marketingminion": dibujos, stikers, cuadros grandes, medianos y chicos para regalar o colgar en los consultorios del hospital.

En este marco, propone hacer una remera con un minion para él. *Dibuja la parte de adelante y solicita también dibujar la parte de atrás,* entre los dos la pintamos y como con todos los dibujos le propongo firmarla. Al colocársela sobre el cuerpo lo miro -contenta y orgullosa por su obra- y él dice con entusiasmo: "Soy un Minion!!", frase que autentifico afirmando: "Sergio Capitán Minion, ese puede ser tu nuevo nombre".

A partir de este momento se inaugura en este niño-minion una manera de hacer con el cuerpo que lo moviliza y alivia en tanto viste una forma posible. Sergio se pasea con su obra por el centro de salud mostrando su producción, sonriente y vital. Comienza a firmar los dibujos con las iniciales de su nombre y apellido paterno y agrega la M de Minion adquirida en el análisis**.**

A modo de conclusión

Sergio produce distintos recursos que arman una solución para habitar el cuerpo: dibujar minions. Tomaré dos acepciones de la palabra armadura para pensar la funcionalidad de la solución alcanzada.

En música: conjunto de sostenidos en una determinada posición en el pentagrama, que indican la tonalidad de la composición: *armadura de un sostenido indica que la tonalidad es*

sol mayor.

En electricidad: sistema de dos conductores separados que sirve para almacenar energía eléctrica. Un condensador.

Armadura Minion ordena las piezas en el cuadro que Sergio dibuja cada vez. A la manera del pentagrama, ubica lugares mientras contornea los bordes que separan las partes y da forma a las partes. El cuerpo de Sergio encuentra una limitación y se enmarca, en presencia del dibujo del minion y de la analista que sostiene y acompaña, a veces con la voz, a veces con el silencio, indicando el tono, modulando.

A la manera del condensador, la armadura opera como lugar de localización y distribución. Arma la imagen de un doble real del sujeto desviando el goce fuera del cuerpo y -a tiempo que toma de esa imagen la forma y el gesto- el sujeto se vivifica. Se procura así un sitio y una dirección pulsional donde la animación libidinal de su ser tiene lugar: se divierte, se ríe, juega, a la manera minion. Vitalización del cuerpo que antes no estaba y que ahora media entre los afectos: estar enojado-aburrido y ya no sumergido o caído. *"Los minions me sacan el enojo, cuando no me dejan dibujar me aburro"*.

Armadura Minion, a la manera del signo, habilita el afecto posibilitando nombrar algunos y dejar afuera otros, de manera unívoca. Sergio se enlaza a la cultura a partir de esta armadura que separa su mundo de los otros. Es de destacar que el minion ingresa en el análisis al momento en que el niño participa del dispositivo de talleres con otros semejantes y la utiliza para estar en ellos, sirviéndose de la solución alcanzada cada vez que lo necesita.

Minion otorga una ubicación del ser en una imagen real que funciona como doble del sujeto cada vez que *se* dibuja, aunque no alcanza a fijarse. En las ocasiones en que aparece un nuevo Minion en la cultura Sergio necesita de ese objeto para copiarlo, cada nueva modificación, cada nuevo gesto requiere la presencia concreta para ser reproducida.

Armadura Minion se propone como solución para ordenar el mundo (antes caótico) de manera metódica, taponando la hiancia que abre la equivocidad del lenguaje. En este sentido, el minion en tanto doble real es una elección del sujeto de una imagen amable y familiar, en

tanto pacifica del exilio subjetivo de vivir en lo real y pone a distancia la extrañeza que produce el imprevisto ocasionado por el malentendido.

En este punto, la limitación de la solución alcanzada interroga respecto de los alcances de dicha actividad frente al encuentro con lo contingente. Respuesta que no puedo anticipar y que como tantas otras preguntas quedarán abiertas para seguir trabajando con el curso de los años.

fflor14@hotmail.com

Surcos de una nominación.

Martina Cicchetti

La clínica con el autismo y las psicosis nos ubica muchas veces en los límites de nuestra práctica. Lacan nos advierte sobre la docilidad con la que debiéramos actuar en el encuentro con un sujeto psicótico, aunque también podría pensarse en la clínica del autismo. ¿Dócil a qué? a la invención del sujeto. La posibilidad de entablar un diálogo con estos sujetos está condicionada a que el analista sea dócil a su manera de habitar el lenguaje, hacer lugar a lo que el parletre trae. Pero ¿no es acaso desde la ética psicoanalítica, ética por lo singular, que cualquier análisis traería consigo cierta docilidad? ¿O acaso no hay que ser respetuoso con los síntomas que los sujetos neuróticos traen a su análisis? Volviendo a la clínica del autismo, una pregunta precipita ¿Cómo hacerse destinatario de lo que el sujeto autista presenta? ¿Cómo pasar de lo no especificado, de la repetición del autismo, a la posibilidad de un encuentro? La apuesta aquí es a construir un momento, un encuentro cada vez.

Intentaré trasmitir tres momentos en el transcurso del recorrido de un análisis de un sujeto autista en el que fue necesario la intervención del dispositivo de *la cigarra*, soportado y encarnado en la presencia de un analista, para poner en función al tercero, tercero ortopédico, artificial, ajeno, negado por su propia estructura subjetiva. Función que ha posibilitado la escucha de la invención para este sujeto.

Auxilios

En la primera entrevista la madre dice que I. "tardó un poco más en caminar, lo hizo a los 2 años y medio, él quería salir a explorar. Hace algunos sonidos", y agrega: "él desafía, toca lo que le decís que no". I. no habla. Un mutismo que da cuenta del modo radical y singular del sujeto para habitar una palabra que es rechazo a toda enunciación.

Los primeros encuentros con I. se caracterizaron por dos momentos bien diferenciados, uno de extrema fijeza, podía quedarse horas mirando como dos operarios pintaban el centro de salud, acompañado por su analista o su madre, en ese punto era lo mismo. Y otros en el que lo fijo pareciera ser el movimiento. Recorría una y otra vez toda la institución, sin poder recortar un recorrido, sin ubicar una búsqueda, o un encuentro, puro movimiento. Sin bordes, pura repetición del Uno. Aunque era un movimiento con su analista, en presencia, cada vez recorrimos el centro de salud.

Transferencialmente el decir de la madre toma una presencia absoluta. Al terminar la sesión y ante la negativa del analista de poder llevarse un objeto de la cigarra (cabe destacar que era un objeto imposible de llevar) I. cae al piso, gritando, pataleando, golpeándose contra el suelo, al punto tal de lastimarse. La intervención de un segundo analista (tercero en la escena) permitió a I. restituir, al menos por un momento, a un tercero que ordene el mundo, ya no caía en un agujero que parecía no encontrar final. I. focaliza la mirada en alguien, pudo sentarse, tranquilarse e irse caminando. ¿Cede la mirada?

Una entrevista con el padre pone en manifiesto el trabajo de I., dice: “la abuela decía que era muy vivo, él tenía ritos con ella, como sentarse a tomar el té. Mi padre era constructor, I. tiene habilidad manual”. Cabe destacar que en ese momento I. desarmaba todo lo que veía en la cigarra: tapas de luz, caños de desagote en la cocina, mochilas de inodoro, descolgaba pizarrones, etc. Las intervenciones estaban plagadas de no, al tipo de “eso no se puede”. A veces dejaba de hacerlo como si operase el no pero inmediatamente después iba hacia otra actividad que no podía, y así se producía un recorrido por los no. En el seminario *Deseo del analista. Autismo y psicosis*, Ricardo Seijas nos advierte que la intervención de un no desde la posición del analista implica la aceptación de su rechazo, orientado por el deseo del analista. “El analista ofrece un deseo claro, que ‘no quiere gozar del otro’, una manera es aceptando el no del paciente, pero sin dejar de insistir en marcar una diferencia cada vez. Produciendo una insistencia de las intervenciones más allá de las respuestas del sujeto”. El rechazo como respuesta subjetiva. Aunque en ese momento buscaba que no desarme todo el centro de salud en su recorrido era necesario una mediación entre los objetos y el goce-todo

que invadía los recorridos. En un circuito metonímico que permita la construcción de bordes, o al menos esa era la apuesta.

Ahora bien, ¿cómo poner límite al monólogo autista del goce? Lacan en el seminario 19 "…o peor" propone la solución de la interpretación y dice: "no hay diálogo, pero ese no hay diálogo tiene su límite en la interpretación, por donde se asegura lo real". La interpretación analítica establece un límite, dice Miller, en la medida en que ella toca un real. Lo único que pone orden en ésta semántica absoluta, a la soledad del goce, es ser captado por un discurso, esto es, como dice Lacan, en un lazo social. Toda la cuestión es saber por qué el paciente acepta un día la puesta en escena y se da vuelta aceptando la propuesta insistente del analista. Insondable decisión del ser quizá, pero aquí se invierten las posiciones y se ubica el encuentro, o sea: "la ilusión de que algo no sólo se articula sino que se inscribe" (Miller, J.A. 2004, p. 146).

Momento 2

Su recorrido no terminaba en la sesión, sino que luego de irse de *la cigarra* se dirigía junto con su mamá a la estación de servicio de al lado a tomar y comer algo. Siempre igual. Un día la madre le dice "hoy no vamos a la Esso", I. insiste en ir, la empuja. Su madre continúa negándose. I. nuevamente cae al piso, gritando, pataleando, golpeándose. Su analista se acerca pero nada se modifica. Fue necesaria la intervención de otro analista de la institución para volver a restituir algún marco que le permita ¿tranquilizarse? Vuelve a fijar la mirada se levanta y puede irse.

Como consecuencia de un control puedo extraer la advertencia no dejar de escuchar a un padre como un sujeto. La madre comienza con un incesante envío de mensajes de texto, informando si llegaban tarde, por qué se atrasaban, si tenía alguna dificultad con el marido, algunos era verdaderamente muy extensos, otros tenían una carga emocional elevada. Ante lo cual la intervención era citarla para hablar de ello. Pero los encuentros quedaban plasmados en una cierta chatura discursiva. Me pregunto: ¿funcionan estos mensajes de texto, el celular, como aparatos, artificios que regulan cierto encuentro con el otro?

En la última sesión antes de las vacaciones del analista I. utiliza, por primera vez, una tiza para escribir. I. escribe en el pizarrón. Mi asombro no me dejó ver en ese momento la escritura de esos trazos, tuve que alejar la vista para leer la palabra INA, anagrama de su propio nombre. Eureka! Cuánto mejor que la reproducción lineal, al modo ecolálico de su nombre, es su propia producción que escribe. El sujeto se deja ver. En este punto cabe destacar mi equívoco que insistía una y otra vez. Su nombre es IHAN y yo escribía, siempre, IAN. Nominación que precipita un agujero. Un decir que nombra. Allí donde Ian no es Ihan pero estableciendo un orden de relación, una cesión en transferencia.

Después de las vacaciones. I. trae producciones escritas, dibujos, muchos. Dice la madre, "esto lo hizo él", y muestra un dibujo de una figura tipo palito, y continúa diciendo "la ropa la agregue yo". Ambos parecen producir. A partir de ese momento se instala el lenguaje de señas como una solución a su soledad. Empieza a señalar todo lo que quiere. Pide. Hay un otro al cual dirigirse. Ahora saluda cuando se va.

A partir de ahí se inaugura un nuevo tiempo de análisis. I. dibuja, muchas veces tomando mi mano como soporte. Su mano agarra la mía y desde allí hace figuras, casas, líneas, colorea. Y ante la pregunta ¿quién lo hizo? I. escribe siempre IAN. Apoyado en el espejo del semejante es posible una función de doble en transferencia, no como cuerpo de enunciados sino como cuerpo viviente, un lugar donde poder localizar el goce del sujeto. Se produce un tratamiento del goce mediante el rodeo del doble. Un doble pacificador, que no se impone, que no es una máquina de influenciar. Aunque su límite no permite anudar el lenguaje con el goce, como representación simbólica, apenas puntos de referencia imaginaria.

La elaboración del doble es la consecuencia y al mismo tiempo permite la construcción de un borde capaz de localizar el goce que se repite sin fin.

Un tercer momento inaugurado por una nominación

Cada tanto aparecía, como insistencia del padre, que I. necesitaba recibir otro tipo de abordaje tanto en lo escolar como en su tratamiento. De un día para el otro a I. lo sacan de su escuela y se puede escuchar que quieren que deje de venir a *la cigarra* para ir a un centro educativo

terapéutico que les brinde el combo. En esta coyuntura subjetiva un día, luego de su consulta psiquiátrica, y ante la negativa de llevarse un objeto (un cuadro enorme con vidrio incluido) del consultorio, I. nuevamente entra en ese estado de cólera, ira y angustia. Interviene su analista, lo acompaña. I. puede focalizar su mirada en ella, me toma de la mano y me lleva al consultorio en el que habitualmente busca trabajar. Ahora si hay un recorrido y un lugar al cual dirigirse.

Eric Laurent en "La batalla del autismo" se pregunta sobre cómo lograr ser un nuevo partenaire para el sujeto autista, que le permita desprenderse de su estado de repliegue homeostático en el cuerpo encapsulado sin que el sujeto entre en crisis por ello. Da una idea de respuesta: el de ser un soporte de un objeto, como una horma dice, un objeto que adapta una forma y le da forma al sujeto, fuera de toda reciprocidad imaginaria y sin la función de la interlocución simbólica. Una extracción sin efecto de significación.

Es a partir de la inclusión y la puesta en función del dispositivo clínico *la cigarra* que ha sido posible un tratamiento para este sujeto. A partir de un tercero que operó en lo real, allí donde en un comienzo analista/madre quedaban en el mismo estatuto, allí donde no se producía un corte, una diferencia. Fue en el control, en los recorridos, en las intervenciones, donde se sostuvo su imagen corporal no *unificada*, el lugar donde pudo ceder la escritura de un nombre posible que oriente la dirección de la cura.

martinaci@hotmail.com

Referencias bibliográficas

- Lacan, J. [1964] El seminario, Libro 1, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 2011, Paidós, Bs. As.
- Lacan, J. [1971] El Seminario, Libro 19, o peor…, 2012, Paidós, Bs. As.
- Miller, J.A., La psicosis ordinaria, 2004, Paidós, Buenos Aires, Argentina.

Lo colectivo



Los talleres como dispositivos en sí mismos y a la vez articulados en una lógica permiten que se trate de tubos, palabras mágicas, lenguas extranjeras o teatro leído. No importa el escenario; la orientación que se extrae da cuenta de los efectos clínicos, siempre singulares, en contextos colectivos

Mágica verdad

Gustavo Slatopolsky

¿Qué podría ser un taller de magia sino el espacio propicio en el que las cosas desparecen y vuelven a aparecer; un escenario con Mago, varita y bolsita en el que se deposita el objeto que a fuerza de palabra mágica, vuela, se invisibiliza, desaparece? ¿Adónde se habrá ido, con quién estará, qué estará haciendo…?

En el taller, creado a partir de la nominación de *mago* en el curso del análisis de uno de los participantes, el Mago – el analizante en cuestión, poniéndole el cuerpo a la escena montada para tal fin – convoca a uno de los participantes a depositar un perrito de peluche dentro de una bolsa opaca para operar el misterio. Les cede luego su varita mágica y los invita a inventar su propia palabra mágica que tendrá efectos sobre el destino del perrito. A continuación la varita hace contacto con el borde de la bolsa, se dice la palabra inventada y…*Fiat lux!*

El taller de magia confronta de manera directa con la desaparición del objeto por designio propio o de los otros. Esto implica disponer la conservación o desaparición del objeto de manera pautada y ritualizada, siempre igual. Conecta la presencia o ausencia del objeto con el elemento simbólico de una manera que permite al niño tener a disposición la palabra mágica para que esto acontezca; esto equivale colocar al sujeto en el lugar del agente pero no en la perspectiva freudiana de *reeditar* (Freud. S, 1986, p. 14/17) activamente el acontecimiento traumático de la pérdida. A lo mejor se acerque más a una perspectiva de *producir* el encuentro con un orden pérdida primera en un espacio que pueda alojarlo aunque por fuera de los tiempos estructurantes del sujeto y con las consecuencias de no haberse producido.

I/

Muy lejos de este escenario que pierde y recupera, la desaparición del perro de peluche dentro de la bolsa del mago a M no le mueve un pelo pero participa con entusiasmo. No parece contar con un estatuto posible para los objetos que desaparecen a su mirada; ni siquiera es claro que exista en él una idea de tiempo que permita *antes estaba, ahora se fue.*

Cuando se le pregunta si el objeto que acaba de desaparecer a su mirada *está o no está* puede responder alternativamente *está* o *no está*, pero es evidente que la pregunta lo desconcierta en relación al significado de cualquiera de ambas; si se le repregunta produce una suerte de *está-no está* todo junto, que parece presentificar una masificación del signo que lo acerca a la holofrase. Pero es preciso distinguir: aquí parece más en juego la imposibilidad de cernir un significado acerca de lo que se habla, mientras que en la holofrase es del significante y la anulación de su intervalo de lo que se trata.

Está-no está hace entrar la dificultad de lo constitución de *otro* espacio que pudiese contener la captura[1] del objeto (Perrin M., 2009, p. 90); que permitiese el pasaje de aquí a allá, condición para que algo pueda restarse a la mirada en calidad de perdido.

Se interviene: se lo invita a constatar la presencia o ausencia del objeto dentro de la bolsa cada vez como un intento de inscribir algún orden de la pérdida en juego. M pasa a constatar si efectivamente *está-no está* y más aún, cuando *afirma* con bastante poco énfasis que el objeto *está* cuando ha desaparecido a la mirada. Se busca incidir sobre una modalidad precaria de signo[2] que a modo de defensa lo deja a distancia de cualquier confrontación con una ausencia que carecería no solo de lugar en lo simbólico sino de hueco real donde venir a situarse.

[1] Captura en contraposición a caída.

[2] *Está-no está*, a su vez, le permite sostener un modo de participación mimética en el taller (M queda imantado en el hacer de los otros y lo reproduce y de esta manera participa)

II/

M mira dentro de la bolsa y dice *está*, cuando el truco lo ha hecho desaparecer de la misma. ¿Qué es lo que ve? ¿*Ve* efectivamente algo allí donde nada hay? La respuesta es *no*. No se trata de una alucinación en juego sino de la imposibilidad de hacer valer la ausencia a partir de la constitución de un trayecto pulsional escópico. Se insiste: *¿dónde está?*

M introduce la mano y *palpa* el objeto ausente a la mirada, desaparecido a causa del engaño que propicia el truco. Efectivamente lo palpa - escondido tras la tela que tiene función de velo a la mirada-. *Acá está* señala, pero no de manera triunfante ya que para él nunca ha faltado nada. M no *constata* nada; no participa del vértigo que irradia el goce de la súbita desaparición del objeto. Las cosas siempre están aunque no se vean, pero no por deducción: lo real es pleno (Miller, J.A., 2014).

III/

Sin embargo, la convocatoria a constatar lo vivifica. Se lo nota divertido y de a poco algo parece conmoverlo por instantes en el pasaje por la experiencia de que eso *no está*. ¿Cómo ha llegado a dejarse tocar por la desaparición si hasta aquí en lo que ve no capta la presencia de vacío?

Una primera intervención es no permitirle palpar[3]; solo es posible *mirar*. Privado de tocar, M comienza a asentir que eso *no está*. Un gesto de asombro en un enarcar las cejas que irrumpe, comienza a marcar su cuerpo en el encuentro con la ausencia. El signo comienza a localizar diferencias: o está o no está. La disyunción es excluyente.

[3] Habría una interesante discusión al respecto con las TCC. Nosotros también disponemos interdicciones pero en una dirección al sujeto que no busca normatizar vía privación. Se funda en la transferencia y en este caso, en tanto maniobra sobre el signo que hace las veces de objeto que obtura todo encuentro con la ausencia.

Un día afirma que eso *está* cuando acaba de desaparecer; se lo invita a constatar. Pasa, mira, dice verdaderamente asombrado "¡*es verdad*, no está!". ¿Qué orden de verdad se ha puesto en juego?

IV/

La súbita aparición de un corpus de lenguaje conservado *in toto*, en sujetos con autismo -ya mudos o con escasas palabras - es un dato reconocido. B. Sellin sale de su mudez de toda la vida de golpe para pedirle a su padre "devuélveme la bola" - que este le había retirado - para retornar inmediatamente a su mudez.

Las más de las veces M no registra ninguna diferencia. Pero hay momentos en que en M el encuentro con la ausencia la hace abrir la boca, enarcar las cejas o un sutil estremecimiento en el cuerpo; se trata de instantes, una y otra vez, que no ordenan una serie. ¿Es posible ubicar un "progreso" en la frase *es verdad, no está*?

La boca abierta o el estremecimiento sanciona la sorpresa, encuentro inesperado que afecta al sujeto, mientras que la frase *es verdad* opera al modo de un juicio relativo a un juicio anterior y no a la presencia o no real del objeto. Más sencillamente: el cuerpo que se estremece queda tocado por lo real de una ausencia que hace uso del cuerpo como superficie de inscripción mientras que *es verdad* constata una perdida ya inscripta, pre-supuesta al encuentro (*"Caramba!, entonces eso que me dijeron era cierto"*). La *verdad* aquí pone en relación un signo con otro signo; es realidad ordenada por universo de signos.

Sin embargo lejos de instalarse como punto de llegada, *es verdad* tiene lugar como acontecimiento y luego, otra vez vuelta a *esta-no está*.

Maleval concluye de la escena de Sellin en que articula su conocida frase, que el sujeto autista, cuando la separación brusca del objeto que opera como localización del goce del Otro es vivida como mutilación intolerable, se dirige al otro y habla. En ese instante se opera una cesión puntual del goce vocal que hace posible la dirección al Otro. La defensa ha sido

perforada de la mala manera y el sujeto opera una inmediata recuperación del objeto en dirección a restaurar lo inmutable (Maleval, J.C., 2009)

A diferencia de ese modo altamente intrusivo, el taller de magia se ofrece en una vía regulada de tensión calculada. El objeto no se arranca pero tampoco se consiente a un signo (*está/no está*) que no permite localizar la ausencia. Al momento de caer el peluche dentro de la bolsa es preciso encontrar la maniobra que inscriba el acto en cuestión. Se pasa a interrogar a cada uno acerca de qué pasó y donde podría estar.

Están quienes podrán dar un curso ficcional a la puntual desaparición - el mago puede llegar a dejar entrever que se trata de un espacio intermedio en el tiempo, entretejiendo la irrupción del vacío a un núcleo delirante -; y está M, sin ficción, sin delirio, en un espacio de palabra endeble que no orienta el espacio.

slatopo@gmail.com

Referencias bibliográficas

Freud S., [1820] Más allá del principio del Placer, Amorrortu Ed., Tomo XVIII, Argentina, 1986.

Maleval,J.C., L'autiste et sa voix, 2009, France, Seuil, "Champ Freudian".

Miller,J,A, La matriz del tratamiento del niño lobo, en Estudios sobre el autismo, 2014, Colección Diva, Buenos Aires.

Perrin, M., Construction d'une dynamique autistique de l'autogire á la machine a laver, en L'autiste, son double et ses objets, 2009, PUR, Rennes.

Un triángulo de cuatro lados se llama rectángulo

Gustavo Slatopolsky

V/M

En el trabajo *Tal para cual* (entreUnos, 2015, p.33/37) se buscaba dar cuenta de una modalidad recíproca de anudamiento que permitía en dos niños autistas una salida del encierro. El trabajo especificaba el lugar de doble encarnado que V ocupaba para M.

En un recorrido siempre idéntico, M solicitaba a V que le prestase una palabra – V encarnaba el lugar de reservorio de palabras posibles con las que M podía ahora responder en el *taller de la palabra*- y V se dirigía inmediatamente hacia M donando su palabra. M hablaba entonces la palabra como un eco y una sombra de la palabra de V y esto hacía posible su posición en el lazo.

Esto se había instalado y se reiteraba sin novedad a tal punto, que jamás imaginamos que podría llegar el día en que V respondiese *no* a la solicitud de prestarle una palabra.

II/ *no* y sus consecuencias

Su negativa a nombrar el mundo para M se acompaña de una imposibilidad de decir su propia palabra. Se lo nota particularmente perturbado en el taller, y ese mismo día, cuando sea convocado a decir sus palabras para escribirlas en su casillero, estas reflejarán el malestar presente: a la palabra *no* solo le seguirá *nada*.

Su negativa a *prestar* la palabra nos hace caer en la cuenta de lo naturalizada que se encontraba la idea de que automáticamente V respondería prestando, y esto hacía perder de vista que V *elegía* decir que sí, *consentía* a esa demanda. Es luego de un año, al decir que no, que puede leerse que había algo que invitaba a dejar entrar a M en el mundo de V y eso, por primera vez, se ha roto.

V ha manifestado a su manera que no quiere; invitamos a M a elegir a otro compañero. M vuelve a señalar a V; dice "*V*". V ni siquiera lo mira. El dedo índice de M con el que señala a V queda flotando en el aire; va y viene, de V hacia nada. Da la impresión que a M sin V el mundo se le desmorona. Se perfila de manera dramática el lugar de localización encarnada que jugaba V en la economía de goce de M. El dedo índice de M queda detenido entre el mundo y él mismo: sin V no hay más mundo pero tampoco hay M. El mundo se nombraba *V* y desde allí, pasando por esa localización, se tornaba discernible, amigable, contable, posible. De pronto nadie más es apto para ser señalado porque la realidad ha dejado de estar conformada por elementos discretos soportados en signos para dar lugar a un caótico mundo de sensaciones de calibre insospechado.

III/ Perturbar la solución (con saña)

V había llegado perturbado al taller, tal como anticipamos.

En *la cigarra* ha comenzado un pibe muy diferente a los demás. Posee una capacidad única de lastimar con la palabra y desde allí se hace expulsar.

Fue en *Chinese en chino*[1] donde C se ensañó con V haciendo trastabillar su solución:

-*¿no te das cuenta que no sos un Power Ranger?!*- , le dice con desdén. Acto seguido V arroja su diccionario, lo patea y deja de participar cruzándose de brazos mirando al vacío.

Hay que reconocer en C el don de captar la parte más delgada del hilo desde donde todo pende; hace presente un goce de la crueldad que roza el límite de lo alojable como dispositivo. Si V no fuese un Power ¿acaso podría ser otra cosa?

Con la solución demolida llega al taller perturbado y, cuando como siempre M le pide la palabra, V, cuestionado en la solución que localizaba su ser en la imagen del Power en el armado de borde, se niega (Maleval, J.C., 2009). Su solución naufraga a instancias de un goce que solo se hace al lazo lastimando.

Más tarde, al retornar a su casa romperá un vidrio. Malestar mudo.

---

[1] "*Chinese en chino*", taller de traducción de lenguas.

IV/ Re-powerización de la solución

La semana siguiente se repite la secuencia: C aniquila el borde logrado en V. Advertido, antes de convocarlo al taller, propongo a V tener una sesión. Acepta.

De su mochila saca una revista con imágenes de Power Rangers para colorear. En lugar de hacerlo se dedica a contornear la figura con el dedo lentamente. Pasa de una figura a otra en silencio. Su dedo da pelea a cada franco abierto por la frase que objeta su imagen – real[2] - de Power para recomponer la imagen de doble que soporte lo insoportable del ser. Sin imagen de Power que lo aloje solo tendremos noes y vidrios rotos.

En el taller su primera palabra es *nadie* pero luego reaparecen los Powers en sus palabras y la vivificación es evidente.

Entre taller y taller se hizo lugar al rearmado de su singular invención. Sin ella, el *no* que denota el retorno de goce del viviente que cae sobre sí, se traga todo.

V/ tal para cual, asimétrico

Si en *Tal para cual* se daba cuenta de la pareja perfecta, tenemos ahora un triángulo que ha hecho nacer un obstáculo.

La negativa de V a prestar su palabra desengancha a M del modo del signo. V opera de catalizador, grado cero de suplencia del NP. Sin V, el orden del signo pierde su anclaje y el mundo de M deviene un cúmulo sensible imposible de localizar en algún orden de pensamiento. La consecuencia es catastrófica.

[2] La disposición del signo en el armado de un borde a partir de una imagen permite operar – y servirse - a partir imágenes reales, tal como puede situarse la imagen real en el esquema óptico propuesto por Lacan. Al respecto, ver Rey-Flaud, E., Les enfants de l'indicible peur, Ed Flammarion, Aubier, 2010; y Rey-Flaud,E., L'enfant qui s'est arête au seuil du langage, Ed Flammarion, Aubier, 2008.

Una vez encarnada la función de doble no puede ser desplazada a cualquier otro objeto. Se suma además que la potencia que opera ser el depositario del dragado puntual del goce imposible de extraer retorna con el mismo peso delegado en el mismo instante en que dicho objeto se niega a seguir ocupando dicho lugar. Es porque lo dice él, V, que cae lo poco de universo de signo que habita en M. La vacilación en tiempo real del dedo que busca y se detiene de golpe, de la que somos testigos; la imposibilidad de señalar otro que detente ese lugar precisa que no se trata de aquel que posee la palabra sino del lugar que opera como depositario del goce del viviente. El hueco cavado donde eso puede ser alojado deviene por ello mismo condición del habla y se funciona adherido a eso como si se tratase de un pulmotor.

V, a diferencia de M, anda enchufado a su mochila. Su pulmotor-Power lo lleva puesto a todos lados. M opera la función de separarlo un poquito de una solución que de tan lograda, dejaba al resto del mundo fuera[3].

Uno y el otro no ocupan lugares simétricos: V localiza el goce en M pero V ya porta una solución a ese problema. Por eso el encuentro con la vacilación "*M es un...*"[4] oficiaba el instante mágico en el que se desenchufaba el respirador e inspiraba el aire contaminado del significante. Un instante, y luego, al sellar la frase "*un...cartero*", volvía al pulmotor. Una imagen fija en el que se retoma lo inmutable de un mundo a resguardo del encuentro contingente con la equivocidad del significante.

VI/triángulo maltrecho

Entonces llego C, que no necesita pulmotor – claramente no se trata aquí de modalidad alguna ligada al autismo - y al que una posición de goce enlazada a la crueldad empuja a cortar los cables de los demás.

[3] "Tal para cual", en Revista entreUnos, 2015.

[4] "Tal para cual", en Revista entreUnos, 2015.

No se trata del paciente *típico* de *la cigarra*. Hace años que no puede insertarse en lo escolar frente a la irrupción de un fantasma de quedar como objeto de rechazo y burla de los otros y que pone en acto como eco insoportable sin alcanzar a advertir su posición de agente en el malestar de los demás. Fantasma hasta aquí, inconmovible.

VI/ Rectángulo

La imagen del triángulo que hace entrar un tercero en discordia que altera la armonía idílica entre los otros dos, no contempla el lugar de cuarto que en su incidencia tiene *la cigarra.* Sea porque C es incluido a sabiendas de lo que genera y más aún, es por ello mismo que se le hace lugar; sea por el lugar que abre la presencia del analista como testigo y como intervención, nada de lo que está en juego puede alcanzar un orden de esclarecimiento sin hacer entrar en la cuenta el efecto del analista allí.

Los talleres en *la cigarra* se conciben como una instancia de intervención clínica. Si al momento de ser pensados se imaginan a partir de una pregunta a recorrer durante años en torno a un aspecto de la estructura – estatuto de la palabra y sus soluciones posibles, *taller de la palabra* – que permite un despliegue en una suerte de laboratorio, su función es, insistimos, clínica.

Cuando M se dirige a V por primera vez para pedirle una palabra, saliendo de un encierro de años, lo hace a partir de la intervención del coordinador del taller[5]. Solo después del acto del analista vendrá la elección de M de consentir en V ese lugar. C fractura la defensa de V y el analista interviene ofreciendo una sesión. V reconstituye el lugar del doble en sesión y vuelve al taller.

[5] "Tal para cual", en Revista entreUnos, 2015.

Cuando el coordinador se dirige a C solicitando un nombre para el dibujo realizado por todos en *208x*[6] recibe el peso del rechazo puesto en juego en la relación al Otro: se encoge de hombros y realiza un gesto de desdén por respuesta. Se sanciona el silencio por repuesta escribiendo en el pizarrón un vacío recortado por paréntesis. Se le pregunta seguidamente qué edad tiene eso que tiene vacío por nombre; C responde enojado y sorprendido: "¡*me jodes*!". Se lo escribe: nombre: vacío; edad: *me jodes*. Sobrepasado, C no puede no reír aliviado. Apenas un instante donde flaquea el rechazo del Otro como defensa.

VII/

Cada vez más *la cigarra* se instituye como lugar que intenta alojar lo que cae en los márgenes del Otro social. Se pone a prueba en su capacidad de fraccionar el goce en pos de su transformación pero reconociendo su límite: ni sacrificar el dispositivo ni arrojar a pacientes y analistas a un malestar excesivo. Hay que reconocer en esto un borde por el que se desplaza C y la tensión al límite que esto genera en tanto goce posible de ser alojado. *La cigarra* cruje. El trabajo propio en el autismo delimita el armado de un borde que localice el goce del Otro y todo se encamina en *la cigarra* en facilitar y propiciar dicho armado.

La crueldad de ese otro modo de vérsela frente al goce del Otro produce aún más dolor en los otros y plantea los límites del dispositivo. Pero el punto es que si se concluyera que *la cigarra no-es* para C, la respuesta misma no haría más que reproducir la respuesta que el Otro social le devuelve una y otra vez en conformidad con la premisa fantasmática[7] de ser expulsado sin algún saldo que permita subjetivar a mínima el empuje a hacerse expulsar.

En todo caso, *la cigarra* se re-inventa cada vez en pos del goce a ser alojado. No hay el sujeto que *no-sea* para *la cigarra* a priori; en el mejor de los casos, habrá el sujeto que haya podido consentir. O no. Será solo en ocasión de su respuesta a la intervención y nunca antes que se

[6] "*208x*"o taller del cuerpo: juego en el que se pasa a dibujar una parte del cuerpo humano en el pizarrón. Una vez terminado se propone un nombre, edad y actividad.

[7] Premisa que a esta altura no deja de interrogarse en un carácter de eventual certeza.

habrá podido verificar que su lugar *era* la cigarra. Decidirlo de antemano a partir de una fenomenología del goce o de una sumatoria de atributos, aún con las mejores intenciones, no deja de ser otra cara de la segregación.

slatopo@gmail.com

Referencias bibliográficas

Maleval, J.C., L'autiste et sa voix, 2009, France, Seuil, Champ Freudian.
https://issuu.com/entreunos/docs/entreunos. Revista entreUnos Nº1, 2015.

Talleres de magia y disparate: Uno en busca de otros unos

Aracelli Marchesotti y Florencia Fiorentino

> *"Las únicas actividades de Dios eran la deglución, la digestión y, como consecuencia directa, la excreción. Esas actividades (...) pasaban por el cuerpo de Dios sin que él se diera cuenta. (...) Dios abría todos los orificios necesarios para que los alimentos y líquidos lo atravesaran. Y esa es la razón por la cual (...) llamaremos a Dios, el tubo"*
> Amelie Nothomb, Metafísica de los tubos.

Presentación

Vamos a presentar el recorrido de un paciente autista por los talleres de magia y disparate.

La motivación a escribir sobre M se produce por lo que él presenta: una maniobra defensiva eficaz, que insiste en dejar al otro afuera sin ser tocado por ninguna diferencia.

El encuentro con este imposible produce en las coordinadoras, como en los otros del taller, el desánimo de siempre lo mismo, a veces aburrimiento, el fastidio de algunos pares. Nada queda escrito.

Y asimismo promueve la tenacidad del deseo de los analistas con el desafío de rescatar al sujeto de la soledad del goce. En ese *nada cambia* leemos un trabajo incesante del sujeto que hace posible sostener la apuesta de su emergencia.

La persistencia de las dificultades clínicas encontradas a lo largo de los años y del tiempo, que pasó para nosotros y que no pasó para él. Nos impone vérnosla con la presencia del

tiempo real. Y nos fuerza a retomar la tarea realizada, de M y de los talleres, y hacer de ella un recorrido que nos posibilite leer qué trabajo lo ocupa hoy.

Pasar por los talleres de magia y disparate

M es un chico de unos 18 años que concurre a *la cigarra* desde hace varios años. Su presentación es de repliegue autista, ojos entrecerrados, quieto, casi inmóvil, en donde se sienta queda tomando la forma del banco que lo contiene. No habla con fluidez, cuenta con muy pocas palabras, al menos en estos talleres. Muestra una intensa pregnancia para imantarse con la imagen de los otros: si le reís, ríe, si lo mirás parece que mira, si se lo invita a pasar siempre dice "Ti".

¿Cómo acompañarlo para posibilitar una participación que no se torne tan mecánica ni rígida, sino que aparezca algo de su singularidad o interés? ¿De qué modo intervenir en la construcción y ampliación de su vocabulario?[1]

Hace mucho tiempo en el taller del disparate…

Corría el año 2009 y cuando a M le tocaba pasar la palabra por un tubo emitía un sonido gutural irreproducible e imposible de significar que parecía salir del fondo de su cuerpo. Y también al recibir la palabra de su compañero, la reproducía al mismo momento que ésta

[1] El presente trabajo fue originalmente escrito y presentado en las jornadas de *la cigarra*, en Noviembre de 2014. En la actualidad, al revisar el texto para esta publicación, nos advertimos de que justamente, la posición de M es rígida y mecánica, y en eso defensiva. Entonces nuestra pregunta se reformula en términos de si habría algo más que la defensa incesante. Es una suposición nuestra el que podría haber otra cosa.

sonaba en su oreja. *M. no podía retener ninguna palabra, así como entraba por un agujero, salía por el otro como un tubo en sí mismo.*

El cuerpo-tubo todavía no se recorta del mundo con la forma del florero real que al menos contiene las flores reales; sino que se presenta permanentemente abierto a la irrupción del ruido sin barrera que limite sonido-silencio, ruido-no ruido. Todo-nada.

Nos llevó el trabajo de un año -con diferentes intervenciones que buscaban vaciar ese ruido compacto- que algo caiga para hacer lugar a una palabra posible de ser emitida. Con la consecuencia de que ese cuerpo se cierre momentáneamente dando lugar al recorte de algún sonido distinto que quede -por un ratito- retenido en él.

Qué hicimos: cambiamos de tubos con diferentes formas y tamaños, pasamos papelitos con letras escritas por M a través del tubo, significamos de diversas maneras ese ruido, hasta que con un tubo de boca muy ancha y la posibilidad de escribir en papeles lo que él anotaba, surgió la palabra: oí, hola, eta…

M nos dejó ver que escuchaba. Cuando pasaba la palabra, lo hacía con el tono y la melodía del otro. No importa el sentido. Puso al descubierto que el asunto era lo sonoro, tanto para hablar como para escuchar. La defensa es ante la presencia enunciativa del otro y no ante la materialidad sonora del mensaje. Por eso, poder escribir permite velar esa presencia, reducir la multivocidad de la palabra y variar en sus respuestas.

"La esquizia entre el oído y la voz no se ha producido para el autista, de modo que oye, en efecto, "muchas cosas", demasiadas, cuando la palabra se torna expresiva y singular" (Maleval, 2011, p. 214).

Mientras tanto, en el taller de magia…

En cada truco de aparición o desaparición de objetos cada chico con la varita en mano pasa a decir su palabra mágica para hacer desaparecer el objeto y se solicita diga otra palabra para hacerlo reaparecer. M solo contaba con una: *ete*. *Ete* para nombrar al perro, *ete* para hacerlo

desaparecer, *ete* para hacerlo reaparecer. Literalmente *una sola*! Y con esa sola se enlazaba al mundo taller, en el que surge el sujeto cada vez que *ete* busca nombrar lo real, localizando el mundo y al sujeto en él. En palabras de Lacan: *ete* sería el estado nodal de la palabra.

Falla la magia

La intervención para M consistió en hacer funcionar el truco con la palabra *ete* para que desaparezca el objeto, pero no así para que reaparezca. Pero solo hay *ete*. No la alternancia. No hay corte.

Que hicimos: recurrimos a prestarle palabras por medio del pedido a compañeros o analistas (que él señalaba), él las reproduce, pero no las toma. El Dios Tubo.

En algún momento, difícil precisar por qué, tal vez la contingencia, M nos sorprende diciendo otra palabra, *eta*. Una letra, la mínima variación hace un mundo para el taller. Esa novedad se festeja, repitiéndose al siguiente encuentro.

Otra vez *ete* ¿la misma dificultad?

Este año M reinicia los talleres con *ete*. Y, simultáneamente en el taller del Disparate cada vez que recibe la palabra del otro, no la retiene y aparece *hola* bajo el mismo modo de funcionamiento *ete*. Ahí donde la diferencia, en el tono, en la presencia concreta del otro, en lo que buscamos interrumpir de la mismidad de M aparece *hola*. Es otra, pero con el mismo modo de respuesta “no ha lugar”, eso no entra.

¿Querés que te cuente el cuento de la buena pipa?

En la actualidad, se producen dos intervenciones en el taller de magia: en el momento en que se dijo la palabra mágica, se le pregunta al participante si quiere que se acompañe el intervalo con música de suspenso*: ¿música?* La respuesta de M era *hacer* la música de suspenso, no responder si quería o no música. Hace la música como sutura de la diferencia que se le podría abrir con la pregunta del otro. Haciendo imposible lo discontinuo de la propuesta. Por eso otra vez el cuento de la buena pipa. El funcionamiento Uno.

El sentimiento de existencia depende del lugar simbólico que ocupamos en el Otro, pero cuando el Otro es un puro real y el sujeto se defiende rechazando la alteridad ¿cómo construir un modo de encuentro si la estrategia subjetiva busca anular dicha alteración? ¿Qué intervenciones harían posible que el sujeto tolere el signo de la presencia del otro, partenaire real que buscamos constituir?

Casi sin pensarlo, a él se le oferta*: ¿música o silencio?* Responde: *silencio*. Si variamos el orden de la pregunta, también responde *silencio*.

¿Puede pensarse esta respuesta como esbozo de una elección? Siendo que lo sonoro tanto como lo escópico desarticulado es lo que pareciera comandar al sujeto ¿la oportunidad de que elija el silencio puede ser casual? ¿Acaso admite tomar distancia de esa permanente presencia sonora y visual?

Cortar por lo sano

En Disparate, al repetir *hola* en 6 oportunidades y cortarse la ronda de la que participan también otros chicos, decidimos dejar afuera *hola*. Y abrir un desvío a partir de él. Extraer *hola* de la ronda, también pidiéndole que en su turno en lugar de decir su palabra, la escriba. Allí no aparecía *hola*, sino letras XXXXXXXXX.

En Magia, se instala para M la posibilidad de pedir palabras prestadas al semejante que elije y también que pueda escribir. Sigue operando la falla del truco cuando vuelve *ete* para la reaparición.

Cuando no lo demandamos y queda expuesto al vacío de la mirada y la voz del coordinador –otra extracción- puede *orientar su mirada al mago* a modo de un llamado o inquietarse un poco.

Pero no entra en crisis ¿por qué? El mundo ordenado por signos no parece conmoverse, ¿es que tampoco se alcanzó?

"En conformidad con la naturaleza del signo, que no borra el objeto que representa, sino que está fuertemente correlacionado con él, (...) anudando una palabra con una imagen" (Maleval 2011, p. 129). *Hola, ete,* son las palabras que le hace el signo de los talleres de disparate y magia. Sin embargo, la dificultad es cómo expandir ese borde.

La orientación es construirlo con él. Abrir espacio para que tanto el doble -imagen real con la que resolver la falla simbólica-, como la extracción por medio de la escritura o el desvío del *hola*, sean alternativas para la sustracción del goce replegado. Distribución libidinal que busca el armado del cuerpo como continente, tubo cerrado, florero real. Localizarlo en un lugar fuera del cuerpo permite a M recortar una imagen para sí: el gesto, la sonrisa, la mirada y el tono se hacen presentes.

En los últimos talleres de Disparate, M pasa, reproduce, por el tubo lo que escucha, adosado *hola* y ahí sí lo dejamos pasar. Porque entendemos que no es lo mismo que ingrese *hola* para sostener lo escuchado, a que ingrese solo buscando anularlo.

¿Qué le permite ese advenimiento holofraseado entre lo uno y lo otro?

Cuando lo que escribe, llega a término de la ronda, vota espontáneamente la coincidencia. ¿Reconoce su palabra?

Aunque esto no lo sostenga de un taller al otro, podríamos pensar que algo *se va vaciando* en M. Algo dejó de estar presente todo el tiempo, por un momento, permitiéndole salir de la sumersión. Y no es lo mismo para el sujeto volver al *hola* habiendo pasado por este lugar que no conocerlo nunca.

En los últimos encuentros es notoria la vivificación del cuerpo de M cuando dice/escucha otra cosa.

Una vez en un taller de disparate un sujeto llamado M, no tenía más que un sonido gutural ¿se acuerdan?

aracellimarche@gmail.com

fflor14@hotmail.com

Referencias bibliográficas

- Laurent, E., *La batalla del autismo. De la clínica a la política*, 2013, Ed. Grama, Buenos Aires.
- Maleval, J.C., *El autista y su voz*, 2011, Ed. Gredos, España.

El Otro en las inmediaciones*[1]

Pablo Dymant

Abstract

La pregunta que orienta este trabajo consiste en cómo alcanzar, en el marco de un taller de idiomas, a armar un lazo con el pequeño psicótico o autista cuando éste prescinde del lenguaje como instrumento para tratar el goce (Lacan, J., 2012), partiendo de un consentimiento regulado que no fuerce las defensas e invenciones del sujeto.

El taller tiene comienzo en un momento en que se ofrece a cada chico elegir un diccionario con el cual trabajar. Contamos con diccionarios de inglés, francés, alemán, italiano y de sinónimos. A continuación, promoviendo cierta posición enunciativa, se le pregunta, de a uno por vez, que palabra o frase le gustaría decir para que luego de escribirla en el pizarrón la misma sea traducida a los diferentes idiomas. Ficcionalizando de este modo lo que en el fondo no se produjo en el proceso de subjetivación de estos niños, el hecho de que su palabra trascienda al campo de un Otro que la aloje y en lo posible le inocule sentido.

Lo primero que tenemos es pues una palabra que no necesariamente debe ser pensada como dirigida al Otro, estamos en el nivel de la letra, nombre con el que Lacan alude a la materialidad del significante por fuera de su función de producir significaciones.

Así, una vez que se transcriben todas las palabras en un cuadro trazado en la pizarra, se inaugura un momento en que cada niño, asistido generalmente por uno o dos practicantes, buscará en un diccionario la traducción de cada palabra propuesta. A continuación, estas

* Una versión previa de este trabajo fue presentada en las jornadas anuales de hospitales de día del CSMN 1 "Dr. Hugo Rosarios", en octubre del 2014.

traducciones también son transcriptas a medida que cada chico las encuentra y va llamando al coordinador para dictárselas.

El taller culmina en un momento de lectura en voz alta donde los niños pronuncian las palabras que ellos mismos se encargaron de traducir en el idioma correspondiente, intentando respetar los elementos prosódicos de cada lengua, lo que no deja de implicar cierto orden de cesión.

En esta oportunidad nos detendremos a indagar algunas maniobras posibles ante un niño que rechaza incansablemente el ofrecimiento a participar del aspecto formal del taller, eligiendo de todos modos permanecer en el mismo.

El Otro amenazante y el aislamiento

Con alternancias a veces prolongadas Nacho participa del taller desde sus inicios en 2010. Desde entonces lo observamos protegerse incansablemente de todos los signos de la presencia del Otro. En concomitancia, la retención de la voz y la mirada le son también características.

Una vez ingresado al taller opta por el aislamiento, acomodándose en un rincón de la sala, ya sea acostado o sentado en el piso, siempre por detrás de las sillas que conforman una semi-ronda en torno al pizarrón. Es decir que Nacho se ubica por fuera del conjunto, en sus contornos, donde lo vemos soliloquiar y realizar gestos bizarros con las manos. Se trata de un niño que muestra una dificultad mayor para tomar asiento en la enunciación. Cada vez que se lo invita a participar rechaza nuestro llamado, a veces sin responder, otras mediando sus NO, NO QUIERO, NO SE, NADA. La intromisión del Otro resultaba para él insoportable, al punto que a menudo solía acompañar su rechazo mediante un gesto con los brazos de expulsión al aire, entendemos que desasiéndose de cierto real que lo invade. Toda manifestación de la pulsión invocante no hacía más que sostener al sujeto en su repliegue.

Desde hace tiempo sabemos que Nacho lee sin mayores inconvenientes y que dispone de una importante cantidad de palabras. Estas últimas, sin embargo, en su uso jamás traspasan el

valor de signo, manteniendo al sujeto en una relación de extranjeridad con el lenguaje que en el taller se traduce por la imposibilidad de armar un lazo con el Otro -*y con los otros*-.

No obstante, con el transcurrir de los talleres Nacho comienza a aceptar de buen grado el uso de los diccionarios. En un principio el objeto capta su atención, pasa las páginas y se detiene en algunas palabras que repite. Momento en el cual la proximidad del semejante es mejor tolerada abriéndose a breves intercambios. El objeto diccionario arbitra la relación al Otro.

Esta coyuntura se mantiene durante largo tiempo, y a su manera Nacho continúa participando regularmente de la actividad.

Consideramos al hecho de que el niño decida permanecer en el taller como una elección. En consonancia con los demás talleres de *la cigarra*, tal elección sería propiciada por la realidad estructurada, ritualizada, siempre-la-misma, que encuentra también en este taller y que en efecto parece brindarle resguardo. Por otra parte, quienes participamos, atentos a las respuestas que el sujeto dispone para arreglárselas frente al encuentro con el Otro, regulamos nuestras intervenciones intentando borrar los signos de una presencia demasiado enunciativa.

La palabra robada

A pesar de su sostenido rechazo nunca dejamos de preguntar a Nacho por su palabra.

En una oportunidad, luego de que varias veces se lo invitara a participar persistiendo él en su negativa, se produce la siguiente situación:

C: -*Nacho ¿Cuál es tu palabra?*

Nacho, sumido en su habitual repliegue, responde: -*¡No! ¡No!*

C: -*No… es una palabra interesante, creo que nunca la buscamos*.

Y a continuación procede a escribir este NO en la pizarra.

Así, simulando total naturalidad, se da inicio al momento de búsqueda en los diccionarios. Tras breves instantes, Nacho se levanta de su silla y se aproxima al pizarrón donde permanece firme observando cómo se van escribiendo las variaciones de su NO original, en francés, alemán, portugués, etc.

Ante la eventual respuesta de Nacho, NO, signo del que se vale para evitar el encuentro angustiante con el Otro, sorpresivamente el coordinador opta por escribir este NO de todos modos, conmoviendo la defensa. Transformando el rechazo en don, la prevalencia del signo es puesta en jaque.

Tomar en consideración este NO implica no dejar caer la palabra del sujeto como puro real asumiéndola como marca de su presencia en el mundo. Maniobra que lo aloja en la materialidad de la letra, que se traduce sin agregar sentido.

Entendemos a esta intervención como un modo de perturbar la defensa, "oponiéndonos a que el paciente realice incansablemente la misma maniobra. (...) Vamos a molestar esa repetición, vamos interceptarla, meternos en su circuito para agrandarlo, para desplazar el borde que ha intentado armar con ese goce repetitivo" (Berkoff, M. 2014).

En efecto, este maniobrar promueve un desplazamiento del borde que desemboca en la aproximación de Nacho al pizarrón, abandonando súbitamente su acostumbrado aislamiento. Su palabra escrita junto con las traducciones, a la par que captan su mirada, vuelven menos intrusiva la proximidad del Otro. Finalmente constatamos cómo Nacho se dispone a leer y repetir en voz baja cada una de las traducciones de su NO original.

Alojar el sinsentido

En ocasiones, por propia voluntad, Nacho comienza a incursionar en el pizarrón para escribir palabras que deconstruye intercambiando las letras. Los nombres propios son al respecto su predilección, modificando MAURO por MORAU, TOBIAS por TABOAS, o bien combinando FERNANDO y FACUNDO para obtener FERCUNDO.

Observamos una marcada tendencia a utilizar nombres propios, nombres que alcanzan al referente sin pasar por el significante S2, lo que entendemos respondería a la misma propensión a servirse del signo, dada la equivalencia existente entre la cosa representada y la representación.

Ahora bien, el sinsentido en transferencia implica alojar las producciones del niño más allá de las significaciones compartidas y de toda reciprocidad imaginaria. Se trata de un jugar con

la letra por fuera de lo simbólico en que interviene la metonimia y que le permitiría a Nacho ejercer cierto dominio sobre el lenguaje, liberándolo de sus efectos de mortificación.

Esto le da acceso al armado de un lazo que, si bien precario y transitorio, resulta vivificante para el sujeto -*y para los practicantes*-. Ahora Nacho solicita al coordinador que escriba y lea estas palabras, lo que tiene a la risa como efecto inmediato.

Tomar asiento en el doble

En los últimos tiempos, si bien persiste en quedarse apartado se observa una diferencia a nivel del cuerpo. Vemos que Nacho ya no se oculta detrás de las sillas sino que prefiere ubicarse a cierta altura, erguido, ya sea sentado sobre una mesa o bien sobre un gran cofre que había en la sala. Y si bien continúa permaneciendo por fuera del conjunto, opta ahora por una perspectiva que le permite abarcar la totalidad del espacio con su mirada.

En una ocasión, habiendo quedado un practicante trabajando con dos chicos, K y F, el coordinador le sugiere a K que se cambie de lugar para trabajar con él, de modo que K abandona su asiento. Repentinamente vemos a Nacho, quien se hallaba de pie en un rincón cercano a la puerta, cruzar la sala para tomar asiento en el lugar dejado vacío por K.

Pasados unos minutos, en un momento de particular bullicio, la voz de Nacho irrumpe desde su nueva posición y para nuestra sorpresa, por primera vez, llama repetidas veces al coordinador por su nombre: *¡Pedro, Pedro!*

Una vez que encuentra la mirada del coordinador, muy animado exclama: "MEGA THIAGO". Y de buen grado observa cómo su palabra se transcribe en la pizarra.

Notemos que el niño toma el significante MEGA de la misma compañera de la que anteriormente tomó su lugar, quien había elegido como palabra a traducir: MEGA FUERZA.

Tomando asiento sobre la imagen del doble, en este caso su compañera K, una animación pulsional se opera. Nacho procede a un nuevo desplazamiento del borde que torna al Otro menos amenazante encontrando un modo singular de participar en el taller.

Y no obstante el carácter imitativo del doble podemos señalar con Ansermet: "que en el hecho mismo de la imitación -impasse del autista- existe ya una posible anticipación. Se trata de

reconocerla. Anticipar la imitación como elección. En la imitación existe la reproducción, pero existe también la intención. Entre lo que está por reproducirse y su reproducción se desliza una diferencia, espacio para que la cuestión de lo que es propio al sujeto, lo singular, lo único, se aloje" (Ansermet, F., 1997).

En suma

Todos estos movimientos producidos por Nacho en el marco del taller de idiomas permiten ubicar un trayecto que va desde el rechazo sostenido del Otro a una nueva posición rubricada por el desplazamiento del borde que, en el mismo movimiento, atempera la relación al Otro operando un vaciamiento de los objetos voz y mirada.

El taller promueve la instauración de un espacio donde cada niño puede depositar la singularidad de su síntoma encontrando nuevas herramientas para arreglárselas con su difícil anudamiento.

lic.dymantpablo@outlook.com

Referencias bibliográficas

- Ansermet, F. "La cuestión del sujeto en el tratamiento psicoanalítico del autismo", Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, No 63, 1997, http://www.revistaaen.es/index.php/aen/article/view/15557/15417.
- Berkoff, M. "Perturbar la defensa en los niños", Virtualia, No 28, 2014, http://virtualia.eol.org.ar/028/Limites-y-dificultades-en-la-practica/PDF/Perturbar-la-defensa-en-los-ninos.pdf.
- Lacan, J. [1953-54], El Seminario, Libro 1: Los escritos técnicos de Freud, 1988, Paidós, Buenos Aires.
- Lacan, J. [1971], “Lituraterra”, en Otros Escritos, 2012, Paidós, Buenos Aires.
- Lacan, J., [1973], “El atolondradicho”, en Otros Escritos, 2012, Paidós, Buenos Aires.

- Lacan, J. [1974], “Conferencia en Ginebra sobre El síntoma”, Intervenciones y textos 2, Paidós, Buenos Aires, 1991.
- Laurent, E. “La batalla del autismo”, 2013, Grama Ediciones, Buenos Aires.
- Maleval, J-C. “¡Escuchen a los autistas!”, 2012, Grama Ediciones, Buenos Aires.
- Maleval, J-C. L'autiste et sa voix", 2009, Éditions du Seuil, Paris.
- Miller, J-A. "Clinique ironique", La Cause freudienne Nro. 23, Revue de psychanalyse, Navarin Seuil, 1993.
- Soler, C. "El inconsciente a cielo abierto de la psicosis", 2004, JVE Ediciones, Buenos Aires.

Teatro leído: en voz alta y tachando[1]

Ricardo Seijas.

Coordinador del hospital de día de adultos del CSM Nro.1. CABA.

La propuesta de trabajo del taller de *teatro leído* es básica: leer entre los participantes –tanto pacientes como analistas- una o varias escenas de una obra de teatro por reunión.

Primero se repasa someramente la escena para ver cuántos y qué personajes hay en ella, y luego cada uno, con preferencia de los pacientes, va eligiendo los personajes que quiere leer. Se aclara que no es la intención *representar* o *actuar* la escena, solo leerla.

En la primer reunión del ciclo presentamos algunas obras de teatro (no hicimos la selección según algún criterio explícito) y uno de los pacientes propone leer Romeo y Julieta, de William Shakespeare. Se reparten copias de la obra y comenzamos la lectura. Nos encontramos rápidamente con el estilo de cada uno –el ritmo, el tono, la música de cada voz- y con el *´errar´* en esa lectura. Reemplazar una palabra por otra, saltearse un renglón, no tener en cuenta el signo de puntuación (ya sea el punto o el signo de pregunta o de exclamación), no darse cuenta cuando le toca al personaje, etc.

[1] Trabajo realizado en base a un texto presentado en las Jornadas de Hospitales de día del Centro nro.1 en el año 2014, llamado en "En voz alta y tachando", de Larisa Santimaría y Ricardo Seijas. El taller de teatro leído formó parte, durante el año 2014, del dispositivo del Hospital de día de adultos del Centro de Salud Mental Nro.1, del GCBA, Buenos Aires, Argentina.

Descubrimos rápidamente que ninguno está exento de este errar. Nos encontramos entonces con un primer problema: ¿corregir o no estos "errores"? ¿Señalarlos? En general, decidimos no hacerlo.

Les propongo leer el recorrido de un paciente en el taller, para advertir de qué manera un dispositivo colectivo –coordinado por analistas- permite y promueve un trabajo de la singularidad del sujeto.

En el caso de H nos encontramos con una lectura monocorde que no tiene en cuenta los signos de puntuación (tanto aquellos que establecen pausas (punto, coma), como aquellos que indican entonaciones (interrogación, exclamación) y que como lógica consecuencia tampoco tiene en cuenta al sentido. Al mismo tiempo, su lectura de las palabras es impecable, casi no comete lapsus de lectura.

Ante cualquier pregunta que le hagamos a H sobre el sentido de la frase o de la escena, permanece en silencio, la mirada clavada en el interlocutor, en una suerte de perplejidad momentánea, respondiendo finalmente a la invitación del coordinador con "no, no, sigamos leyendo" o "ya está".

En este primer momento, que le toque leer un personaje femenino no causa ningún comentario o rechazo en H. Tampoco hay una preferencia en él por algún personaje en particular.

Ubicamos aquí una sumisión completa de la voz a la letra, absolutamente fuera del sentido. Esto es: H elimina la enunciación del texto y con ella, su propia enunciación. Se podría decir que H emite sonidos codificados en las letras, lee entonces *fonéticamente*. La única salvedad a este modo es que acepta los intervalos entre las palabras y también el guión al final del renglón que señala que la palabra continúa en el siguiente.

En el transcurso de las reuniones, H nos sorprende con un giro en su posición, pues comienza a detenerse en algunas palabras y pregunta "¿qué significa?". Hacemos uso de un diccionario –pues muchas palabras de las que señala son de castellano antiguo y por lo tanto, son extrañas para todos- y entonces se propone tachar la palabra que no entendemos y sustituirla por alguna de las acepciones, la que cada uno quiera. Él acepta y entonces pregunta: "¿qué pongo?". Se le ofrece nuevamente las acepciones para que elija. Lo hace, tacha la palabra y la reemplaza por la elegida.

Es un primer movimiento: el interés por el sentido de algunas palabras que H elige y extrae de esa inicial masa indiferenciada fónica y gráfica, la pregunta al otro sobre su significado y su intento de someterse a la voluntad de este otro, y –maniobra del analista mediante- la posterior elección de una sustituta, tachando la primera. Es una maniobra que interesa sobremanera a H y que repite varias veces por reunión a partir de entonces.

A la vez siguiente decidimos que cada uno tenga su copia para poder seguir trabajando el texto a su modo, proponiendo que pongan su nombre. H coloca su nombre en la copia que recibe y en el inicio de cada reunión, la busca y si se encuentra con una que no es la suya, la rechaza. Cuando en una ocasión, ante su ausencia, descubre que alguien usó su copia, advierte rápidamente: "esto no lo escribí yo".

Sin embargo, ese interrogante de H sobre palabras sueltas no se traslada hacia la frase o el párrafo y ante cada debate o pregunta que se da entre otros participantes acerca del sentido de la escena o la enunciación de algún personaje, H insiste en permanecer ausente, muchas veces impaciente por reanudar la lectura.

Encontramos un segundo giro en su posición cuando H comienza a elegir y así sigue –muy decidido- leer *Romeo*. Recibe con una sonrisa la broma de una compañera de taller que le

dice “ah, quiere hacer el novio!” ¿Es una sonrisa que indica que hubo interpretación? No lo sabemos. Por sus efectos, pareciera que no. Lee Romeo, pero sin alusión alguna al sentido de lo que Romeo dice.

Luego de transcurrir un tiempo con esta modalidad, en un encuentro singular pues solo estamos H y yo, (los otros pacientes y analistas no han concurrido), se suceden varias novedades. Primero: advierto que va repasando el texto y tachando las x que habían señalado los puntos de detención de cada reunión. Es decir, en cada reunión cuando terminábamos, H escribía una cruz indicando dónde lo habíamos hecho y por lo tanto, dónde debíamos retomar la vez siguiente. Ante mi pregunta sobre ese tachar responde: “porque ya pasó”.

Segundo: como hay varios personajes en la escena –debemos repartirnos más de un personaje para cada uno-, le pregunto cuáles elige. Dice –por supuesto- Romeo y luego elige *Lady Capuleto*. Pregunta: “¿es hombre o mujer?” Al contestarle mujer, no dice nada. Advertimos que es la primera vez que pregunta sobre el género del personaje.

Tercero: cuando empieza a leer, decido decirle por primera vez que hay allí, donde está leyendo sin entonación, una pregunta. Vuelve a leer y cuando llega al signo de interrogación dice literalmente “pregunta”. Y a continuación me pregunta: “¿contesta?”. Respondo que a continuación contesta Julieta.

Cuarto: H interrumpe la lectura y animadamente me interpela: “¿qué es esta historia de Romeo y Julieta? Es así, no?” fijándose en la tapa. Pregunta: “¿estos son ellos?” señalando un dibujo bastante confuso que hay en la tapa, respondo que no sé, podría ser. Le cuento someramente una síntesis del argumento. Comienza entonces a repreguntar sobre cada uno de los personajes: ¿Quién es? Cuando le advierto que hay una lista de personajes al principio del texto, la busca y va señalando y preguntando sobre aquellos que en la lista no tienen

explicación: por ejemplo: “criado ¿quién es?” “primer ciudadano ¿quién es?” “¿estos quiénes son? –se refiere a “coro, tres músicos…”.

Finalmente repregunta “pero Romeo ¿quién es?”...y se contesta luego de una pausa: “el novio”, término que yo había usado en la síntesis del argumento.

¿Cómo leer este trabajo que hace H, este recorrido desde la posición inicial de rechazo de la enunciación hasta la final donde aparece una enunciación decidida y por lo tanto otro lazo con el sentido, con el saber y con el otro?

Al principio, H aceptaba la consigna y podía leer el texto que le correspondía, pero sin la enunciación que le es posible, ausente todo sentido de lo leído. Consentía a la demanda del coordinador y los cortes implícitos en la tarea –una suerte de anudamiento entre simbólico y real, sin lo imaginario, no solo del sentido, sino del diálogo con el otro.

Creemos que aceptar esta presentación sin cuestionarla –lo que implicaba no estar nosotros mismos atentos al sentido del texto- le posibilitó a H el surgimiento de su interés por palabras sueltas. Pudo extraerlas y preguntarse y preguntar por su sentido. ¿Cómo leer el surgimiento del enigma sino como un primer anudamiento de real, imaginario y simbólico? Anudamiento que a su vez permitió el agujereamiento del goce del Otro que implicaba la posición inicial.

La propuesta del coordinador de buscarlas en el diccionario, elegir una acepción, tachar la palabra buscada y reemplazarla por la acepción elegida buscó no consentir a la demanda del sujeto de *darle el sentido* que pedía. Aparentando un trabajo sobre el signo (diccionario, acepciones, etc.) en realidad se trataba de poner en juego lo equívoco de cada palabra y la invitación al sujeto a decidir sobre el sentido de ella.

Un párrafo aparte merece la oferta de *tachadura*. Tachar es un modo de inscripción de la pérdida. La palabra que no se entendía –generalmente por antigua, pero no necesariamente- era tachada para ser reemplazada. Y pasaba a leerse la sustituta.

Coincide con la oferta de que haya una copia perteneciente a cada uno. Una nueva oferta en pos de sostener las distintas dimensiones de la singularidad del sujeto en juego. Produce un efecto inmediato: la inscripción de su nombre propio en el texto va seguida –en las reuniones siguientes- del reconocimiento de lo que no escribió y por lo tanto, de su trazo.

Luego de esto, el paso siguiente de H fue elegir por primera vez un personaje para leer. La elección no pareció estar motivada. Pero implicó una nueva extracción, esta vez de la serie indiferenciada de personajes, de un Uno.

Por otra parte H, que escribe primero las cruces señalando los puntos de detención de la tarea en cada reunión, en esa última, que podemos considerar un verdadero momento de concluir, se pone a tachar estas cruces porque "ya pasó".

Claramente se articula la tachadura con una sanción subjetiva de la pérdida. O mejor dicho: allí está el sujeto (y por lo tanto la pérdida misma que lo causa) al tachar. Por lo que viene después, esa acción de H es un acto, tal como lo considera Lacan en su seminario.

Es recién ahí donde el texto en su conjunto se vuelve Uno: se trata de Romeo y Julieta, es una historia y entonces el enigma se desplaza hacia la ficción: pregunta por la historia y los personajes, su género. Pero lo más interesante es que pregunta sobre aquellos personajes que –en la lista del libro- no tienen una definición al lado. O sea: la pregunta es convocada por el vacío situado al lado del nombre del personaje. Localiza entonces una ausencia, que le resulta enigmática, mas no perplejizante.

Finalmente afirma lo que había pasado por alto durante meses y casi como síntesis de todo su trabajo subjetivo, que Romeo…es el novio!

Podemos leer el movimiento de H en términos de una dialéctica de la localización de un Uno y su extracción –por fuera del sentido, posibilitado por las consignas del taller y la posición del analista- con su consecuente y paulatina pérdida de goce. Es esta dialéctica la que permite un nuevo anudamiento, que incluye la constitución de lo imaginario y su creciente complejización.

seijasr@yahoo.com

Saber quién es el que *no* manda.
Hacia un taller de francés en Hospital de Día.

***Lorena Buchner*[1]**

«Cuando yo uso una palabra - insistió Humpty Dumpty con un tono de voz más bien desdeñoso –
quiere decir lo que yo quiero que diga..., ni más ni menos.
- La cuestión - insistió Alicia - es si se puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.
- La cuestión - zanjó Humpty Dumpty - es saber quién es el que manda..., eso es todo.»
Lewis Carroll

¿Cómo se aprende una lengua extranjera en las instituciones? Siempre se comienza segregando a los alumnos en distintos grupos, según su nivel previo de conocimientos. Como nos dice Humpty Dumpty, sabemos bien quién manda allí, quién dice lo que significan las palabras: el profesor de turno encarna la completud del saber al cual uno debería aspirar a alcanzar, *todos por igual*, a través del cumplimiento de un programa pre-establecido, según

[1] Psicoanalista. Concurrente de Psicología Clínica del Centro de Salud Mental N° 1 "Dr. Hugo Rosarios", donde coordina el taller de francés aquí abordado, en el marco del equipo de Hospital de día de adultos. Alumna de la Maestría en Clínica Psicoanalítica IDAES-UNSAM-ICdeBA, cohorte 2015. Integrante del Ateneo de Psicosis y Escritura del ICdeBA. Autora del blog Psicoanálisis Inédito (www.psicoanalisisinedito.com).

Trabajo presentado el 29 de octubre de 2014 en la Jornada Clínica de talleres de *la cigarra* y el Hospital de día de adultos del CSM N° 1.

el cual todos deben poder adquirir los mismos conocimientos en igual tiempo y "siguiendo una partitura hecha por otros autores" (Indart J.C, 1989, p. 20). "El proceso educativo requiere entonces que el educador ocupe el lugar del amo, de modo que el educado se someta a sus exigencias" (Najles, A.R., 2009, p. 113).

Frente a esto es preciso decir que, tal como lo enuncia Lacan en *Radiofonía*, "el deseo de ser amo contradice el asunto mismo del psicoanalista" (Lacan J., 2012, p. 414). Y ya en 1925 Freud nos advertía que "el trabajo pedagógico […] no puede confundirse con el influjo psicoanalítico ni ser sustituido por él" (Freud, S., 2007, p. 197). Que no haya pedagogía analítica implica pues que el discurso analítico va por otra vía que por cualquier intento de educar al paciente. Es que aquí no hay un Otro garante del saber, menos aún plausible de ofrecerse como modelo, como ideal. Y nuestra tarea prescinde de manuales, porque no tenemos técnicas universalizables: la premisa es ir hacia lo singular, *uno por uno*, vez por vez.

Y entonces ¿cómo sería posible concebir un taller de idioma en un hospital de día que pudiese funcionar bajo una lógica que se pretendiera psicoanalítica?

Esta era la pregunta que me retornaba ante la propuesta insistente de que coordinara un taller de francés. Me preocupaba muy especialmente la idea de que un tal coordinador quedara analogado a un profesor y el taller a una clase. ¿Cuál sería la posición de este coordinador? ¿Cómo haría para sostenerla? Algunas ideas que surgieron en el equipo proponían *jugar con la falta* y que *sería como un falso discurso universitario*. ¿Pero qué quería decir eso? Confieso que he naufragado en vano por la literatura psicoanalítica buscando una orientación específica. Tampoco llegué muy lejos interrogando al amo Google, que no dejaba de responderme "No se han encontrado resultados de búsqueda para *'taller de idioma' 'hospital de día' 'posición del analista'*". Frente a esta versión contemporánea del S(Ⱥ), que además me devolvía la evidencia de haber estado buscando ese saber garante del que pretendía

correrme, decidí que no era un mal comienzo iniciar el taller desde mi propia división, desde mi no saber.

En el primer encuentro apunté a invertir los roles tradicionales, interrogando a los asistentes acerca de qué palabras ya sabían ellos en francés, y así las ofrecieron unos a otros, o apelaron al diccionario para hacer sus aportes.

Jugar con la falta en la práctica supuso jugar con el semblante, demostrando desconocer cómo decir muchas palabras, escribiendo algunas con errores, diciendo no recordar otras. En estas circunstancias, son los pacientes quienes las buscan en el diccionario para enseñarme cómo hacerlo. El diccionario se convirtió así en una pieza central del funcionamiento del taller, permitiendo que el Otro que sabe quede remitido a este elemento tercero. Sin embargo, la contingencia de contar con uno al que suelen faltarle muchas de las palabras que buscamos, llevó con el tiempo a que una paciente hiciera del *mataburros* un *burro*, como decidió llamarlo, porque *no sabe tanto*.

Instauramos además otro diccionario, uno construido por nosotros. Se trata de una cartulina en la que anotamos las palabras nuevas que van apareciendo.

En este taller no hay programas de trabajo, no es un dato relevante el nivel previo de conocimientos que tengan los participantes, no hay contenidos específicos a abordar, no hay tareas para el hogar, no hay evaluaciones ni correcciones. Y es a partir de los intereses o propuestas de los pacientes, que se decide entre todos qué se hará cada vez. La única consigna es que sean *cosas francesas*.

Así pues, el gusto de una paciente por la música francesa nos sumergió en el trabajo con canciones. Esto produjo una transformación del taller en lo que llamaría un *ejercicio de traducción*, decodificando las palabras extranjeras a la lengua común: el español. Más bien un *doble* ejercicio de traducción, porque en un segundo tiempo apareció la posibilidad de

historizar, conjeturando sobre el destino que correrían los personajes de estas canciones, produciendo cada paciente un relato singular con el cual significar esas palabras.

En el prefacio al libro de Louis Wolfson, *Le Schizo et les Langues*, Gilles Deleuze destaca que, en la psicosis, es en el procedimiento lingüístico que se juegan la enfermedad y la cura, ubicando la cura en relación a lo que llama un *Eros singular*: "es necesario que el psicótico descubra él mismo el procedimiento personal preciso que lo pone [a ese Eros] en escena" (Deleuze, G., 1970, p. 23). En términos de Miller, podríamos decir que "la investidura libidinal de la lengua es propia de cada uno. […] A partir del lenguaje cada uno hace su *lalengua*. […] A partir del significante hablado por los otros, normalizado por el Otro, hay investimentos singulares" (Miller, J.A., 2011, p. 289). Y en el caso de estos pacientes, podemos observar estos investimentos en la construcción de estos relatos con los que otorgan su propia significación a las palabras del diccionario.

Me referiré ahora al recorrido que hizo un paciente en el taller, a los efectos que tuvieron en el mismo algunas intervenciones y al lugar que se supo construir en él.

Desde un principio, a H se le presenta una gran dificultad, que toma el peso para él de una verdadera molestia: que en francés las palabras se pronuncian de un modo distinto a cómo se escriben. Por eso cada vez que yo escribía una palabra en francés en el pizarrón, colocaba sobre ella, en otro color, la palabra escrita tal como se pronunciaría. Y H, que siempre quiere copiar en su hoja *todo* lo que se pone en el pizarrón, insiste en que se le diga cuál de las *dos* versiones anotar, *cuál va*. Le resulta realmente insoportable esta doble referencia que alude a una misma palabra y, en consecuencia, le es imposible siquiera intentar pronunciarla. Todo lo cual dio cuenta de que él no podía servirse de esto que yo estaba haciendo y planteó la cuestión de pensar cómo maniobrar con ese insoportable.

Tras varios intentos fallidos, en los que atiné a reemplazar las versiones escritas por la referencia oral o señalar solo las letras que se pronuncian distinto, se verifica, primero, que con una sola referencia en juego, H comienza a poder decirla, pero que desaparecida la

referencia, no es capaz de evocarla. Eso parece no inscribirse para él. Persistiendo su inquietud, ahora se le pide prestado su nombre, en el cual se pone al descubierto que la H con la que comienza no se pronuncia, aunque sí se escribe. Así es posible advertir que en francés sucede lo mismo, solo que con muchas más letras. Esto parece producir un gran apaciguamiento en H y a partir de ese momento, se evidencia un cambio notable y comienza a leer con soltura y entusiasmo. Este prescindir de la pronunciación de la H a condición de servirse de su escritura, que introduce que *no todo* se diga, se presenta junto al hecho de que ya no se imponga tampoco copiarlo *todo*: deja de lado una palabra que no le gusta, o de otra escribe solo una de sus dos acepciones.

Por otra parte, el recorrido de H en el taller se caracteriza por sus intentos por instaurar un *automatón*, exigiendo que se escriba la fecha al comenzar, o que se ponga junto a cada palabra francesa su correlato en español, y siempre se propone él mismo para registrar las nuevas entradas en la cartulina-diccionario, surgiendo así como el encargado de ordenar las palabras.

Asistimos a su vez, a una modificación en su modo de participar. Al principio no podía dar su opinión sino remitiéndose a la de otros pacientes. A partir del trabajo con canciones comienza a ubicar que a él le gusta escucharlas pero no cantar, y asegura que estas canciones francesas son como las de cumbia que él escucha: las historias de las que hablan pasaron de verdad. Tomándolas como tales y frente al relato inventado por otra paciente, ahora H se opone firmemente a él para introducir su propia versión.

Para finalizar, retomo entonces la pregunta que estuvo en el origen de la invención de este taller: ¿cómo concebir un taller de idioma en un Hospital de Día que pudiese funcionar bajo una lógica psicoanalítica? Tras la aventura inicial, hoy esbozo como respuesta que un taller así es pensable en tanto, y fundamentalmente, no se proponga como objetivo el aprendizaje de una lengua. En todo caso, al igual que lo planteamos para la cura, eso podría darse tal vez por añadidura. Se trata más bien de servirse de la lengua como instrumento para otra cosa que la educación, y de los usos o invenciones a los que pueda arribar con ella cada sujeto.

Una práctica que se sostenga en s*aber quién es el que no manda* supone, pues, no imponer la dictadura del diccionario universal del gran Otro, no hacerse propietario del significado último, y en cambio apuntar a que, más allá de lo *para-todos* del lenguaje, pueda abrirse esa hiancia en la que el *Eros singular* de cada quien encuentre un lugar posible.

lorebuchner@gmail.com

Referencias bibliográficas

- Freud, S. [1925], Prólogo a August Aichhorn, *Obras Completas. Tomo XIX*, 2007, Amorrortu, Bs. As.

- Lacan, J. [1970], Radiofonía, *Otros Escritos*, 2012, Paidós, Bs. As.

- Deleuze, G., Schizologie (prefacio), en Wolfson, L. *Le Schizo et les Langues*, 1970, Gallimard, Paris. [Traducción *ad hoc*]

- Indart, J. C., *Problemas sobre el amor y el deseo del analista*, 1989, Manantial, Bs. As.

- Miller, J.-A., Del psicótico al analista, *La psicosis ordinaria*, 2011, Paidós, Bs. As.

- Najles, A. R., Psicoanálisis y pedagogía, o 'no hay pedagogía analítica', en *Problemas de aprendizaje y psicoanálisis*, 2009, Grama, Bs. As.



Con cada número invitamos a los analistas que han hecho su paso por la cigarra a crear un escrito sobre las marcas que dejó el encuentro con el dispositivo y con los otros que lo habitaron en ese momento. Y con cada número nos reencontramos sorprendidos ante la escritura inédita de una experiencia clínica que se torna singular para cada uno. En esta oportunidad las huellas que recuperamos son las de Mercedes Medina y María Eugenia Sánchez.



Efecto cigarra - Efecto sorpresa

Mercedes Medina

Es probable que quien transite por *la cigarra* se lleve algunas sorpresas. En mi caso, podría describir la primera impresión como la de entrar en una obra de teatro en la cual no estaba segura de conocer el libreto. Nada de la famosa observación no participante ni de un período de adaptación. Primer día, al frente y a actuar: *¿cuál es tu palabra mágica?*, *¿elegís sonido o silencio*? Claro que esto implicó una casi automática pérdida de unas cuantas referencias imaginarias y caída de otras tantas identificaciones. Primera sorpresa.

Con el transcurso de las primeras semanas, no obstante, la escena se fue armando. En cada taller unos y otros ayudábamos a configurarla: una escena enmarcada por una consigna, por el lugar diferenciado del coordinador, por una serie de analistas que construyen un entramado ficcional; sostenida desde un deseo y desde una lógica, para que cada niño o adolescente pueda servirse de ella a su modo. Recuerdo que durante mi paso por *la cigarra* tuve la oportunidad de ver un documental sobre urbanismo titulado "*The human scale*" en el cual uno de los especialistas explicaba: "Las ciudades son increíblemente complejas. Incluso la idea de un plan maestro es una locura. Todo lo que podemos crear es un marco, uno robusto, que permita que haya vida (...) No creo que podamos planear las cosas, o dibujar una línea para hacer que las cosas sucedan. No puedo forzar a nadie a que haga algo o a ser nadie, pero puedo hacer invitaciones. Podemos invitar a caminar, a sentarse, a quedarse. Invitaciones para un mejor día a día". El parecido me pareció evidente.

En *la cigarra* nos encontramos con un dispositivo, un artificio, donde aquello dispuesto son las condiciones necesarias para producir efectos siempre singulares y, en algún punto, incalculables. El telón de fondo: una ética caracterizada por la ferviente convicción en la subjetividad allí donde para muchos quizás no la haya, así como por el respeto por las

soluciones singulares. Se trata de estar a la espera de que aparezcan esos pequeños detalles[1]. Una invención cada vez con lo que surge, apostando a que se pueda inscribir una marca que instaure una diferencia en aquello que por momentos se presenta al modo de un continuo, de una repetición insoportable[2]. Entonces, tiene lugar lo imprevisto y se demuestra la eficacia del dispositivo. De pronto, M. se deja olvidada su "cámara", elemento de su delirio que garantiza que todo sea transmitido bajo la mirada del Otro, pudiendo comenzar a tolerar que algo quede por fuera. También G., que un día detiene su empuje constante a errar sin rumbo y aparece inesperadamente en *la cigarra*, pudiendo encontrar un punto que lo direccione y oriente, lo cual trae aparejada toda una serie de efectos a nivel del lazo social y su modo de estar en el mundo. Segunda sorpresa.

Ahora bien, ¿qué efectos tiene el dispositivo en los analistas que por allí circulan? El encuentro con un psicoanálisis que no hace letra muerta sino que se traduce en una práctica vehiculizada por un deseo no nos deja intocados. Se trata de una *praxis* viva que no se adormece en la burocracia ni en el fatalismo. Esta es la tercera sorpresa: constatar *a posteriori* los efectos en la propia posición, que uno mismo se ha dejado *acigarrar*. En épocas en las que la clínica se acerca peligrosamente a una posición entre cínica y melancolizada (acaso dos caras del mismo fenómeno), considero que no está nada mal dejarse sorprender un poco.

mdlmercedesmedina@gmail.com

[1] "El cronista que hace la relación de los acontecimientos sin distinguir entre los grandes y los pequeños responde con ello a la verdad de que nada de lo que tuvo lugar alguna vez debe darse por perdido para la historia" (Benjamin, 1940, p. 23).

[2] Me parece pertinente recordar, en este punto, el carácter inaugural de la dimensión del acto. Así lo plantea Lacan en la clase del 10 de enero de 1968: "Un acto, está ligado a la determinación del comienzo, y muy especialmente allí donde hay necesidad de hacer uno precisamente porque no lo hay".

Referencias bibliográficas

Benjamin, W. (1940). *Sobre el concepto de Historia; tesis y fragmentos,* 2007, Buenos Aires, Piedra de Papel.

Lacan, J. (1967/1968). Seminario 15; El acto psicoanalítico. Versión disponible en la Escuela Freudiana de Buenos Aires.

Sørensen, S. (2012). The Human Scale (documental). Dinamarca: Final Cut for Real. Disponible en https://www.youtube.com/watch?v=zkFgt80DUwU

Huellas de una lógica de lo singular

María Eugenia Sánchez

Es un gusto para mí escribir para un nuevo número de entreUnos. Una oportunidad para dar cuenta de mi paso por la cigarra y de aquellas huellas, vestigios que ese paso fue dejando. Un decir sobre el impacto de la práctica sobre la subjetividad de quién escribe y del saldo de saber de la misma.

De acuerdo al diccionario una huella es una señal o rastro que queda de una cosa o de un suceso. Una impresión profunda o duradera. Un indicio o señal de un hecho pasado.

Entonces ¿de qué huellas hablamos cuando del camino de la formación se trata? ¿Cómo pensar la autorización del analista si no es en relación a esas huellas que lo real, con el que la práctica confronta, imprime como marca profunda y duradera en el practicante?

Un poco de historia

Cursaba el tercer año de mi residencia, momento de rotación, momento de elección. Si bien en la residencia hay que rotar como parte de la currícula *para todos*, la rotación permite una elección singular para cada uno.

Cierta curiosidad sobre la clínica del autismo y varias buenas referencias me orientaron hacia la cigarra. Un primer encuentro con su coordinador, Gustavo Slatopolsky, tuvo para *mi efecto sorpresa*. Fui dispuesta a escuchar un listado de requisitos para rotar por la cigarra, un protocolo a seguir, cierto saber hacer con quienes tienen ese particular modo de habitar el lenguaje. Recibí en cambio unas pocas palabras. No obstante algo se transmitió en ese encuentro, transmisión de un deseo que hizo surgir en mí una pregunta. Volví…no sin inquietud.

Transmisión de una lógica de trabajo que encontré tanto en las reuniones y espacios de formación de los miércoles como en cada uno de los talleres por los que transité. Una lógica

que rompe con el efecto tranquilizador de otorgar significaciones y explicaciones que taponan todo vacío. Sostener dicha lógica implica una posición subjetiva particular, cierta posibilidad de soportar esa *no respuesta* y de vérselas con la propia falta, con el escozor que provoca el vacío de saber.

Me parece que es desde una división subjetiva desde donde se hace posible alguna producción de verdad para el sujeto, enlazada al deseo de saber. Sostener el lugar de la falta de saber, hace posible que el saber que allí se produzca implique al sujeto.

Tal vez sea ésta una primera huella: es necesario un agujero en el saber para que se produzca un hallazgo, es necesario sostenerlo para que algo quede por descubrir, por inventar.

Dice Lacan en la Nota adjunta al Acta de Fundación: "*la enseñanza del psicoanálisis no puede transmitirse de un sujeto a otro sino por los caminos de una transferencia de trabajo"* (Lacan, 1964). La enseñanza se funda en la relación de un sujeto con otro. No se trata de los efectos de masa, ni de la identificación a un líder, sino más bien de los efectos del significante, de la transferencia de trabajo.

Este es el modo de trabajo que encontré en la cigarra, nada más opuesto a esos rigurosos programas de estudios que ordenan la formación del analista.

Se trató para mí de un gran hallazgo:

-Espacios de transmisión que ponen en suspenso el discurso universitario caracterizado por un todo saber totalitario donde el saber es el agente, el saber tiene el lugar de la dominancia, la enseñanza *es* el saber identificándose saber y enseñanza.

-Talleres con un modo de funcionar diferente al que se promulga en otros hospitales de día. En los que la participación de los niños no es *necesaria* como parte de un cronograma rígido de actividades a cumplimentar, sino que la inclusión de cada uno en alguno de los talleres es consecuencia del trabajo que viene realizando el analista en cada espacio individual. Talleres que no tienen como meta la *normativización* de los pacientes para que éstos puedan *adaptarse* a los diferentes ámbitos sociales por donde transitan. La lógica que sustenta el trabajo que allí se realiza implica poder recortar en cada caso aquello que es propio y singular de cada

sujeto, para que a partir de un trabajo que implica el acotamiento y la localización del goce, el paciente pueda restarse un poco de la posición de objeto gozado por el Otro.

Entonces, en la cigarra, si de una formación se trata es de una formación *a medida*, una formación a construir por cada uno que no se reduce en absoluto a la *enseñanza*.

De lo *obligatorio* de la rotación a una experiencia inédita orientada por un deseo, una ética y sostenida en la transferencia al psicoanálisis.

En la cigarra -cada practicante- a partir de lo que se oferta, hacer un recorrido singular, tomar una posición.

En el propio aposté, apuesto y seguiré apostando, a sostener una práctica de subjetivación no normalizadora a pesar del cotidiano encuentro con políticas de salud mental regidas por la norma como ideal y como supuesto principio natural de las cosas. Quizá esto sólo es posible con ciertas acciones que recuperen los aspectos más subversivos del psicoanálisis en lo público, aquellos que lo convertían en una peste diferente a la que estamos habituados.

seugenia2016@yahoo.com

Referencia bibliográfica

- Lacan, J., Acta de Fundación de la escuela, 21 de junio de 1964


entreUnos
ENTRE
OTROS

Ser comentados

Ofrecer un texto para ser comentado, una nueva apuesta de entreUnos. Un nuevo modo de ampliar el lazo social. Primero es la escritura que compartimos en este y otros números como un modo de tratamiento posible ante el atravesamiento con la práctica clínica; y ahora, la oportunidad de proponer esos textos y que se escriban otras lecturas sobre ellos. Una nueva perspectiva que nos posibilita ampliar los horizontes del trabajo y la reflexión. Abrir el juego a nuevas preguntas, reformulaciones, diferencias, ser leídos por otros, hacer entrar otro orden de falta para trabajar y trabajarnos, aún…

Tal cual. Elementos de clínica psicoanalítica con niños autistas[1]

Carlo De Panfilis

Psicoanalista de Bologna (Italia), miembro de la Scuola Lacaniana di Psicoanalisi (SLP) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Referente ambulatorio de Psicomotricidad en A.U.S.L., Bologna, Servicio de Neuropsiquiatría infantil y adolescente, Departamento de Salud Mental.

Retomo algunas viñetas clínicas presentadas por Gustavo Slatopolsky sobre el recorrido de la cura de dos jóvenes autistas que concurren al hospital de día *la cigarra* en Buenos Aires[2]. Ambos casos, el armado del texto en la construcción del caso, las dificultades que los niños presentaban y las estrategias de cura utilizadas, son muy representativas de la clínica psicoanalítica con niños autistas.

Empecemos por el título

"Tal cual", expresión de una operación permanente en los niños autistas, la búsqueda de lo inmutable, la voluntad de que las cosas obedezcan a un orden absoluto a través de la repetición de conductas aisladas o secuencias mínimas de acciones. Repetición de un mismo significante Uno que no remite a ningún otro S2, "pero que de todas formas produce su efecto de goce que se manifiesta en esta misma repetición". En el niño autista dicha repetición del

[1] El presente artículo constituye un comentario respecto de otro titulado *Tal para cual*, publicado en entreUnos, nro. 1. https://issuu.com/entreunos/docs/entreunos, páginas 33-37.

[2] Gustavo Slatopolsky es psicoanalista en Buenos Aires, miembro de la Escuela de Orientación Lacaniana (EOL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Coordinador del dispositivo clínico *la cigarra.* Su texto "*Tal para cual"* ha sido presentado el 12 de mayo de 2016 en Zaragoza durante el encuentro NR-CEREDA.

Uno se prende y se expresa en el lenguaje, las palabras no son distintas de su sustrato material, la palabra es *tal cual* la cosa, es la cosa. Se realiza, como veremos en la descripción de algunas viñetas aisladas, una coincidencia total entre el signo y la realidad. Para los niños autistas es "particularmente difícil el anudamiento y la interacción entre los signos lingüísticos" (Maleval, J-C, 2009, p. 190).

Repetición del Uno

Con Lacan sabemos que el sujeto surge de lo viviente a través de la operación del lenguaje. En el autismo algo se congela en este movimiento de surgimiento del sujeto a partir de lo viviente. Cuando el ingreso a la cadena significante falla, en los casos en los que no hay intervalo entre S1 y S2, cuando la primera pareja de significantes se solidifica, se holofrasea, cuando no nos encontramos frente a una articulación significante sino de un significante privilegiado, tenemos el modelo de toda una serie de casos -si bien en cada cual el sujeto no ocupa el mismo lugar, en la psicosis el significante retorna en lo real, al revés que en su función habitual se designa a sí mismo-. "En la psicosis hay una falla en la cadena entre los dos significantes S1 y S2, debido a la ruptura de la articulación entre Uno y otro " (Laurent, E., 2014, p. 93), en el autismo se trata en cambio de una "repetición de un mismo significante Uno, de un S1, radicalmente separado de cualquier otro significante, que no remite a ningún otro S2" (Laurent, E., 2014, p. 94). El significante Unario no conectado con un S2, no tiene un efecto de separación en relación al goce, es un significante que incluye al goce.

Ser Uno del sujeto, desde lo real hasta la nominación.

En sus viñetas clínicas, Gustavo Slatopolsky muestra maravillosamente el recorrido de dos niños, V y M, que han llegado al acto de enunciación. Se trata de un recorrido complejo que interroga en forma directa el ser Uno del sujeto autista, recorrido que ha atravesado elementos de la clínica del objeto voz. Maleval le confiere al objeto voz el valor de marca de la singularidad que el sujeto autista no soporta. Desde el momento en que la alienación

significante no es asumida, los niños autistas se protegen de la palabra y "aquello que ellos rechazan es la articulación significante, o sea la voz" (Naveau, P., 2007, p.16). Esto se comprueba en el rechazo a la interlocución, tanto si ellos son objeto de la misma, como si ellos se dirigen al Otro. La cuestión que concierne al sujeto autista, podemos decirlo con palabras de Pierre Naveau, es si "¿acepta o no acepta implicarse y sostenerse en la vida como Uno? ¿Acepta jugar el juego que le ha tocado en suerte, o no?" (Naveau, P., 2007, p.13). Se trata de sostener la singularidad también por medio de la enunciación.

La elección de V

En la primera viñeta clínica las palabras de V, nos cuenta Gustavo Slatopolsky, son imágenes compactas, se mueven en bloque, refieren a nombres de superhéroes, sus palabras son pronunciadas en un tono particular, muy diferente al de la "palabra común". Además cuando se le pregunta a V *¿quién lo dijo?* parece como si algo le resonara pero no es capaz de localizar el lugar desde el cual llega el enunciado, no puede decir *Yo*, su respuesta es una frase con una estructura metonímica que se articula por continuidad de sentido. Sus palabras no están al servicio del intercambio. Palabras cualquieras, dichas tan solo porque le vienen de imágenes que pueden ser nombradas. A V le resulta imposible nombrarse, responder Yo a la pregunta ¿quién lo dijo? Sus palabras aparecen como versiones de un S1 que se repite, repetición de un único significante que no se articula con otro significante. El coordinador del taller de la palabra, a través de una "tensión calculada", término eficaz con el cual el autor designa la conciencia del analista sobre el esfuerzo que se le pide al niño, vuelve a relanzar la pregunta por quién lo dijo. La respuesta de V es señalarse con el dedo índice, se trata para él de un acto sumamente comprometido, el terrible esfuerzo de un sujeto que ha decidido detener la derivación metonímica de sus palabras. En este punto el terapeuta dice "ese gesto tuyo se dice yo". La respuesta de V es acorde a la intensidad del acontecimiento en curso, su cuerpo se estira, tiene una crisis respiratoria, aparecen expresiones de angustia, hasta que dice *yo*. Su preocupación por separar el lenguaje de la enunciación, para no confrontarse con el deseo del Otro y al mismo tiempo asumir a través del acto de enunciación un camino en

dirección de una subjetivación, se muestra aquí con toda su fuerza y dramatismo. V pasó de una nominación que designa a una nominación que es un auto-bautismo. La cura, que ha durado muchos años y de la cual en el texto de Gustavo Slatopolsky tenemos sólo un admirable fragmento, ha producido una inversión radical en V, desde lo real hacia un acto de nominación, de hecho,él responde como *yo*, un S2 que localiza al sujeto. Lacan ubica dos teorías sobre la nominación: una trata de reducir la nominación a una designación que permanecerá abierta a una incertidumbre fundamental sobre aquello que ha sido nombrado. La otra pone en evidencia que el sujeto se nombra, se bautiza, se auto-bautiza. V ha elegido salir de la incertidumbre e implicarse en su acto de palabra.

La elección de M

En la segunda viñeta clínica para M es, dicho con palabras del autor "imposible decir una palabra que no sea una parte de su cuerpo y que caiga bajo su mirada". Además M no toma en consideración la función del conector *y*. A pesar de las propuestas del coordinador M no logra articular una frase ni tampoco conjugar una palabra con otra. Si el coordinador propone dos palabras como *mano* y *pelo*, M repite solo la última palabra dicha. El conector *y* no tiene función en una lógica en la que el significante no puede separarse del cuerpo. El coordinador ubica la posibilidad de nombrar el cuerpo articulando las diferentes partes entre ellas y le pregunta a M *¿Quién dijo mano?* El joven, para sorpresa de todos, responde *yo*. El coordinador y los demás niños del taller de la palabra empiezan a prestarle palabras a M, palabras que no son sólo representativas de partes del cuerpo y que M repite.

Las palabras son pronunciadas por M allí donde se materializan, se vuelven materia, el significante surge del cuerpo, no es lo que lo nombra, el cuerpo y el significante son la misma cosa. Trabajo de etiquetado, donde la etiqueta coincide con el objeto marcado. M lee el objeto y lo eleva a objeto que, como tal, puede ser nombrado. Objetos, pedazos de cuerpos y no órganos de un cuerpo con un límite, con un borde. Las miradas del coordinador hacia M, las preguntas, el cuerpo a cuerpo, ubicarse como Otro que nada pretende sino que está a la espera de que algo pase, de que pueda emerger un sujeto. Todo esto ha promovido el acceso a una

imagen del cuerpo, otorgando a través del perfil de un borde una forma de consistencia, los albores de un boceto de *yo* que le ha permitido a M un avance hacia un proceso de subjetivación.

En la tercera y última viñeta se expone lo que ha producido el encuentro entre M y V.

V dice una frase "que da cuenta de la entrada de M en su mundo: M es un carpintero, y otras frases de nominación que M después repite".

Sucede que M repite la frase que V le dirige con un tono de voz que confirma su significado, y que V se esmera en producir frases útiles para M. V le ha permitido a M adquirir otras palabras y M le ha permitido a V no decir únicamente palabras de películas. M ha logrado producir una frase entera sin caer en el abismo del conector *y*, conector entre uno y dos que abre hacia otro significante. V asume a M como presencia real y nombrándolo y caracterizándolo, ha producido una flexibilización de su relación fija con el mundo.

¿Qué nos enseñan los niños autistas y qué podemos decirles nosotros a ellos?

¿Por qué M y V después de años de silencio, en un relámpago, y no sin episodios del cuerpo dramáticos, han dicho a su manera *yo existo*? ¿Por qué sucede en nuestra terapia psicoanalítica con niños autistas que ellos se autorizan a ponerse en juego, a implicarse subjetivamente?

Mejor dicho ¿qué es lo que no puede faltar en un acercamiento psicoanalítico al autismo? El encuentro entre el deseo del analista y la elección del niño. Del lado del niño autista, elegir implicarse aceptando de sostenerse como Uno. Del lado del analista, sostener, desear, anticipar la emergencia del sujeto en su devenir, sabiendo que va a encontrarse con lo real, un real que como tal no tiene sentido, radical. Únicamente un psicoanálisis orientado hacia lo real puede asumir *la tensión calculada*, la responsabilidad del acto analítico, los efectos de emergencia del sujeto que pueden presentarse en un decir *yo existo*, gritado, murmurado, esperado, deseado.

carlo@depanfilis.eu

Traducción al español por Carola Nebiolo Bonelli

Referencias bibliográficas

- Laurent, E., La battaglia dell'autismo. Dalla clinica alla politica, 2014, Quodlibet, Macerata.
- Maleval J.C., L'autiste et sa voix, 2009, Seuil, Paris.
- Naveau, P., Le lien social: quand le noeud est dèfait, in La Petite Girafe, nro. 26, ottobre 2007 [T.d.A.]

Comentario sobre Solución Minion[1]

Gracia Viscasillas

Psicóloga clínica. Psicoanalista miembro de la ELP y AMP. Desarrolla su trabajo en diferentes instituciones de atención a la infancia en Zaragoza (España): Centros de Educación Infantil "Patinete", "Torréon": Espacio de acogida y tratamiento de niños y sus familias, Centro de Desarrollo Infantil y Atención Temprana de Fundación Atención Temprana.

En primer lugar, agradecer a *la cigarra* por la invitación a colaborar en la revista, y a Florencia Fiorentino por la escritura del caso "Solución Minion".

Comentar un caso implica situarse en la posición de dejarse enseñar por lo que plantea, y también el de tomar un sesgo en su lectura. Al igual que en la escritura del caso uno desgrana momentos que consideró relevantes y a través de los cuales construye un relato, por mi parte tomaré también algunos puntos que aparecen en el caso bajo el sesgo de la instalación de la transferencia, a cuya luz se pueden leer los efectos de apertura producidos.

Hablar de transferencia en el autismo nos confronta a una nueva perspectiva de la misma. Evidentemente, no se trata de transferencia en el sentido clásico, como instalación del sujeto-supuesto-saber. Pero es innegable que en sujetos que encuentran fórmulas tan singulares para mantener de manera férrea su aislamiento, una posición orientada por el psicoanálisis

[1] El presente artículo es un comentario sobre otro titulado Solución Minion. Remitirse a la página correspondiente, en el presente número.

produce el establecimiento de una relación que se hace fundamental y que permite el despliegue de su trabajo.

Y así, propongo como reflexión, tal vez podríamos decir que en el autismo no se trata de sujeto-supuesto-saber, sino de *partenaire*, nombre que tomo de la *pratique à plusieurs* y que apunta a encarnar a un Otro agujereado, que no sabe, que se equivoca, que no lo puede todo.

Veremos así en el caso algunas características que permiten a Florencia situarse como partenaire del sujeto.

De entrada nos presenta a Sergio, un niño que llega con 4 años y que muestra bien la ausencia de bordes: pareciera haber una continuidad en ese pegoteo entre su cuerpo y el de la hermana que le acompaña, así como al bloquecito que ha de portar siempre y que pega a los ojos sin la distancia que la mirada requiere.

Florencia tiene la honestidad de mostrarnos su punto de insoportable: la incomodidad que el pegoteo a la hermana le produce. Localiza bien que en el encuentro con Sergio, son estos dos elementos los que tiene para operar en dirección al sujeto: la hermana y el bloquecito de madera. La mirada y la voz están ahí comprometidos, así como la distancia y la temporalidad que a falta de la referencia del cuerpo especular no han quedado instalados. Lejos de retirar a Sergio estos dos elementos, estos dos objetos que le acompañan y en los que se pierde como sujeto, en los que se funde, Florencia sabe que son dos elementos privilegiados para intentar asociarse al trabajo del sujeto. Sin embargo, ella nos habla de "*intentos fallidos de ingresar en esa holofraseada yuxtaposición de los cuerpos*". ¿Tal vez podríamos poner esos "intentos fallidos" del lado de la urgencia en hacer algo a la que pudo verse impelida por su propio punto de insoportable?

El caso es que Florencia rectifica y da un paso al lado que incluye varias maniobras. Por un lado, dibuja con tiza en el suelo un trazo que separa espacios: la hermana y Sergio con su

bloquecito / Florencia y los juguetes. Por otro, en presencia de Sergio se dedica a conversar con la hermana. Esto es, distrae la mirada y la voz -tanto de ella como de la hermana- del foco Sergio. Es ahí que se produce una primera hiancia en la pastosidad del pegoteo. Sergio es un niño que está en el lenguaje, de hecho él "*responde con su cuerpo a lo que la voz de la hermana le solicita*". En la conversación las voces transitan palabras que no le invaden, que no le demandan, que no le convocan a responder, y se abre para el sujeto un espacio tranquilo. Florencia se suma de este modo a ese caparazón en el que está incluida la hermana.

La sala se constituye así como un espacio posible para desplazar y desplegar otras actividades en torno al bloquecito que le acompaña. Y pasa del bloquecito a los bloques de plástico, con los cuales encuentra puntos de discontinuidad en el espacio a través del "*limite real*" del banco. De los bloques de plástico a los coches, pegoteados, pero con los que avanza hasta adentrarse en el espacio delimitado por la raya y que incluye a Florencia. Explora así el campo de ese Otro, de ese partenaire que no invade, que no altera su juego, que no rechaza sus modos y sus objetos. Un partenaire un poco raro: un partenaire que en silencio traza rayas en el suelo.

Sergio acepta esta rareza, después de todo ¡cada cual tiene las suyas! De esa raya pintada en el suelo, pienso que no podemos decir que en un primer momento tenga efectos de separación para Sergio, pero sí que regula a la propia Florencia pues es ella la que ha de quedar al otro lado poniendo en juego el no quebrar la distancia que el niño precisa (si se acerca demasiado, el niño tira los bloques o se pega más al cuerpo de la hermana).

Estas maniobras que apuntan a una intervención "*que no recae directamente sobre el niño*", sino que vienen a tratar lo insoportable de un mundo que Florencia toma sobre sí, permiten un tratamiento de este Otro del sujeto sobre el que sí recae la intervención: Florencia pone en juego su cuerpo y opera sobre sí el aligeramiento de la voz, de la mirada, el tratamiento de la distancia y del peso de su presencia.

Y es con estas condiciones del Otro como Florencia se va constituyendo como partenaire del sujeto. Y Sergio nos va proporcionando índices de esta instalación de un Otro que se va haciendo confiable. Es él quien se acerca al espacio de Florencia, y es él quien va tomando sonidos que ella se anima a introducir respetando la iniciativa del niño: Florencia va poniendo sonidos a los coches que él toma, sonidos que Sergio mismo producirá a continuación. Destaquemos aquí una nueva maniobra: se nos dice al inicio que Sergio no emite sino algunos sonidos, y Florencia en principio coloca a cada cochecito un sonido, no una palabra. Ella dice un "sí" a este modo de enunciación, lo acoge y lo toma sobre sí misma haciendo ingresar estos sonidos en el circuito de la palabra. Si un significante se caracteriza por el hecho diferencial, cada uno de estos sonidos ligados a los diferentes cochecitos que Sergio toma cada vez, son a tomar como significantes –por fuera del sentido-, y tomados como tales contribuyen a ir recortando y ordenando un mundo. Y es de este modo, y con el soporte de la docilidad de Florencia, como Sergio puede ir soltando la voz.

Eric Laurent nos habla de "la clínica del circuito", y es esto lo que nos encontramos claramente en el caso: a través del tratamiento del Otro, Florencia ingresa en el neo-borde que va construyendo el sujeto, compuesto también por el bloquecito, los otros bloques, los autos, los sonidos. Y es en ese circuito ampliado que el bloque inicial pierde algo de su consistencia y puede quedar como uno más entre los otros, e incluso perderse. Y esta pérdida introduce algo nuevo: el niño entra en un intento de producir un vacío a través del vaciamiento del canasto de juguetes. Uno tras otro lanza los objetos capturado en su caída, pero ahora no tiene el borde del banco que limite un espacio. Lanzando uno tras otro ¿dónde queda el sujeto? ¿en aquel que lanza o en el objeto que cae sin fin?

Es aquí que viene otra maniobra de Florencia, ya instalada en la transferencia con el sujeto. Una maniobra bajo la forma de una "*propuesta*" que el niño acepta, y que apuntará a establecer lugares: el adentro y el afuera, arriba y abajo, pero sobre todo el lugar del sujeto

que lanza afianzado en ese “uno, dos, tres” que le sitúa y que viene a regular la dispersión en la que el sujeto se confunde con el objeto, recortando cada vez “uno”, “uno”, “uno”. Además, la propuesta es que Sergio no quede solo en esa actividad, sino que Florencia se sitúa como dirección del lanzar, como punto que señala un borde que no existe: ella recoge –o falla, “*perdiéndolo de vista*”- cada vez el objeto que el niño lanza. Y encontramos ahí un aligeramiento: Sergio sonríe.

Apoyado en la transferencia, el circuito se abre a los diferentes espacios del Centro: espacios puntuados por las puertas que comienzan a existir para él con una función de esfínter delimitando espacios que se abren o se cierran, acompañados de la voz tranquila de Florencia que los nombra para él, del cuerpo de Florencia a cuya mano él puede, o no, acercarse. Señalemos que ya en ese tiempo la hermana ha podido quedar relegada a un lugar donde espera, y si tenemos en cuenta que el espacio de la sesión se extiende al Centro ¿por qué no decir que ya la hermana queda en el afuera?

Y en el texto, leemos a continuación un nuevo movimiento de Florencia que hace hiancia: en la escena con el muñeco de Papá Noel, Florencia produce una separación: esto lo has dicho tú “*Papá Noel*” y esto lo has dicho tú “*Papá*”. Es un acto que tiene para la madre efecto de interpretación por el sentido, y para el niño efecto de separación por el fuera del sentido, apuntando simplemente a asignar un sujeto a un decir. Será luego ese sujeto el que cuando Florencia está “*suficientemente distraída*” se animará a convocarla a través de la llamada. Y leemos en el texto que esta primera llamada abre el campo a la palabra, y surge otro modo de tratar la pérdida-desaparición que se tiñe del par ausencia-presencia.

Es este punto el que el niño sigue trabajando en la consulta a través de poder llevarse algo en su mochila. Este niño que llegó pegado a un bloquecito que traía de su casa, ahora para salir de la consulta ha de llevarse algo de allí, agujereando así ese espacio, dejando al Otro en falta de algo más que él mismo. Y el movimiento de Florencia es convocarle de nuevo al lugar de

sujeto a través de situarle ante una elección. Y en este movimiento no deja de introducir dos cuestiones: retoma de nuevo algo que Sergio había aceptado en un inicio (recordemos esa cuenta a la hora de lanzar los objetos por la escalera: "uno, dos, tres"), y además hace referencia a otra instancia a la que ella misma ha de dar cuenta: ahora los trazos de Florencia se trasladan a la hoja en la que escribe al Director el nombre de los objetos que Sergio se lleva. Y Sergio de nuevo consiente a este movimiento, e imprime la firma –este niño que cuando llegó no respondía a su nombre- abriéndose ahí el tiempo de la escritura.

Al igual que en el tiempo de los cochecitos Sergio tomó de Florencia los sonidos que ella producía, vemos ahora que –vía la transferencia- también toma ese rasgo particular que tenía ese partenaire extraño: como antes Florencia pintaba líneas en el suelo que pasaron a rodear los juguetes que él elegía, ahora será él quien trace el contorno de los objetos en el papel, al que luego añadirá, acompañado por las palabras de Florencia, las partes de los mismos. A través del dibujo y la escritura, se despliega todo un trabajo de "*conexión de una imagen a una palabra, de manera unívoca*" en un intento sobrehumano de "*copiar igual*" para frenar la equivocidad de la lengua que resuena por todos lados.

Y en este circuito ampliado de objetos a los que pega palabras y trazos, ingresarán como objetos privilegiados los superhéroes –"*todos ellos con antifaz o un objeto que rodea los ojos*"- y especialmente los "minions" que cubren a la perfección esta característica que trata la mirada, así como un lenguaje extraño en el que los idiomas se confunden borrando el sentido en la voz. Y Sergio comienza a producir "marketingminion", diversidad de objetos a través de los cuales da un paso inmenso al aceptar desprenderse de ellos pudiéndolos regalar o dejar en el Centro.

Y en este marco, señala Florencia, Sergio produce su invención: la remera minión que dibuja por delante y por detrás, y que a falta de cuerpo y de semblante, le sirve como "armadura" que le dota de un cuerpo al que asignar un nombre -"¡Soy un Minion!"- con el que poder

presentarse ante los otros en los talleres y circular por el Centro. Florencia señala en su conclusión el efecto vivificador y de animación que esta invención singular produce en Sergio, así como la función de doble que toma para él. Nos deja aquí a la espera de un trabajo que prosigue en su recorrido.

g.viscasillas@gmail.com

Un comentario al *Triángulo de cuatro lados*[1]

Silvia Cimarelli

Psicoanalista. Trabaja en L'Antenna 112, en Venecia-Marghera, y en consultorios de la Fundación Martin Egge de Venecia. Es participante de la actividad de la SLP (Scuola Lacaniana di Psicoanalisi).

Las viñetas del *Triángulo de cuatro lados* dan cuenta de fragmentos clínicos de *una práctica entre varios* en un taller de la palabra donde los niños participantes, aunque puedan formarlo, no son considerados como un grupo. Es decir, lo importante no ha sido seguir los efectos imaginarios del transitivismo sino, como nota Eric Laurent, los intercambios que se pueden verificar en lo real de los cuerpos implicados, "*el transitivismo de los cuerpos"* (Laurent, E. 2013, p. 111/2). En efecto este dispositivo de taller demuestra cómo es posible tratar lo insoportable del Uno de la letra sobre el cuerpo a través de operaciones en el espacio del borde autístico, el de la construcción y desplazamiento del borde de cada sujeto[2].

El *triángulo de cuatro lados* se forma con la inclusión de C como *ángulo opuesto* al dos, al "partenariato" entre V y M, más *un cuarto lado* que sostiene un deseo decidido que apostará a la emergencia del sujeto, que operará en el borde de cada uno abriendo agujeros en lo real para permitir que por allí pase el lazo con el cual cada uno realizará su singular anudamiento, para comenzar a decir su palabra.

---

[1] El presente artículo es un comentario sobre otro titulado *Un triángulo de cuatro lados se llama rectángulo*. Remitirse a la página correspondiente, en el presente número.

[2] El borde autista no solo constituye una barrera defensiva y auto-reguladora del goce excesivo, también funciona como canal de apertura e intercambios. Sus varios elementos constituyen una especie de pseudópodos que el sujeto autista extiende con precaución para elaborar transacciones con el mundo circundante.

Antes del triángulo: V y M, cada uno en su borde

V habita el lenguaje en un desliz metonímico (S_1, S_1, S_1) de nombres de films animados con superhéroes. Su verborragia mantiene una relación de contigüidad con el cuerpo (por ejemplo decir *Avión dos* le hace abrir los brazos para volar) y comporta un goce vocal que no puede ceder, que conserva en el repertorio lenguajero de su borde solipsista, hecho con los nombres y *frases conglomeradas* de los superhéroes que le son afines (cars dos, avión dos, hombre araña tres, power rangers x...). Como se pudo leer, luego del derrumbe de su solución se verificará que el sujeto había logrado deslocalizar el goce excesivo fuera del cuerpo en una figura que funciona como su doble.[3]

M es un sujeto autista con un borde *caparazón*, más cerrado que el de V. Instalado en un borde sensual, pudo decir dos palabras pegadas a partes del cuerpo, o sea, a su campo escópico (la mano que mira) y sensual (el pelo que se tira). Aquí a nivel de las palabras superrealistas de M, el operador interviene provocando una *tensión calculada*: -"Mano y...?". Perplejidad y vanos esfuerzos de M para responder a la apelación enigmática de esta "y...", la cual no tiene ninguna correspondencia con un pedazo de cuerpo. Como nota el autor, en M la palabra *mano* no tiene el estatuo de significante articulable (potencial de articulación $S_1 - S_2$).

Así se constata una imposibilidad de la estructura; no obstante, la intervención del operador produce un efecto: posibilita la apertura de un agujero en lo real. En efecto luego de la intervención, el sujeto responde a este real inombrable y emerge una invención: que le presten

[3] Como precisa J.-C. Maleval, el uso del doble es, junto al objeto autístico y los islotes de competencias, uno de los tres componentes esenciales que permiten desarrollar las potencialidades defensivas del borde autístico. El doble costituye una estructura apta para localizar el goce pulsional fuera del cuerpo. Constituye una conexión en un punto de inserción de la libido a nivel del borde pero solo permite enmarcar el goce. El autor nota que el límite de esta defensa está en no permitir el anudamiento entre goce vocal y lenguaje, subsitendo una vivencia de mutilación. La defensa consiste en la posibilidad de hablar ausentándose, una escisión entre enunciado y enunciación. [Cfr. Maleval, J.-C., *El autista y su voz*, Gredos, 2011 Madrid, pp. 96-142].

palabras. Entonces, circunscripción del agujero: le *hacen falta* y las pide. Este agujero es la condición que permite al sujeto encontrar otro modo para anudar la pulsión a la palabra.

Esa es la original solución autística de M, el sujeto no pasa (como en el grafo del deseo) por el código del Otro del lenguaje sino por *lalangue*, por aquellos signo dichos con cadencia que V le ofrece y él usará para ordenar su mundo caótico. Es por el evento de cuerpo que produce - por la resonancia (tero!) de la palabras de V en M (...carpinteeero)-, que V puede ser considerado un doble de M, o sea como el lugar fuera del cuerpo de localizacion o resonancia del goce vocal.

Sucesivamente, a partir de la modulación de la voz en *lalangue* (tero), M podrá llegar a la cadena significante, introduciendo más palabras y pronunciándolas cada vez en forma más clara. Como nota Eric Laurent, hablar es un evento de cuerpo (Laurent, E. 2013, p.102/3).

Dicho de otra manera, no siendo un sujeto separado, M permanece fuera de la estructura del discurso y no puede enlazar con los hilos de la articulación una cadena significante; pero, como podemos leer en *Tal para cual, (Slatopolsky G., 2015, p. 33)* sí podrá anudarse (por fuera del discurso) cogiendo el hilo de la resonancia de *lalangue* en el cuerpo, o sea, a *eso* que lo afecta y lo liga a la cadencia de V, veamos: M no tiene otras palabras que aquellas pegadas al cuerpo. Como ya notamos, el coordinador del atelier no retrocede y, a partir de una contingencia, ajusta el funcionamiento del atelier a la exigencia singular de uno (que le presten palabras). Así M es acompañado a pasar por la demanda y comienza a ampliarse el cuircuito pulsional de su palabra pegada al cuerpo. Las palabras pedidas prestadas por uno y el acto de cederlas del otro extenderán los pseudópodos del borde de cada uno.

M en V, una perturbación de la solución

V primero responde al pedido de M (que le preste palabras) recurriendo a su repertorio verborrágico de superhéroes pero así no lo captura. Entonces, para responderle está forzado a romper la continuidad de su *blabla* solipsista: - “M es un... astronauta... M es un...”. Como observa Gustavo Slatopolsky, ahora V tiene que inventar. Su vacilación, sus ..., introducen en el conglomerado de su decir un espacio vacío que logra soportar. Por este efecto,

podríamos decir que M ha perturbado la defensa de V pero esto le permitió realizar un paso de apertura: elije ceder una palabra que ya no será solipsisita sino que esta dirigida: “M es un carpinteeero”.

Con C, una ensañada perturbación de la solución

De pronto llega *C el perturbador*, en el triángulo que imaginariza su posición opositiva o tercera respecto del partenariado V-M pero ésta no es una interferencia que obstaculice una complementariedad dual imaginaria sino que produce un efecto dominó: desmoronando la solución de V, su localización del goce en Power Ranger, destruye a la vez la solución de M, el *power* que él localiza en V como reservorio de palabras fuera del cuerpo.

C, el lado perturbador del triángulo, funciona como la prueba del nudo recíproco de dobles. Por un lado, evidencia que V sin apoyarse o complementar su ser en Power-Ranger ya no puede ceder palabras a M; por otro lado, notamos que, justamente, las palabras que elegía ceder no eran aquellas derivadas metonímicamente de los Power Ranger, aquel *blabla* solipsista que no afectaba a M. La barrera de borde de V solo se alzaba para ceder palabras de su *islote de saber* escolar (¿un derivado de los Power Ranger?). Ahora que C pone en cuestión el ser Power Ranger de V, allí donde está localizado y condensado su goce, el sujeto alza la barrera de un *no absoluto*... pero también cede *nada*! ¿No se le escribió su *nada* en el casillero del taller de la palabra?

La operación *reconstituyente de la solución* en la que V es acompañado, consiste en el marcado de un borde sobre la figura del Power Ranger; diría que él nos enseña que para localizar el goce allí no le basta llevar la imagen del Power Ranger como apéndice (en la mochila) sino que V tiene que escribir el borde con el cuerpo, con el dedo, no usa un lapiz.

Luego del momento *reconstituyente de la solución* V se revivifica pero se abre una cuestión: recomienza a ceder algo del goce implicado en su *blablabla* Power Ranger... para poder dar a M otras palabras cargadas de cadencia ¿como antes? Deviene nuevamente el doble de M ¿su caja de resonancia corpórea?

silgracielaci@gmail.com

Referencias bibliográficas

- Stalopolsky, G., Tal para cual, en *entreUnos*, número 1, noviembre 2015. https://issuu.com/entreunos/docs/entreunos.
- Laurent, E., *La battaglia dell'autismo. Dalla clinica alla politica*. 2013, Quodlibet Studio, Macerata, Italia.
- Maleval, J.-C. *El autista y su voz*, 2011, Gredos, Madrid, España.

Entrevista exclusiva a *Antonio Di Ciaccia* para entreUnos

Antonio Di Ciaccia es psicoanalista, miembro de la Escuela de la Causa Freudiana de París desde 1976. Es miembro de la Escuela Europea de Psicoanálisis (SISEP) y presidente del Instituto Freudiano de Roma. Fundador del Instituto para niños autistas y psicóticos, L'Antenne 110 en Bruselas, Bélgica. Estableció la publicación en italiano de varios seminarios de Jacques Lacan. Dirige la revista del Campo Freudiano "La Psicanalisi"

A partir de su experiencia de tantos años ¿cuál considera el punto central a tomar en cuenta en relación al autismo a la hora de pensar una modalidad de dispositivo para el tratamiento del mismo?

Permítame comenzar con una aclaración. Mi experiencia con niños autistas tuvo inicio en los años '70. Luego de mi regreso a Italia, en el '90, no me interesé más en la problemática del autismo en primera persona. Me dediqué a otros aspectos y actividades ligadas al campo freudiano. Constataba aquí y allá, en Italia como en otros lugares, los intentos, a veces logrados, de instituir lugares donde vivir para niños autistas que hacían referencia a la *pratique-à-plusieurs,* expresión acuñada por Jacques-Alain Miller para designar la modalidad de enfoque puesta en marcha en Antenne 110. En estos casos, he aceptado dar mi parecer sobre su funcionamiento cuando me lo han pedido.

De todos modos, debo precisar que el horizonte del autismo ha cambiado totalmente. En aquel tiempo, en los años '70, a propósito del autismo había una diferencia de lectura que llamaré francesa, y aquella que llamaré anglosajona. La diferencia consistía en el hecho de que, mientras la primera consideraba al autismo ligado, de un modo u otro, a la estructura, y por lo tanto permanente, la segunda lo consideraba como un fenómeno, y por lo tanto eventualmente transitorio. A esto se agregaba, en algunos de la corriente anglosajona, una lectura fantasiosa de la regresión, por lo que un niño de doce años cronológicos podía

considerarse de una edad psíquica de 18 meses, invitando a padres y a terapeutas a comportarse en consecuencia. A esto se sumaba la atribución a los padres de la causa del autismo, confundiendo situaciones imaginarias con datos estructurales, y el revuelto estaba hecho. La consecuencia de esta situación fue desvalorizar el aporte del psicoanálisis en este campo.

La lectura anglosajona logró de todos modos mucho más, desde el punto de vista de la extensión, y ha favorecido otro escollo: la articulación de esta lectura con la genética.

El aumento de casos de autismo ha sido impresionante: de ser algunos individuos devino en una marea; los criterios para definir autista a un individuo se ampliaron desmedidamente; el repentino paralelismo con los Asperger ha aumentado la población censista.

Los Asperger, estos autistas de alto rendimiento, siempre fueron tomados por demás en consideración. No sólo por sus indudables capacidades, sino porque justamente reivindican una posición particular frente a las variadas segregaciones. Cosa que un autista, al menos como lo entiendo yo, no está mínimamente en condiciones de hacer.

¿Qué tienen en común un autista que arroja repetidamente su objeto de plástico contra la pared, y un joven músico que sabe interpretar cada vez de un modo nuevo las *Goldberg Variationen* de Bach? Estoy hablando de Glenn Gould.

Perdóneme si mi aclaración ha sido demasiado larga.

Voy a su pregunta. Pero aquí también me sirve precisar un aspecto, presente en Lacan y esclarecido por Jacques-Alain Miller. Todo ser hablante está en el lenguaje. También el autista. Pero el Otro tiene una doble cara: el Otro es al mismo tiempo abstracto y concreto.

El Otro abstracto es el lugar del código, y el Otro concreto es la madre y también el padre.

Lacan menciona la articulación entre los dos 'Otros', concreto y abstracto, cuando habla de las coordenadas del sujeto. El hecho de que existan estas coordenadas tiene que ver con el Otro abstracto como lugar de los significantes. Por otra parte, estas coordenadas se inscriben en la vida concreta del sujeto y una de ellas, por un lado, se refiere a la realidad

con su punto de enganche que es la madre, y por otro lado se refiere a lo simbólico con su punto de enganche, que es el padre.

¿Qué significa que haya un desfasaje entre el Otro de los significantes, que es el lugar del código, y el Otro que concretamente, operando con las dos coordenadas, se ocupa del niño? Es precisamente para superar este desfasaje que me vino en mente hacer funcionar un dispositivo en el que el Otro no fuera un Uno macizo sino múltiple, móvil, buscando así enganchar al niño autista, no sólo, o diría no tanto directamente, sino a menudo a través de las desviaciones, que pasaran por otras personas, sean adultos o niños. Hemos notado que de este modo esa gran muralla contra el Otro angustiante podía presentar una apertura, una fisura, donde en el mejor de los casos encontraba lugar un *Witz* o algo ingenioso, una agudeza, con gestos a menudo, pero también con palabras, en niños que no hablan.

2 /Ha mencionado en más de una oportunidad que la constitución de L' Antenne se sostuvo en la idea de poner a prueba el autismo a partir de la premisa de Lacan por la que no podría excluírselos de una relación al lenguaje. Si se puede considerar probada la hipótesis que llevó a la creación de L' Antenne ¿cuál sería el desafío en la actualidad?

Probablemente en aquel tiempo me expresé mal: se trataba, al contrario, de poner a prueba la afirmación de Lacan, que el ser humano en cuanto tal está en el lenguaje. El autista parece poner en jaque una afirmación tal como la de Lacan. Entonces me preguntaba si el autista invalidaba el axioma lacaniano. Me parece que inmediatamente nos quedó claro que los niños autistas de los que nos ocupábamos estaban en el lenguaje ni más ni menos que cualquiera. El problema entonces era otro: ¿cómo es que, aun estando en el lenguaje, tenían un rechazo de comunicarse con los otros, como hacen los supuestos normales? ¿Qué se había puesto en juego para que llegaran a un no reconocimiento radical del Otro con mayúscula y eventualmente redujeran al otro con minúscula, es decir al semejante, a meros instrumentos?

El desafío actual estaría en dos niveles.

Un nivel sería el de verificar si el estatuto del autismo es o no el grado cero de la estructura. En otras palabras, que no se haya tocado a través del autista un punto básico del ser hablante, y si así fuera, verificar de qué modo el cuerpo del autista hace uno y rechaza al otro, ya sea al otro como lenguaje o como cuerpo.

Pero también, y sería un segundo nivel de investigación, tratar de comprender si el desarrollo de la ciencia misma y de la técnica moderna no favorecen una posición subjetiva tal que no vacilaría en llamar enquistamiento, término usado para algunos seres vivos que asumen, en determinadas circunstancias, un estado de vida latente. En el caso de los Asperger, es en la relación con los otros que están a menudo latentes, pero no con el Otro que hace vibrar su cuerpo. No por casualidad, a menudo, son geniales.

3/ En su opinión ¿debe el tratamiento individual autoexcluirse del trabajo en la institución? ¿Cuáles serían la razones, ya para ser parte del dispositivo, ya para operar por fuera?

Si por tratamiento individual se entiende un psicoanálisis, le diría que para hacer un psicoanálisis es necesario, como diría el Señor Perogrullo, que se pueda hacer un psicoanálisis. Hay ciertas condiciones para que un psicoanálisis pueda tener lugar. Por ejemplo, es necesario que haya alguien que quiera hacerlo; es necesario que este alguien sepa de qué se trata, es necesario que pueda hablar, y hablar con toda libertad ateniéndose a la regla fundamental freudiana. Es necesario también que haya una oreja que sepa escuchar al cuadrado, es necesario que esta oreja esté implantada en alguien que haga la función de analista, es decir que haga aplicar la regla analítica de la asociación libre, y que pueda decidir intervenir, para utilizar la expresión que Lacan utiliza en *La dirección de la cura: "seul maître à mon bord après Dieu",* sin tener que rendir cuentas a nadie… excepto a la ética del psicoanálisis.

Aquí entonces dos problemas encuentran su punto crítico. El primero es el siguiente: la institución (el hospital, el centro clínico que se quiera, la familia incluida, y directamente la

institución que llamamos Estado o Nación) ¿está preparada para asegurar que no hará ninguna injerencia y no entrometerse en la relación analítica? Si es que sí, pero un sí efectivo, no un "sí…pero", entonces no se ve por qué la experiencia analítica no podría tener lugar en una institución. La relación analítica es ya en sí misma una institución. Si las otras instituciones, que podemos llamar también discursos, no la sofocan, entonces la relación analítica puede tener lugar.

El segundo problema está ligado con lo que decía recién: el autista, si bien es un sujeto ¿tiene acceso a las condiciones por las que el funcionamiento inconsciente habla, de modo tal que su interlocutor pueda intervenir? Si bien está en el lenguaje, el autista no está comúnmente en la medida de dejar que el interlocutor ocupe el lugar que es específico de la función analítica. Esto no quiere decir que deba renunciarse a dirigirse a ellos. Somos nosotros los que no tenemos esa intención, pero en su mutismo son más bien verbosos, recuerda Lacan.

El problema con ellos entonces es otro: ¿cómo hacer para que su relación con el Otro se esboce, y de una situación auto - que en griego quiere decir *mismo*- se abra a una dimensión hétero, que en griego quiere decir *otro*?

4/ ¿Cuál fue su mayor sorpresa, qué considera que no estuvo en el cálculo de aquello que encontró en el tratamiento del autismo?

Mi mayor sorpresa ha sido la de constatar que con el paso de los años se han multiplicado los problemas, que en lugar de arribar a una simplificación y a un esclarecimiento de la situación se haya llegado a una confusión cada vez mayor. Pienso que el asunto no podrá ser resuelto si nos atenemos a los aspectos fenomenológicos. Es necesario apuntar a un esclarecimiento de orden estructural. Si bien éste no debe ser estático, por lo menos debe ser capaz de evolucionar en transformaciones de las que la topología pueda dar cuenta.

5/ ¿Ubica una posición diferente a sostener del lado del analista en la transferencia cuando se trata de autismo –diferente a la establecida para las psicosis -?

No le niego que establecería las cosas de otro modo. No hay "El analista". Y no hay siquiera un analista si no hay alguien que lo instituya en tal función. Es preciso primero que sea instituido por el otro, es decir por el sujeto, eventualmente autista o asperger. Evitaría con sumo cuidado que alguien que se cree o que considera ser analista, busque suscitar una transferencia con estas personas. Generalmente, intentos de ese tipo caen en el vacío más absoluto. A veces favorecen cierto tipo de relaciones que tienen el color de lo afectivo, que también pueden ser positivas, pero no responden al criterio de transferencia tal como se lo entiende en análisis. El sujeto-supuesto-saber es el punto nodal de la transferencia. ¿Puede activarse, así como Lacan lo explica en la *Proposición del 9 de Octubre*? En mi parecer, puede activarse en ciertas situaciones, sobre todo con los Asperger. Pero también aquí es necesario evitar que el sujeto-supuesto-saber abra la puerta al sujeto-que-goza-de-él. Lo que no impide, como decía antes, que alguien que se dedica a ser analista se dirija cuidadosamente a hablarles, y se preste, con atención, a escucharlos.

Traducción al español por Natalia Paladino



Los interrogantes y dificultades que despierta la práctica clínica en la cigarra se vuelven causa de una investigación sostenida, del continuado seminario de formación, de los espacios de supervisión y sobre todo de la escritura singular año a año. Saberes que reorientan la clínica y abren nuevos horizontes que renuevan la causa. En esta oportunidad, b-autismos resuena con la lectura y avances de investigación de otros analistas que convocados por su deseo de saber se disponen a compartir sus conclusiones y nos invitan a nuevas aperturas.

Efectos de nominación en el autismo

Marcela Piaggi

Psicoanalista, Docente en la II cátedra de Psicopatología y de posgrado de la UBA. Integrante del Departamento de investigación de autismo y Psicosis en la infancia de la EOL y Docente del CENTES 2.

"El nombre propio forma parte del sistema de clasificación, es un nombre de especie[1]*"*

Introducción

Es en el encuentro con los efectos clínicos producidos por la función de nominación, en un caso de nuestra práctica institucional conducido a lo largo de ocho años[2], que el concepto es explorado en el marco de una tesis de investigación.

La frase del epígrafe nos orienta a considerar que, el nombre introduce en un orden de existencia, y no sólo, por implantarnos en la especie humana, sino que nos inserta además, en una existencia singular.

La función de nominación podemos plantearla, como una operación que abre el horizonte de un tratamiento posible, siguiendo las huellas de cada singularidad en la clínica del autismo, pues consiente la posibilidad de construir un borde, que ceda la ampliación y el enriquecimiento del mundo.

[1] Para Lévi-Strauss no habría diferencias entre el nombre y el nombre propio, se trata de maneras de nombrar (El pensamiento salvaje).

[2] El caso Miguel fue presentado en Memorias del V Encuentro investigadores UBA)

El Nombre del Padre fue pluralizado por Lacan, para alojarse en el conjunto de normas de la lengua que asumen la garantía o la nominación del goce. “El Nombre del padre se divide en teoría del padre y teoría del nombre” (Miller, J.A., 2002, p. 32). Es una indicación necesaria para entender que es lalengua misma quien toma a su cargo la empresa de nominación del goce en su conjunto.

Con la introducción del concepto de lalengua, el lenguaje se monta como estructura sobre ella. Se trata de un neologismo que utilizará Lacan en el que resuena la lengua y el laleo, dando cuenta del integral de los equívocos: “Lalengua capta el fenómeno en el nivel lingüístico donde nadie comprende a nadie, nadie le da a una palabra el mismo sentido que otro, cada uno tiene su lengua, en la medida que la investidura libidinal de lalengua es propio de cada uno. (…) a partir del lenguaje cada uno hace su lalengua” (Miller J.A., 2003, p.289).

El estatuto que Lacan confiere a los nombres propios es especial. El nombre propio en una lengua no se traduce, se repite: “Cuando una lengua utiliza otra escritura, hay transliteración, cuyo fin es permitir al hablante producir el mismo sonido, pronunciarlo de la misma manera. Y es lo que hace el parentesco entre el nombre propio y el matema, uno en la escritura y otro en el habla dejan percibir lo que sería una transmisión integral” (Miller, J.A., 2002)

El nombre propio viene a suturar el agujero producido por el troumatisme originario, sin aportar una significación, pues marcha por la vía de la fuga de sentido.

Si consideramos que los autistas están inmersos en lalengua, en lo real, y que toda la operación que orienta la clínica del autismo apunta a producir una ruptura, un pasaje de lalengua al lenguaje, el nombre propio en la función de nominación se presenta como la operación necesaria para producir este pasaje. Resulta un operador eficaz “fuera de sentido”. La nominación hace aparecer un vacío de descripción, hace agujero en la dimensión del sentido y lo abrocha al mismo tiempo.

Y aunque estamos advertidos que, en el autismo, el nombre no se inscribe en el campo simbólico, produce no obstante un efecto de goce manifiesto por el mismo hecho de su

iteración[3]. La iteración es patognomónica del autismo y, si existe con tal fuerza es porque el Uno de goce no se escribe como huella del traumatismo primitivo, queda en más, marca al cuerpo como un cuerpo que goza de sí mismo, más allá del principio de placer. "El Uno se repite pero sin conseguir tratar la proliferación de los equívocos reales de lalengua" (Laurent, E., 2013), pues la manifestación del Uno en los casos de autismo, no cesa de no escribirse. Y aunque no se escriba, tiene aún consecuencias en la economía de goce del sujeto. Es lo que se observa en los circuitos iterativos en el curso de un tratamiento analítico.

Consignamos el alcance que le daremos al término *efecto*. Este resulta de la soldadura entre contingencia y acontecimiento. El acontecimiento es "algo que está en el efecto (coup), en el efecto de lo que nos determina" (Lacan, J, 1973, p. 47). *Efecto* se refiere a la más pequeña alteración respecto del estado inicial de un sistema, que puede generar que éste evolucione en formas totalmente distintas mediante un proceso de amplificación. F. Jullien opone al modelo de causalidad occidental (causa–efecto), el modelo oriental chino, donde el efecto es lo que se produce cada vez; no puede no ocurrir. El efecto se manifiesta cuando sucede: "Del fondo indiferenciado de las cosas las actualizaciones surgen como efectos, más solo para volver a diluirse o solo tomar la forma de aquello que acontece".

Es importante no perder ésta orientación, para considerar la función de nominación como efecto, que no modifica una estructura pero puede leerse en la experiencia clínica en tanto repercute o resuena en la economía de goce de un viviente. Los efectos no son de orden simbólico. La nominación siempre se refiere a una experiencia de goce y "los nombres revelan su naturaleza de entidad ficticia en el sentido de Lacan. Sirven para gozar o más bien para defenderse del goce" (Laurent, E., 2002).

Efectos de nominación y forclusión del agujero en el autismo

[3] La iteración es la repetición de lo mismo, la diferenciamos de la repetición (Miller, 2011)

Queda implícito que si abordamos el concepto de nominación con la clínica nodal, tal como lo retoma Lacan en RSI, aceptamos que entre los nudos hay agujeros. ¿Cómo considerar el autismo con la lógica de los nudos si el espacio carece de agujeros?

La tesis de Laurent postula que el espacio topológico que habita el autista se caracteriza por la forclusión del agujero. Examinando la temática del retorno del goce sobre el borde y considerando la problemática del cuerpo (Laurent, E., 1981), avanza en la formalización de sus desarrollos sobre topología. Para que un agujero sea tal debe estar delimitado por sus bordes, y esa es la problemática principal en el autismo. Se trata de la carencia de bordes topológicos. "Podemos considerar el cuerpo-caparazón como un cuerpo cuyos agujeros están todos ellos cegados."[4]

¿Cómo producir un agujero en esa superficie? Debemos agregar la lógica de los nudos, para articular la función de nominación con la tesis de la forclusión del agujero.

Hacia una función de agujereamiento. La nominación real

¿Cuál es la relación entre los nudos y la nominación? La nominación terminará siendo sobre el final de RSI el articulador, el cuarto eslabón que anude en forma borromea o no, los tres registros.

La nominación se va transformando de su posición inicial. Y esto es solidario de un cambio de posición respecto del Nombre del Padre. Este concepto sufre una transformación al padre del nombre o mejor al padre como nombrante: "Yo reduzco el nombre del padre a su función radical que es dar un nombre a las cosas, con todas las consecuencias que eso comporta, porque eso no deja de tener consecuencias y particularmente hasta en el gozar" (Lacan, J. 1975, p. 105).

"La vía que se abre sobre el final de RSI, es la que conduce a situar la nominación, en tanto que cuarto término capaz de enlazar de modo borromeo los tres registros, pero introducida

[4] En francés, *bouchés*, cegado, implica una verdadera desaparición del agujero, por vía de un relleno.

como un redoblamiento posible de cada uno de ellos. En efecto, si lo simbólico no tiene el privilegio exclusivo de unirse a la nominación y si hay un espacio allí también para lo imaginario y lo real, ¿por qué no distinguir una nominación imaginaria, una real, y una simbólica? (Schejtman, 2013a, p. 24). Tres nombres, tres versiones para la nominación como cuarto nudo. Inhibición, síntoma y angustia.

Y si retomamos la pregunta que nos orienta ¿qué es un agujero? ubicamos que Lacan señala que cada uno de los registros comporta tres elementos: consistencia, ex –istencia y agujero, y cada uno supone un agujero: agujero de lo simbólico, de lo imaginario y de lo real, es decir, lo simbólico de lo imaginario, lo simbólico de lo simbólico y lo simbólico de lo real. No se trata de considerar el agujero en singular para manipular el nudo, sino proponer agujeros, en plural, entre registros, al igual que la nominación. "La nominación es la única cosa de la cual estemos seguros que eso hace agujero". De allí que siendo la nominación lo que agujerea, proponemos los agujeros ligados con lo imaginario, lo simbólico y lo real. ¿Cuáles serían los agujeros afectados en el autismo?

"Esta forclusión del agujero, este trauma del agujero -troumatisme- se puede advertir en los sujetos autistas". Esta forclusión remite al troumatisme -agujero real- impacto del viviente con lalengua. Lo que viene a proporcionar la operación de nominación es un borde, agujerear una superficie es producir un borde. La nominación viene a redoblar el acontecimiento originario, el troumatisme. Y en ese redoblamiento produce un efecto de agujero, entre S/R que permitirá fundar campos de goce entre los registros hasta entonces homogéneos.

Proponemos una nominación real[5], -nominación traumática- que produzca efecto de agujereamiento, redoblando el troumatisme originario en el que la huella ha quedado congelada.

Nos ha sido de gran utilidad en este abordaje establecer una diferenciación entre: la clínica psicoanalítica y la experiencia del análisis, ya que, "… muy frecuentemente se superpone la

[5] La angustia como nombre de la nominación real, en "Usos del nudo. Efectos de nominación en el autismo" (Piaggi, 2016)

clínica psicoanalítica con la experiencia del análisis. Es preciso distinguir lo que es la experiencia analítica, de la clínica que es producto de ella. La clínica psicoanalítica no se confunde con la experiencia del análisis, supone su redoblamiento, un redoblamiento que es conceptualización, incluso formalización de la experiencia" (Schejtman, F., 2013)

Podríamos acercar esta idea a lo que Lacan menciona como nivel de "manipulación del nudo". Es decir, que los efectos de nominación podemos ubicarlos en la experiencia del análisis, se trata de efectos clínicos. Mucho recorrido nos falta aún para llegar a formalizar el efecto de esa experiencia. Si bien en el orden de la formalización ubicamos que los autistas están sumergidos en lo real -como consecuencia de la forclusión de agujero-, observamos, en el nivel de la experiencia clínica, efectos de agujereamiento, como efectos de nominación. La nominación pensada como operación en lo real, será introducida en aquellas maniobras del analista que, con el consentimiento del sujeto, permitan construir otros circuitos paralelos, también iterativos; invenciones que estarán orientadas a producir una negativización, una hiancia en el espacio sin agujerear que presenta el autismo. En este sentido, la nominación es una operación que apunta a producir bordes que se irán desplazando cada vez más de las primitivas series iterativas, produciendo a la vez un efecto de escritura.

mbpiaggi@yahoo.com.ar

Referencias bibliográficas

- Jullien F. *Tratado de la Eficacia,* 1999, Buenos Aires, Libros Perfil.
- Lacan, J., [1964-1965], *El Seminario Libro 12, Problemas cruciales para el psicoanálisis* (Inédito).
- Lacan, J. [1972-1973] *El Seminario Libro 20. Aún,* 1981, Buenos Aires, Paidós.
- Lacan, J. [1973-1974] *El Seminario Libro 21. Les Non- Dupes Errent.* (Inédito).
- Lacan, J. [1974- 1975]. *El Seminario Libro 22. RSI.* (Inédito).
- Laurent, E., *Síntoma y nominación*, 2002, Buenos Aires, Colección Diva.

- Laurent, E., *La batalla del autismo*, 2013, Buenos Aires, Grama.
- Miller, J.A., *De la naturaleza de los semblantes,* 1991, Buenos Aires, Paidós.
- Miller,J.A, Leer un síntoma, 2011, http://ampblog06.blogspot.com.ar/2011/07/leer-un-sintoma-por-jacques- alain.html.
- Miller, J.A. & otros., *Las psicosis ordinarias*, 2003, Buenos Aires, Paidós.
- Piaggi, M., Usos del nudo en el autismo. Efectos de nominación en el autismo, 2016, En *Revista Affectio Societatis, Revista electrónica del Departamento de Psicoanálisis Universidad de Antioquia* VOL. 13, NÚM. 25 (jul- dic), 2016, 71-95.
- Piaggi, M., La constitución subjetiva en un caso de autismo. Un corte en la Estructura. En *Memorias del I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional. V Encuentro de Investigadores Mercosur* (345-348), 2009, Buenos Aires, Argentina, Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires.
- Schejtman, F., *Sinthome: Ensayos de clínica psicoanalítica nodal,* 2013, Buenos Aires, Grama.
- Schejtman, F., La clínica psicoanalítica. Verba, Scripta, Lectio, En *Psicopatología: Clínica y Ética, 2013a.* (17-62), Buenos Aires, Grama.
- Tendlarz, S. *Clínica del Autismo y la psicosis en la infancia,* 2016, Buenos Aires, Colección Diva.
- Tustin, F., *Estado Autístico en los niños*, 1987, Buenos Aires, Paidós.

Consecuencias de la operación estadística sobre la categoría "autismo"

Gastón Cottino

Psicoanalista, AP de la EOL y la AMP, titular de la Cátedra de Psicopatología 2 de la Facultad de Psicología de la Universidad de Congreso, provincia de Mendoza, y coordinador del Centro Infanto Juvenil nº 6, Mendoza.

Las estadísticas respecto del autismo aumentan. Es un hecho que no solamente podemos extraer de la lectura de *La Batalla del autismo* (Laurent, E., 2012) sino que se presenta, discursivamente, a nivel de lo social en un sentido amplio, por caso, a partir del tratamiento del tema en los medios de comunicación, en los dichos de algunos colegas y en especialistas de disciplinas ligadas al llamado TEA.

Allí podemos preguntarnos acerca de la manera de diagnosticar, sus instrumentos y el lugar de la formación para la práctica clínica de quienes atienden a estos niños, tal como se realizó en nuestro proyecto "La accesibilidad como derecho: trayectorias por el sistema sanitario de niños con psicopatología grave"[1], y se explicitó en las conclusiones.

Es decir, que antes de referirse a la cifra de un diagnóstico hay que preguntarse qué diagnóstica quién, según su disciplina y su formación, o sea según su modalidad de mirada o su escucha.

Sin embargo para este anexo a las conclusiones, elegimos preguntarnos por el lugar que tienen las cifras, los datos, para nuestro tema. Lo cual se vincula estrechamente con la llamada evaluación, presente en varios pasajes de nuestra investigación.

Es importante darle a ella un estatuto especial ya que de algún modo explica bastante de lo concluido. Es decir que podría estar a la base de las muchas demoras, de las *derivas* en el

[1] Proyecto de investigación llevado a cabo junto a la Lic. María Florencia Álvarez, becado por la Dirección de Ciencia y Técnica del Ministerio de Salud de la Provincia de Mendoza, durante el 2014. En relación con las investigaciones llevadas a cabo en la Facultad de Psicología de la Universidad de Congreso, durante ese mismo año.

lugar de las derivaciones, así como de los test que estudian al niño para luego arrojar un resultado que lo signa como *discapacitado*. Resultado que puede determinar una nueva trayectoria, la cual no necesariamente instala al niño en el tratamiento que su padecer podría requerir.

Jacques-Alain Miller compara a la evaluación con el discurso universitario, que contiene al saber en el lugar de comando, dirigiéndose a otro que queda en el lugar del objeto. Así, mientras el significante amo queda reprimido, el producto de la operación es una división con la cual el sujeto no sabría bien qué hacer.

Por otra parte, este es el discurso de la burocracia.

Allí Miller habla de la metafísica de la evaluación: "La operación de la evaluación hace pasar un ser de estado de ser único al estado de uno-entre-otros. Es lo que el sujeto gana o pierde en la operación de evaluación: acepta ser comparado, se vuelve comparable, accede al estado estadístico" (Miller, J.A y Milner J.C., 2004, p. 41).

Pues bien, este estado estadístico es lo que hizo dar en el clavo respecto de algo cuyos alcances no son siempre fáciles de detectar en nuestro campo de la salud pública; pero cuyos efectos pueden ser complicados, tal como lo estamos presentando.

Podríamos ubicar aquí una pregunta por el fundamento epistémico e histórico que comience a echar un poco de luz sobre nuestras conclusiones, que no son tan distintas, según hemos ido contrastando, a las situaciones de otros países de Latinoamérica o de Europa, por caso Brasil[2] o Francia.

Así es que necesariamente hubo que meterse con el lugar que ocupan las estadísticas, es decir las mediciones, en nuestro Estado, sobre todo en lo que atañe a la salud. Y aunque parezca que no, en nuestra época, el representante más logrado de la burocracia estadística está ligado al autismo.

---

[2] Estos temas se abordaron en algunas mesas del reciente VI ENAPOL (Encuentro Americano de la Orientación Lacaniana). También se ocupa de este tema el Observatorio de Autismo, dependiente de la A.M.P., en nuestro caso, a través de la Antena Cuyo.

La Europa moderna creó departamentos de estadísticas para todas sus instituciones como una política de Estado que contribuía a la toma de decisiones. A decir de Ian Hacking, damos allí con el nacimiento de un hombre cuya esencia se deja representar por los números.

Ernst Engel, estadista alemán, en 1862 afirma: "A fin de obtener una representación precisa, la investigación estadística acompaña al individuo durante toda su existencia terrenal. Esta investigación tiene en cuenta el nacimiento del individuo, su bautismo, sus vacunas, su escuela y su aprovechamiento escolar, su diligencia, su salida de la escuela, su ulterior educación y desarrollo; y una vez que el individuo llega a ser hombre tiene en cuenta su físico y su capacidad para llevar armas (….) La estadística solo abandona a un hombre después de su muerte, después de haber determinado la edad precisa del individuo en su deceso y consignado las causas que determinaron su fin" (Hacking, I. 2006a, p. 63).

Consecuente con esto, la salud fue el campo de preferencia para llevar a cabo los estudios estadísticos que daban con este modelo de hombre. Ya en 1840 las regularidades numéricas eran llamadas leyes: "La analogía era estrecha pues las leyes de la conducta se referían a almas enfermas. Los médicos pudieron exhibir una nueva pericia en cuestiones morales y mentales" (Hacking, I. 2006a, p. 91).

Nótese que esto sucedía mientras la locura se incluía en el tratamiento moral por parte de Pinel, cuyo *Traité médico-philosophique sur l'alienation mentale ou la Manie* data de 1801. Sobre este terreno abona, en 1891, las investigaciones de Émile Durkheim sobre el suicidio; fenómenos que fascinaba a los franceses y que también interesó al discípulo de Pinel, Etienne Esquirol. Fue justamente en su obra maestra de la sociología en donde inventó su concepto de anomia que era la declinación moral y social, afín al contexto del suicida. Dejando sentadas las bases científicas (!) para pasar de una patología individual a otra comunitaria; para luego producir otro desplazamiento desde una enfermedad del cuerpo individual al cuerpo social y político. Y todo esto gracias a la ¿lectura? de las estadísticas.

Esquirol y Falret, continúan en esta línea, ya del lado de la medicina, puesto que si se afirmaba que el suicido era una forma de locura se seguía de ello que su causa era orgánica,

es decir, cerebral. De esta manera, las leyes estadísticas pasaban a formar parte del reino de las causas deterministas de las enfermedades mentales.

Por lo cual, no es difícil deducirlo, en un estado en donde reina la estadística el número es el fetiche. Este fragmento, del año 1835, está extraído del informe de un investigador médico parisino, el Dr. Poisson: "En cuestiones estadísticas… Es necesario despojarlo (al hombre) de su individualidad para llegar a eliminar todos los efectos accidentales que la individualidad pueda introducir en la cuestión" (Hacking, I. 2006a, p. 124).

Es decir que cualquier intento de representarse la singularidad iría a contrapelo de la ciencia y de aquello que el Estado consideraba fundamental para determinar sus políticas en materia de salud. Hacking afirma sobre esto que cuando queremos estudiar la generalidad caemos en un "*species mode*" (Hacking, I, 2006b, p.9) para referirnos al *niño autista*, formulación que valdría *para todos*.

En aquel contexto, el belga Adolph Quetelet aplica la curva de Gauss a fenómenos tanto sociales como biológicos, transformando el término medio en una cualidad "real". En 1830 Quetelet presenta el concepto de *hombre tipo*, primer paso para considerar categorías ideales o abstractas diseñadas para una medición de rasgos *reales*. A su vez, y no es extraño a este argumento, utiliza el concepto de eugenesia para describir al hombre tipo de su raza desde sus cualidades físicas y morales. De esta manera, las leyes estadísticas se naturalizaban, es decir, se tornaban leyes naturales: "índices de la condición humana".

De la mano de Augusto Comte, en 1850, la palabra normal (que poco tiene que ver con el justo medio aristotélico) hace su ingreso de lleno al Estado normal (con toda la equivocidad que el término implica). Allí, el estudio positivista de la sociedad se da la mano con el del individuo tipo, haciéndose sinónimo de objetividad y creando un puente entre el ser y el deber ser. Su opuesto en nuestro campo, claro está, es la patología.

Por otra parte, en geometría el sinónimo de *normal* es *ortogonal*, lo cual indica una relación perpendicular o de escuadra entre líneas. Este término está a la base de la ortopsiquiatría: el estudio de los desórdenes mentales en los niños que apunta a hacerlos normales, a través de las buenas *normas*. Así, considerando la carga semántica y su uso extendido hasta nuestros

días, el significante *normal* es uno de los instrumentos ideológicos más poderosos heredados de la modernidad.

Pues bien, si Durkheim consideraba las leyes estadísticas reales y determinantes, al igual que las fuerzas cósmicas, todavía faltaba un detalle para entrar de lleno en la búsqueda de la normalidad. Faltaba Sir Francis Galton, el *inventor* de las técnicas de evaluación de la inteligencia, nuestro tan mentado C.I. (Coeficiente Intelectual); quien consideraba a las leyes de la estadísticas como autónomas, es decir, que poseen en sí mismas un valor de explicación de aquello mismo que miden. Sin embargo, a diferencia del sociólogo francés, ahora lo que no entraba en la norma también podía ser lo excelente, lo superior.

No es extraño entonces, encontrarnos al día de hoy, tanto en los C.U.D.[3] como en las distintas escalas de evaluación, sin ninguna referencia causal que intente explicar aquello que mide. Fenómeno por el cual la *debilidad mental* que evalúan los test es una categoría diagnóstica, tal como lo demuestran los DSM.

Asimismo, el extendido uso que ha tenido en Occidente la escala de inteligencia se asocia a una interminable serie de medidas en busca de la conducta normal (lo que sucede en la educación y la salud no es más que un testimonio de aquello instalado en la cultura).

Ian Hacking estudia la relación entre la construcción de una categoría y las personas implicadas en ellas, y luego el efecto que de esto vuelve a las categorías a través de diez dispositivos, para el caso del autismo (Hacking I, 2006b, p.10):

1. "¡Cuenten!
2. ¡Cuantifiquen!
3. ¡Creen normas!
4. ¡Correlacionen!
5. ¡Medicalicen!

[3] Certificado Único de Discapacidad

6. ¡Biologicen!
7. ¡Geneticen!
8. ¡Normalicen!
9. ¡Burocraticen!
10. ¡Reclamen su identidad!".

Su trabajo se separa de una perspectiva meramente negativa de cada uno de estos dispositivos pero desarrolla las consecuencias que estas construcciones implican para los sujetos, "blancos", a los cuales se dirigen. Destaco cada uno de los dispositivos, ya que es una manera de empezar a preguntarnos como cada uno de ellos impacta en el *autismo*, bajo nuestras coordenadas.

Por caso, además de la cuantificación que ocupa estas páginas, podemos citar al número 5 (medicalizar pero también psicologizar, fonoaudiologizar, psicopedagogizar y neurologizar), junto con el número 9, en donde el autismo puede dejar de ser un tema médico para pasar a ser también un problema de *discapacidad*.

Difícil es sustraerse al efecto que genera la lectura borgeana de "El idioma analítico de John Wilkins", aquella que considerara Lacan en 1956, cuando encontramos al *autismo* en su estatuto de categoría. Ahora bien ¿estamos seguros de no caer nosotros, psicoanalistas, en la misma red?

Es preciso recordar junto con Guy Briole que no hay que cejar en los esfuerzos por ubicar allí las singularidades (Briole, G., 2015, p. 36/8).

Referencias bibliográficas

- Briole, G. "No clinicar". En *Resonancias: Revista de Psicoanálisis del Nuevo Cuyo Nº 2*. 2015, Buenos Aires: Grama.

- Hacking, I. *La domesticación del azar: La erosión del determinismo y el nacimiento de las ciencias del caos*, 2006a, Barcelona: Gedisa.
- Hacking, I., Making up People, 2006b. En Essay based on "Tenth Annual British Academy Lecture" of April 2006; the full text of this talk in the *Proceedings* of the B.A. 2007. *London Review of Books*, 17 August, 2006- 7-11.
- Laurent, E., La batalla del autismo, 2012, Buenos Aires, Grama.
- J.A. Miller y J.C. Milner, *¿Desea usted ser evaluado?: conversaciones sobre una máquina de impostura*. 2004, Málaga: Miguel Gómez Ediciones.



Compartir una clínica tan singular también en otras lenguas. Se trata de la transferencia al psicoanálisis y de un deseo decidido a intervenir que no tiene fronteras más que la que impone la ética de lo singular. Interpelados por la ajenidad de la lengua necesitamos traducir, y encontrados en la resonancia deseante de una apuesta al lazo a partir de la solución que con el sujeto se inventa.

La puerta, Saturno y el espacio espacial. Recorrido junto a un niño autista.

Gracia Viscasillas

Psicóloga clínica, psicoanalista miembro de la ELP y AMP. Desarrolla su trabajo en diferentes instituciones de atención a la infancia en Zaragoza (España): Centros de Educación Infantil Patinete, Torréon: Espacio de acogida y tratamiento de niños y sus familias, Centro de Desarrollo Infantil y Atención Temprana de Fundación Atención Temprana.

Para Pelayo la puerta de entrada al mundo fue complicada. A los dos días de nacer le detectan esclerosis tuberosa (mutación genética que conlleva una proliferación de tumores) y el médico se dirige a la madre diciéndole que se despida de su hijo que va a morir al poco tiempo o bien se va a quedar como un vegetal.

Presentaré aquí el recorrido de tres años de trabajo con Pelayo, quien llega al Centro de Atención Temprana[1] cuando tenía dos años y medio. En un rostro inexpresivo, su mirada flotante, sin detenerse en nada ni dirigirse a nadie; su cuerpo parece igualmente flotante, deambulando de un lado a otro con una gran torpeza motora, desganguillado; la boca siempre abierta y con un babeo constante. Además Pelayo se había instalado en un silencio que hoy podríamos llamar *sideral*.

[1]Centro de Desarrollo Infantil y Atención Temprana, de Fundación Atención Temprana. Zaragoza (España).

François Ansermet en una excelente intervención titulada *Autismo y emergencia del sujeto*, en la Conversación UFORCA "A l'écoute des autistes" (Paris, 2012), plantea del lado del analista una posición activa y una suposición del sujeto que es previa a su emergencia: "*Esta suposición del sujeto pasa por una cierta anticipación que está en el principio de todo proceso terapéutico con el autista. Es preciso que aquel que se ocupe de él anticipe el sujeto para que éste emerja. (...) La espera, la suposición, abre la vía al sujeto: a un sujeto que se inventa y no solamente a un sujeto que emerge como si estuviese ya ahí. Es el sujeto como invención que es esperado".*

La puerta

Cuando comienzo a atender a Pelayo llevaba ya un mes acudiendo a las sesiones de psicomotricidad. Sabía, por mi compañera, que estaba la dificultad de permanecer en sesión, a la que entraba junto a su madre. Ante cualquier contrariedad, se golpeaba contra la pared o se daba manotazos en la cabeza, gritando.

En la primera sesión, cuando le invito a entrar se agarra a la mamá, por lo que invito a entrar a ambos. Pelayo va de un lado a otro y enseguida se dirige a la puerta, si la madre hace por detenerle, se golpea. Decido acompañarle, como posición.

Opto por instalar a la mamá sentada en la sala de espera y acompañar a Pelayo en su deambular por la institución. ¿Qué hace Pelayo? Va por los pasillos abriendo las puertas, entrando un momento a las salas, saliendo… Percibo que la mamá se violenta, pero mi decir de que Pelayo no conoce este lugar y que yo le acompaño a conocerlo la tranquiliza. Por otro lado, con Pelayo voy poniendo palabras que nombran las salas, las personas que allí nos encontramos, el saludo y la despedida, y también el "pom-pom-pom" de llamada a la puerta.

Poco a poco, Pelayo irá deteniendo su mano en la manija de la puerta a la espera de que yo llame, más adelante será él mismo quien golpee con los nudillos antes de entrar.

Las puertas irán ordenando espacios, y en una ocasión en que entra a mi sala se detiene por un instante ante el ordenador: golpetea las teclas y yo puntúo su golpetear. A partir de ahí las sesiones se articularán entre los recorridos y el ordenador.

Pero en los recorridos se instalará un cambio: en la institución encontramos diversos tipos de puertas, que yo nombro en su diferencia. No sólo abren a espacios diferentes, sino que son en sí mismas diferentes (normal, corredera, pequeñita, de cierre retardado). Ya no se tratará tanto de abrir las puertas, sino de interesarse por esta diferencia -al menos esto es lo que yo introduzco y él parece aceptar-, y le permite una detención en su deambular. Esto nos lleva a pasar mucho tiempo en la sala de espera, donde se encuentra la puerta de la secretaría y la puerta de entrada al centro. En ocasiones esto provoca comentarios de alguna mamá, ante la que digo que es que son ellos los que no se fijan, que nosotros estamos investigando los diferentes mecanismos y que son muy interesantes.

Señalar la elección

Por este tiempo el estar de Pelayo se ha hecho ya mucho más tranquilo, acepta mi presencia junto a él (esto ocurrió muy pronto), y va prolongando su estancia en la sala un poquito más. En cuanto al ordenador se produce también un cambio: al principio su interés era sobre este teclear -no aceptando mi propuesta en torno a lo que aparecía en la pantalla-, pero comienza a interesarse por pequeñas viñetas de dibujos animados. Cada vez, yo señalaba su elección, y él, de entre una gran cantidad de escenas, iba eligiendo unas pocas, siempre las mismas:

para indicarlas las señalaba en la pantalla, sin mirarme. Si a veces me encontraba despistada tomaba mi mano y la llevaba al ordenador.

Estamos aquí a cuatro meses del inicio del tratamiento, y en una ocasión encuentro a la mamá sentada en la sala de espera, desencajada. Me siento allí mismo a hablar con ella y me dice que durante el fin de semana le han quitado a Pelayo el pañal llevándole al wc y que Pelayo está mal, que han vuelto los cabezazos en la pared y el golpearse. Aunque ha vuelto a ponerle el pañal, está asustada por el efecto que ella ha provocado en su hijo y además me dice que está embarazada y teme que sea contraproducente para Pelayo. Por mi parte la restituyo en su papel de madre, le digo que me parece que aún no es el momento para iniciar con Pelayo el control de esfínteres, pero que entiendo que ella quisiese probar, y sobre todo incido en que es muy importante lo que ha hecho: escuchar a su hijo, tomar en cuenta su respuesta y actuar consecuentemente volviendo a ponerle el pañal. Además, le doy la enhorabuena por su embarazo haciéndole saber que hay tiempo por delante para preparar a Pelayo para el nacimiento del bebé, y que no necesariamente tiene porqué tomarlo mal.

Señalo esta intervención porque marcó realmente un antes y un después en el modo en que la mamá se situó con su hijo, en el modo de entenderle y de responderle. Algo se fue aligerando en ella, y a lo largo de todo este tiempo he recibido con una alegría compartida las pequeñas anécdotas cotidianas que hablaban de un niño que estaba cada vez más ahí.

Pelayo y yo continuábamos con nuestros recorridos, pero la aparición de su interés por las viñetas del ordenador hizo que al poco las sesiones se desarrollasen únicamente en la sala, reservando su interés por las puertas a la puerta del Centro en el momento de la despedida. Conforme su estancia en la sala se hacía más prolongada y constante, fui introduciendo una pequeña contrariedad: a veces el ordenador estaba apagado, introduciendo así el tiempo de

espera. Yo me quejaba del ordenador, que tardaba mucho tiempo en encenderse, y le proponía que si quería podía jugar con otra cosa mientras, y que yo le avisaría cuando estuviese encendido. Así, Pelayo pasó a jugar con una pequeña casita que hay en un rincón (también con una puerta) y con un tren de madera que a veces quedaba montado del trabajo con otro niño en una sesión anterior. Luego comenzábamos con las viñetas del ordenador, y no fue sino más adelante que me di cuenta de que en casi todas las que elegía había puertas. Por mi parte, sentada a su lado, iba teatralizando con la voz partes de las escenas -todas eran viñetas mudas, excepto dos en las que había una canción-, y a veces Pelayo sonreía.

Y ocurrió que un día la mamá del niño que atendía antes que a él, se retrasó. Escuché a Pelayo molesto en la sala de espera, y decidí probar. Invité a Pelayo a entrar junto con el otro niño.

Allí estábamos los tres ante la pantalla del ordenador. Yo en medio, a un lado Pelayo señalando las viñetas que elegía, y al otro lado el otro niño ocupado con plastilina. En un momento dado estoy atenta al otro niño y para mi sorpresa Pelayo me da un codazo, me mira y me señala la pantalla: estaba a punto de salir una parte de las que a él le gustaban. Esta vez una carcajada rompió la pastosidad de su silencio, carcajada que por supuesto compartí con íntima emoción.

La palabra y la voz

Esta sesión marcó un viraje. Pocas sesiones más tarde, Pelayo toma un pedacito de plastilina que hay sobre la mesa y la pone en mis manos, conminándome a hacer algo. Como yo no entendía, se fue al dibujo que un niño había hecho de una casa y que estaba pegado en la pared y señaló la puerta. Hice para él una puerta con la plastilina.

Esto, que ocurre a los 8 meses del inicio inaugura un largo período que llega hasta el final de los tres años de trabajo que planteo aquí, y en el que daré cuenta de algunas variaciones.

En principio, y a su pedido, hice muchas puertas, grandes, pequeñas, de todos los colores… Si a veces no había plastilina en la sala, le proponía ir a otra sala a pedirla, lo que hacíamos de manera muy educada y cortes. Aprovechaba esto para presentarme en falta, para introducir la remisión a otros, y para establecer a través de la demanda un rodeo por el otro, ocupándome yo de poner las palabras. En ocasiones, aunque teníamos plastilina, me solicitaba un color del que no disponíamos, y lo íbamos a buscar. Y para hacerme entender qué color quería, señalaba éste en su camiseta o en algún objeto de la sala.

Comenzó también el tiempo en que quería llevarse algo de la sala al salir: al principio y más generalmente aquello que habíamos hecho, luego otros objetos. Y al poco comenzó el también a traer algo de su casa.

Pronto comenzó a ampliar su pedido señalando en el dibujo no sólo la puerta, sino las ventanas, el tejado, la chimenea, el humo. Me pidió un árbol, señalándolo en un juguete. Me pidió que hiciese una mamá, primero llevándome a la sala de espera y tocándola para hacerme saber, luego señalando la puerta -tras la que se encontraba su madre en la sala de espera-, y más adelante diciendo "mamá". Me pidió que le hiciese a él, señalándose en el pecho. Yo iba nombrando las partes del cuerpo mientras las hacía, y pronto él mismo empezó a tocarlas en su cuerpo para indicarme. Mi docilidad tuvo un premio, Pelayo me dio un nombre (gesto de frotarse las manos manejando la plastilina), algo que pienso nombraba al Otro moldeable que en mi modo de acompañarle intentaba semblar para él.

Intenté introducir el dibujo de aquellos elementos que me proponía, aún haciéndolos luego de plastilina y colocándolos encima, pero esto era algo que a él no le interesaba, así que lo dejé. De hecho, aún a día de hoy en que sus avances son espectaculares, no se trata de la bidimensionalidad, no hay interés por la imagen en el espejo aunque muchas sesiones se desarrollan junto a él.

Cada tanto yo iba haciendo intentos por incluir nuevos elementos, por ejemplo las construcciones. Esto sí lo aceptó, y muchas veces me pedía hacer una casa en la que él manejaba la puerta para hacer entrar o no un pequeño muñequito.

Un día, casi al final de la sesión entró la mamá para comunicarme algo. Pelayo estaba jugando en el suelo con las construcciones de espaldas a la conversación. La mamá preguntaba por ese interés tan especial de su hijo por las puertas, y cuando yo le dije “Es que las puertas son muy importantes”, Pelayo se volvió hacia mí, sonrió y siguió jugando.

Por ese tiempo (a casi un año del inicio) nació su hermanita, a la que según la mamá Pelayo miraba con curiosidad, y a veces colocaba en su cuna alguno de sus juguetes.

Y Pelayo seguía ampliando el mundo. La sala se convirtió en un gran pictograma señalándome para que yo hiciese con plastilina el sol y la nube de un dibujo, aviones que volaban hasta el sol y hasta la nube, y coches y trenes buscando en la sala juguetes para indicarme, y barcos y peces. Y en la puerta, señalándome la de la casita, incluimos también, además de la manija, un timbre. Yo iba nombrando todo aquello que él me indicaba que hiciese.

Pelayo no hablaba, pero decía muchas cosas, y muy fundamentalmente se hacía muy sensible la clara intención de dirigirse al otro y de hacerse entender.

De todos estos elementos, se fueron decantando algunos que centraron de manera intensa su interés. Del sol, las nubes, la luna y el avión, pasamos a las naves espaciales y los planetas. De hecho se hizo todo un experto.

En el tiempo de los planetas surgieron nuevas palabras “zul” (la Tierra, el planeta azul), “jo” (Marte, el planeta rojo), pero sobre todo comenzó a inventar un vocabulario particular hecho de gestos que implicaban su cuerpo y en el que se incluían algunos sonidos onomatopéyicos, al tiempo que abandonaba el señalar. Traigo Saturno (cruce de brazos alrededor del cuerpo) como exponente de este tiempo, y además porque se destaca al incluir dos elementos la bola y el anillo.

Básicamente, se trataba de que yo construyera con plastilina aquello que decía, y luego él tomaba la nave espacial y la llevaba hasta el planeta elegido, ida y vuelta. El manipulaba estos elementos y me miraba esperando que yo pusiese la voz a las palabras y a las escenas que desarrollaba. Esto una y otra vez.

Cuando realizábamos esto con el soporte del ordenador, o con cuentos del espacio que llevé a la consulta, esto daba juego para incluir los detalles, algo a lo que Pelayo estaba muy atento. En una ocasión en que hay que hacer un montón de ventanitas, tomo un lápiz para hacerlas agujereando la plastilina, y le digo que me canso, que tal vez él pudiera ayudarme. Lo hace.

Y a partir de ahí acepta que le incluya para poner algún detalle, y luego comenzará él mismo a construir, repartiéndonos el trabajo. Es entonces que hace surgir las puertas en las naves espaciales y los astronautas.

Una de las escenas que por entonces me cuenta la mamá se desarrolla en la consulta de la pediatra, donde Pelayo se interesa por las cosas que hay allí. La doctora dice que a lo mejor de mayor le gustará ser médico, y la mamá me dice que Pelayo, con gestos (que me muestra y son muy claros) dice que no, que él de mayor será astronauta.

En paralelo a esto comienza también a jugar con una casita de madera y los personajes que hay en ella y que nombra y distribuye: la "mamá" con Pelayo, el "papá" y la "tata", y yo misma. La escena es siempre la misma: el papá con la tata en la bañera, la mamá y él, se despiertan los monta en un coche con conductor y van hasta la casita en la que estoy yo, saludos, adiós, y vuelta a empezar. Apaga la luz (dormir) y la vuelve a encender (despertar), a veces los pone sentados alrededor de una mesa, y otra vez al coche. En una ocasión digo al conductor que a lo mejor Pelayo le invita a un desayuno: un "No" alto y claro es su respuesta.

Me pide también que escenifique el cuento de los tres cerditos. El dentro de la casita y sujetando con fuerza la puerta, y yo haciendo el papel de un lobo feroz de pacotilla, que no consigue entrar a la casa y que cuando se quema en la chimenea y se va corriendo, le da mucha risa.

Un día pone al niño sentado en el wc de la casita de madera. A la salida hablo con la mamá de que tal vez puedan ir iniciando la cuestión del control de esfínteres, y la mamá se muestra temerosa. Pelayo me hace sentar junto a su madre para que siga hablando de esto. Como efecto de esta conversación Pelayo en ocasiones señalará y pedirá ir a hacer pis al wc.

Estamos aquí a un año y medio desde nuestro primer encuentro. Durante el tiempo siguiente las sesiones siguen en la misma línea, pero se van ampliando los elementos que va trayendo y complejizando las escenas.

Hacia el verano la mamá me dice que estaban en casa hablando de las vacaciones, y que ante la pregunta de dónde quiere ir Pelayo si a la playa o a la montaña, se encuentra con la sorpresa de que Pelayo responde contento "A la playa, mamá". Luego vuelta al mutismo sonoro.

En septiembre me dice que en alguna ocasión le ha encontrado diciendo alguna palabra pero como con cuidado, como rompiendo las sílabas, separándolas mucho. Y un poco más adelante, que lo ha encontrado diciendo una de sus palabras, "mamá", en diferentes tonos. Converso con ella transmitiéndole que Pelayo está experimentando con la sonoridad de la propia voz. En cuanto al pañal, ya no lleva, Pelayo controla esfínteres, pero para la caca pide que le pongan el pañal. Hay la dificultad de desprenderse de ella en el wc.

En las sesiones, en cuanto a los elementos espaciales, además del astronauta, entran también en juego los caballeros, los robots, y también los personajes de Angry birds, de entre los que se destaca el cerdito verde ("jjjj erde"). Me pide que haga Saturno, pero con el anillo más grande, de modo que la bola pase por él.

En el juego comienza a colocarme a mí en la casita y él trae la nave espacial, rasga un poquito con la uña (puerta), coge una bolita minúscula (astronauta) y viene a la casita y llama al timbre. Saludos y despedida. Voy introduciendo que a lo mejor el astronauta está cansado y

quiere dormir un poco (apaga y enciende la luz) y que tal vez tenga hambre y podíamos prepararle una comida (va a buscar la caja de comiditas y elige).

Comenzar a hablar

Un día ocurre algo diferente. Sentado en el suelo toma uno de los muñequitos habituales y también otro que nunca había tomado y que era radicalmente diferente (negro y marrón oscuro). Este último pega al muñequito. Me llama la atención porque en esta ocasión no me pide que ponga palabras. A la salida la mamá me dice que ha habido un incidente en el colegio, que un niño le ha invitado a ir a jugar con él a una casita y le ha pegado con saña, siendo los compañeritos los que han avisado a la profesora. Un amago de esta escena se repetirá antes de la próxima sesión.

A la siguiente sesión, Pelayo juega con sus muñequitos. Pero vuelve a tomar el muñeco negro y se repite la escena. Esta vez, aunque él no me lo indica, digo que ya basta, que el muñequito puede decir "no" y marcharse a jugar con sus amigos. Pelayo aparta al muñeco negro y sigue jugando con los otros muñequitos.

A la semana siguiente la mamá me dice que Pelayo ya "habla". Que está comenzado a decir palabras, muchas palabras. Y me nombra dos acontecimientos, que no puedo dejar de poner en relación: Uno, en la fila del colegio, cuando el otro niño le agarra para que vaya con él, Pelayo le aparta y dice "No" y se queda con sus compañeros. Dos: Pelayo ya hace caca en el wc.

A partir de entonces y hasta el día de hoy Pelayo se hace entender cada vez más con palabras, no sólo con palabras sueltas sino con frases de todo tipo y cada vez más largas, y conforme esto iba entrando en lo cotidiano ha ido dejando atrás los gestos. Es cierto que para entenderle aún hace falta situarse en el contexto de lo que trae, que su dicción no es del todo clara, que aún habla como a golpes de voz, pero de día en día se hace más clara su toma decidida y alegre de enunciación.

Hasta aquí el desarrollo del caso. Creo que pueden extraerse distintos puntos de enseñanza, al menos así es para mí. El más llamativo tiene que ver con el tratamiento que realiza Pelayo con la palabra y la voz.

Del primer tiempo extraeré un modo de situarse ante el niño y de hacer uso de la institución que es deudor de la orientación de la práctica à plusieurs. Aceptar aquello que el niño trae y aceptar ponerlo en juego en la institución de la manera en que él lo requiere, evitando el planteamiento reduccionista de que el trabajo ha de realizarse en la sala indicada para ello. Este niño, que venía sin cuerpo, a través de los recorridos explora a la institución como un cuerpo, con sus orificios de apertura y cierre, un cuerpo dócil a él pero también ordenado. Considero que mi presencia tranquila, no demandante, contribuye a ello.

Pero es que además, estos recorridos que se desarrollan ante la presencia de la mamá en la sala de espera, dan lugar a intervenciones livianas ante los padres que poco a poco van incorporando algo de este dirigirse a Pelayo de un modo en que ellos mismos pueden situarse en el lugar de partenaires-padres.

Llamé al segundo tiempo *señalar la elección* para diferenciarlo de *confrontar* a la elección, algo que puede resultar insoportable en lo que comporta de demanda. *Señalarla* apunta a otro lugar, indica tomar constancia, nombrarla como un decir del sujeto. Sabemos con Lacan del valor performativo que toma la elección en la operación de la alienación, y aunque aquí no se trata de lo mismo, por mi parte señalar la elección iba en la dirección de apuntar al sujeto.

Luego fue la sorpresa de la mirada y la risa, y el viraje que se produjo. He de decir que no es el primer caso en el que a partir de la risa, algo cambia. Propongo tomarlo como un recorte de goce.

No puedo dejar de indicar la contingencia que propició la introducción del otro niño, y que encontramos el rastro de los otros niños en su interés por la plastilina y los dibujos de la pared.

Pero lo que me parece todo un regalo para nosotros es el tratamiento que Pelayo da a la palabra y la voz.

"Los autistas se escuchan ellos mismos", dice Lacan. *"Rechaza ceder el objeto de su goce vocal"*, indica Jean-Claude Maleval. De pronto estas frases tomaron para mí toda su potencia y claridad. Extraer el objeto voz implica situarlo en el campo del Otro, y recibirlo como viniendo de afuera, entendiendo este afuera en su paradoja, como extimidad. ¿Y no es esto lo que Pelayo hacía de una manera un poco ortopédica, cada vez que me pedía que pusiese la voz a sus palabras? Separar la voz de la palabra, situar la voz en un Otro dócil, aunque aún la voz *propia* seguía retenida.

Tal vez pudiera decirse que para hablar es preciso que se instale la separación y el velamiento entre oír y escuchar. Esto se observa de manera clara cuando por algún extraño mecanismo al hablar por el teléfono en ocasiones se produce una especie de desajuste temporal en el que el teléfono nos devuelve nuestra propia voz en eco, y entonces se hace la experiencia de lo difícil que es hablar escuchándose. Hemos de hacer un movimiento que consiste en borrar la voz, en hacernos sordos a ella, para seguir diciendo.

"Una voz -dice Lacan- *no se asimila, se incorpora"*. Difícil incorporarla cuando no se dispone de cuerpo. Pelayo no disponía del cuerpo del espejo, pero hizo todo un trabajo sobre el cuerpo a través de las palabras-gestos que lo implicaban, palabras-gestos a tomar más bien en la dimensión del signo que del significante, en el sentido de que a diferencia del significante no borran la cosa designada. A falta del cuerpo del espejo, construyó un cuerpo hecho con trajes de astronautas, armaduras de caballero y robots, trajes en los que ahora produce el recorte del casco.

"Algo debe extraerse del cuerpo para que un elemento diferente pueda luego entrar en la lengua del sujeto", señala Eric Laurent en *La batalla del autismo*. No puedo dejar aquí de relacionar el movimiento subjetivo de poder separarse de su posición de objeto de goce del Otro -presentificado en el niño pegón-, y poder separarse de las cacas, y vincular ambos movimientos a la emergencia de la voz.

En el título situé *la puerta*, aquello que dio inicio a nuestro trabajo, y que ha persistido hasta la actualidad. Un primer elemento, una primera baliza, en el caos que él traía.

Situé *Saturno* como el tiempo de apertura a la palabra, a la dirección al Otro, y que introdujo nuevos hitos en el camino.

Y situé *el espacio espacial* porque ha sido y es un centro de interés muy importante, pero también, y sobre todo, porque entiendo que bien podemos tomarlo como un nombre de lo real para este niño. Del real caótico e inconmensurable, pleno de agujeros negros en los que caía sin fin, acompañé a Pelayo en su esfuerzo por poblarlo con planetas, astronautas y caminos de ida y vuelta en los que poquito a poco él mismo consentía a un lugar para el Otro.

g.viscasillas@gmail.com

De lo real del pasaje al acto a lo imaginario de la emoción

Sophie Le Goff

Psicóloga clínica. Actualmente es directora terapéutica en Le Courtil, Institución Psicoanalítica, Bélgica.

Cuando conozco a Eric, de 21 años, "deambula por la institución dando grandes zancadas, de modo tal que todo su cuerpo adopta un movimiento de péndulo. A veces, se detiene, con los brazos cruzados y la cabeza levantada hacia arriba y emprende un interrogatorio incesante y punzante sobre tal o cual detalle de su vida diaria, esperando -a veces con deleite y otras con angustia- que el otro le entregue siempre la misma respuesta" (Le Goff, 2012), develándonos así la importancia que tiene para él mantener la inmutabilidad de su mundo. Asimismo se esfuerza por dominar la ausencia de garantía del Otro, gracias a una serie de enunciados con los que acompaña sus demandas, tales como *no te olvides, es importante*, *decís eso para que te deje en paz*, *no podés cambiar de opinión*, *no inventes historias*. A sus dos años, Eric se vio confrontado a la muerte de su hermana menor, aquejada de una grave enfermedad y de tan sólo unos meses de vida. Es ya por esta época que los padres de Eric advierten la aparición de sus primeras dificultades. Antes de su llegada a Courtil, Eric rechaza cederle al Otro parental el objeto anal. Según sus padres, esparce sus excrementos sobre las paredes y suele introducirse objetos en el ano, como para tapar este orificio de su cuerpo, revelando su imposibilidad de separarse de estos fragmentos de cuerpo que constituyen los excrementos. Según Eric, cuando era *chiquito* tenía mucho miedo a los inodoros, especialmente a las *cañerías*. Cuando llega a Courtil a la edad de diez años, se dibuja sentado sobre las rodillas de su madre, sobre los inodoros, con pedazos de excrementos circulando por las cañerías del baño.

El objeto autista, condensador del goce: la montaña rusa

Sin embargo, en sus dibujos las cañerías del baño son sustituidas poco a poco por la montaña rusa, atracción en la que el niño se sienta sobre las rodillas de su mamá. Según Lacan, el autista "se precipita […] en un sistema donde los objetos se sustituyen unos a otros. […] Despliega y articula así todo su mundo. Pasará luego de la palangana al radiador eléctrico, a objetos más y más elaborados" (Lacan J., 1991, pag. 137/8). Esta cadena metonímica de objetos va a constituir poco a poco un borde pulsional, sirviéndose de la interfaz entre el sujeto y el mundo, gracias al objeto autista, condensador de goce, el doble o el Otro de Síntesis (Maleval J.C, 2011). Eric dibuja sus miedos y localiza el goce pulsional anal en un objeto autista fuera de cuerpo, la montaña rusa. A propósito de la montaña rusa, me confiesa: "La montaña rusa me excita, pero también me da miedo". El objeto anal se declina y salpica sus producciones artísticas, en las cuales pega imágenes de pañales Pampers recortadas de las revistas. Inventó una "falsa piscina eléctrica", donde "el agua nunca se va por el agujero". Por otra parte, el "cohete ser humano" "hace caca en platillos voladores de planetas cacas". En los parques de Eric, hay un "lavabo para poder cambiar los pañales de los bebés con un papá o una mamá" y "baños para que las personas puedan hacer número uno o número dos". "El lavabo con los baños, la Dragéotriga, es una atracción sobre dos chicos que se sientan sobre su papá y su mamá y es una montaña rusa en la oscuridad."

El doble imaginario: los personajes

Eric también crea personajes insólitos con nombres y formas extraños, que constituyen dobles imaginarios tranquilizadores y le permiten contrarrestar el enigma del deseo del Otro. Según Eric, uno de ellos, Rutunila, es "el que siempre piensa cosas y todas se cumplen. Por ejemplo, si quiere ir al parque, puede ir al parque. Si quiere ir en Tijivi, puede ir en Tijivi. El Tijivi es el tren que inventé. Y cuando Rutunila se vuelve irracional y quiere que no se diga nada, la persona no dice nada. Y en verdad es falso, nunca existió. En verdad, cuando Rutunila quiere que no contemos la realidad, no contamos la realidad. Y cuando Rutunila

piensa en el taladro, el taladro viene solo, por Rutunila. Y cuando Rutunila no quiere ir a la escuela, no está obligado a ir a la escuela."

El Otro de síntesis: los parques de atracciones imaginarios

La invención de su mundo imaginario de parques de atracciones parece constituir un Otro de síntesis, permitiéndole paliar la falta en el Otro, S(Ⱥ), que se declina de la impostura del lenguaje al enigma del deseo del Otro, pasando por la angustia de muerte. Así, cuando Eric no deja de interrogarme sobre la significación de la palabra *impostura* y busca en vano una imagen de esta palabra en internet, le propongo dibujarla. Inventa entonces la "atracción land imposture land": "es una máquina para jugar a la impostura, para simular jugar a engañar al otro y mentirle sobre alguien". En esta atracción un personaje dice "la pretensión de los terroristas de actuar en nombre de los pobres" y otro le responde: "es una flagrante impostura". Es una cita de Juan Pablo II que Eric encontró en internet, en su investigación sobre la significación de esta palabra. Poner en imagen esta palabra extraña apaciguó sus interrogatorios incesantes respecto a su sentido. Eric también creó neologismos con el fin de nombrar las atracciones o los personajes que inventa. Estas palabras a veces son impronunciables excepto que se deletreen sus letras, como Wgye o Tyvbgrgb. Estos neologismos herméticos ¿no intentan asignar un sentido idiosincrático y unívoco al lenguaje? Asimismo, Eric se pone a salvo del capricho del Otro gracias al "Parque Eric sin castigos". "Es una cárcel de juguete", que simula castigar. También dibuja una "montaña rusa en guerra". Se inspiró en "un búnker construido por la Alemania nazi, que servía de base para el lanzamiento de cohetes durante la Segunda Guerra Mundial…" En los túneles se "simula disparar cohetes para matar a las personas. Es una simulación de la guerra", "hay falsos muertos". Hay un "ataúd" y "revólveres de juguete". Gracias al semblante, Eric intenta domesticar lo real de la muerte y la ferocidad del Otro, de esos "malvados que hacen cualquier cosa sobre la tierra", que hacen la guerra, lanzan bombas para demoler las casas,

matan y luego van a la cárcel. Pero todo eso, “es falso porque es semblante… Simulamos morir y en verdad, nunca morimos…” (Le Goff, 2015).

Gracias a su creación artística, Eric opera un anudamiento entre un objeto autista, condensador de goce (Real): la montaña rusa, los dobles (Imaginario): los personajes, y un Otro de síntesis (Simbólico): los parques de atracciones. La invención de su mundo imaginario privilegia la imagen (o el signo) más que la palabra (o el significante), y le permite suplir la ausencia de garantía del Otro, que vuelve al mundo tan imprevisible. Si antes Eric podía golpearse la cabeza contra una pared cada vez que un imprevisto venía a perturbar la inmutabilidad de su mundo, ahora en cambio, se pone a llorar, develándonos la evolución de su modo de respuesta subjetiva, del real del pasaje al acto a lo imaginario de la emoción.

sofylegoff@wanadoo.fr

Traducción al español por Lorena Buchner

Referencias bibliográficas

- Lacan, J., *El Seminario, Libro 1, Los escritos técnicos de Freud*, [1953-54], 1991, Paidós, Buenos Aires.
- Le Goff, S., “Du bordage du trou à l’abordage du langage”, mayo 2012, *Courtil en lignes nº 4*.
- Le Goff, S., “De la marionette du langage au metteur en scène de la jouissance”, Octubre 2015, *Courtil en lignes nº 18*.
- Maleval, J.-C., *El autista y su voz*, 2011, Gredos, Madrid.

Du réel du passage à l'acte à l'imaginaire de l'emotion

Sophie Le Goff

Psychologue clinicienne. Directrice thérapeutique au Le Courtil, Belgique.

Lorsque je rencontre Éric à 21 ans, « il déambule dans l'institution en faisant de grandes enjambées, tout son corps suivant dans un mouvement de balancier. Parfois, il s'arrête, les bras croisés, la tête levée vers le ciel et se lance dans un questionnement incessant et lancinant sur tel ou tel détail de son quotidien, attendant parfois avec délectation, parfois avec angoisse, que l'autre lui délivre toujours la même réponse »[1], et nous dévoilant l'importance pour lui de maintenir l'immuabilité de son monde. De même, il s'évertue à maîtriser l'absence de garantie de l'Autre, grâce à une série d'énoncés, dont il ponctue ses demandes, tels que « n'oublie pas, c'est important » ; « tu dis pas ça pour avoir la paix » ; « tu vas pas changer d'avis » ; « tu racontes pas d'histoires ». À l'âge de deux ans, Éric a été confronté à la mort de sa petite sœur, atteinte d'une grave maladie et âgée de quelques mois. C'est à cette époque que les parents d'Éric repèrent la survenue de ses premières difficultés. Avant son arrivée au Courtil, Éric refuse de céder à l'Autre parental, l'objet anal. Selon ses parents, il étale ses excréments sur les murs et il lui arrive de s'introduire des objets dans l'anus, comme pour boucher cet orifice de son corps, révélant son impossibilité à se séparer de ces bouts de corps que constituent les excréments. Selon Éric, quand il était « petit enfant », il avait très peur des toilettes, surtout des « tuyaux ». À son arrivée au Courtil, à dix ans, il se dessine assis sur les genoux de sa mère, sur les toilettes, des morceaux d'excréments, circulant dans les tuyaux des WC.

[1] Le Goff, S., « Du bordage du trou à l'abordage du langage », Courtil en lignes n°4, mai 2012.

L'objet autistique, condensateur de la jouissance: le Grand Huit

Cependant, dans ses dessins, les tuyaux des WC se substituent peu à peu au Grand Huit, manège dans lequel l'enfant est assis sur les genoux de sa maman. Selon Lacan, l'autiste « s'engouffre […] dans un système où les objets se substituent les uns aux autres […], il déplie et articule ainsi tout son monde. Et puis de la bassine d'eau, il passe à un radiateur électrique, à des objets de plus en plus élaborés. »[2] Cette chaîne métonymique d'objets va constituer peu à peu un bord pulsionnel, servant d'interface entre le sujet et le monde, grâce à l'objet autistique, condensateur de jouissance, le double ou l'Autre de Synthèse[3]. Éric dessine ses peurs et localise la jouissance pulsionnelle anale, dans un objet autistique hors corps, le Grand Huit. À propos du Grand Huit, il me confie « ça m'excite le Grand Huit, mais ça fait peur aussi ». L'objet anal se décline et parsème ses productions artistiques, dans lesquelles il colle des images de couches Pampers découpées dans les magazines. Il a inventé « une fausse piscine électrique », où « l'eau ne part jamais dans le trou ». De même, la « fusée être humain » « fait des crottes en soucoupes volantes, des planètes crottes ». Dans les parcs d'Éric, il y a une « salle de bain pour pouvoir changer les couches des bébés avec un papa et une maman » et « des toilettes pour que les personnes puissent faire leur petite ou grosse commission. » « La salle de bain avec les toilettes, la Dragéotriga, c'est une attraction sur les deux enfants qui s'assoient sur leur papa et leur maman et c'est un Grand Huit dans le noir. »

Le double imaginaire : les personnages

Éric crée également des personnages insolites aux noms et aux formes bizarroïdes, qui sont autant de doubles imaginaires rassurants, lui permettant de parer à l'énigme du désir de

[2] Lacan, J., *Les écrits techniques de Freud, Séminaire I,* Paris, le Seuil, 1975, p. 100-101.
[3] Maleval, J-C., L'autiste et sa voix, éd Seuil, coll Champ Freudien, 2009.

l'Autre. Selon Éric, l'un d'eux, Rutunila est « celui qui pense toujours des choses et que tout se réalise. Par exemple, s'il veut aller au parc, il peut aller au parc. S'il veut aller en Tijivi, il peut aller en Tijivi. Le Tijivi, c'est le train que j'ai inventé. Et Rutunila quand il n'est pas raisonnable, quand il veut qu'on ne dise rien, la personne dit rien. Et en fait, c'est faux, ça n'a jamais existé. En fait, Rutunila quand il veut qu'on ne dise pas la réalité, on ne dit pas la réalité. Et Rutunila quand il pense à la perceuse, ben la perceuse, elle vient toute seule à cause de Rutunila. Et quand Rutunila, il ne veut pas aller à l'école, il n'est pas obligé d'aller à l'école. »

L'Autre de synthèse : les parcs d'attractions imaginaires

L'invention de son monde imaginaire de parcs d'attractions semble constituer un « Autre de synthèse », lui permettant de pallier au manque dans l'Autre S(Ⱥ), qui se décline de l'imposture du langage, à l'énigme du désir de l'Autre, en passant par l'angoisse de mort. Ainsi, alors qu'Éric ne cesse de me questionner sur la signification du mot « imposture » et cherche en vain une image de ce mot sur internet, je lui propose de le dessiner. Il invente alors le « manège land imposture land » : « c'est une machine pour jouer à l'imposture, pour faire semblant de jouer à tromper l'autre et à mentir sur quelqu'un. » Dans ce manège, un personnage dit « la prétention des terroristes d'agir au nom des pauvres » et un autre lui répond « est une flagrante imposture. » C'est une citation de Jean-Paul II qu'Éric a trouvée sur internet, lors de sa recherche sur la signification de ce mot. Mettre en image ce mot étrange a apaisé ses questionnements incessants quant à son sens. Éric crée aussi des néologismes afin de nommer les manèges ou les personnages qu'il invente. Ces mots sont parfois imprononçables sauf en en épelant les lettres, comme Wgye ou Tyvbgrgb. Ces néologismes hermétiques ne tentent-ils pas d'assigner un sens idiosyncrasique et univoque au langage ? De même, Éric se met à l'abri du caprice de l'Autre, grâce au « Parc Éric pas punition ». « C'est une prison en jouet », qui fait semblant de punir. Il a aussi dessiné un « Grand Huit en guerre ». Il s'est inspiré « d'un bunker construit par l'Allemagne nazie et

servant de base au lancement des fusées, durant la seconde Guerre Mondiale... Dans les souterrains, on « fait semblant de tirer des fusées pour tuer les personnes. C'est une simulation sur la guerre », « il y a des faux morts ». Il y a un « cercueil » et des « revolvers en jouets ». Grâce au semblant, Éric tente de domestiquer le réel de la mort et la férocité de l'Autre, de ces « méchants qui font n'importe quoi sur la terre », qui font la guerre, lancent des bombes pour casser les maisons, tuent, puis vont en prison. Mais tout cela, « c'est faux parce que c'est du semblant… On fait semblant de mourir et en fait, on ne meurt jamais… ». »[4]

Grâce à sa création artistique, Éric opère un nouage entre un objet autistique, condensateur de jouissance (Réel) : le Grand Huit, les doubles (Imaginaire) : les personnages et un Autre de synthèse (Symbolique) : les parcs d'attractions. L'invention de son monde imaginaire privilégie l'image (ou signe) plutôt que le mot (ou signifiant) et lui permet de suppléer à l'absence de garantie de l'Autre, qui rend le monde si imprévisible. Si auparavant, Éric pouvait se frapper la tête contre un mur, lorsqu'un imprévu venait bouleverser l'immuabilité de son monde, désormais, il se met à pleurer, nous dévoilant l'évolution de son mode de réponse subjective, du réel du passage à l'acte à l'imaginaire de l'émotion.

sofylegoff@wanadoo.fr

[4] Le Goff, S., « De la marionnette du langage au metteur en scène de la jouissance », Courtil en lignes n°18, oct 2015.

Una reflexión sobre la Affinity therapy

De la autoterapia al reconocimiento de la letra

Christophe Le Poëc

Psicólogo clínico. Actualmente es interviniente en Le Courtil, Institución psicoanalítica para niños y jóvenes con dificultades psíquicas y sociales, con sede en Bélgica, formando parte de RI3 (Red Internacional de Instituciones Infantiles del Campo freudiano). Fue rotante de la cigarra durante los años 2009 y 2013, y desde entonces mantenemos un intercambio rico y permanente.

La hipótesis de una estructura autística defendida por los Lefort a partir de 1996 constituyó un acontecimiento para los clínicos y teóricos del campo lacaniano que reciben a estos sujetos o que se preocupan por ellos. En Rennes, impulsada por las investigaciones y el compromiso de Jean-Claude Maleval, una comunidad se formó intentando aislar los detalles sutiles que en la práctica nos permiten deducir una estructura subjetiva. Además del interés epistemológico, la hipótesis estructural implica, y allí está su principal interés, una orientación en la clínica.

Queremos interrogar aquí un nuevo acontecimiento que cobró un peso particular en la manera que escogieron los colegas de Rennes para testimoniar públicamente acerca de su trabajo y de la formalización de su práctica.

El concepto de *Affinity Therapy* acuñado por Ron Suskind ha sido tema de actualidad en los Estados Unidos y ampliamente destacado por el equipo de Rennes. La organización del coloquio internacional "Affinity Therapy" reunió en Rennes a numerosos actores del RI3, a catedráticos universitarios, a autistas que acudieron a dar testimonio, pero asimismo a padres entre quienes se encontraban Ron y Owen Suskind. Las actas de este coloquio [1] han sido publicadas en una obra del mismo nombre que se convirtió en un pequeño éxito editorial.

La emergencia de este nombre y la promoción de este enfoque en los Estados Unidos entró particularmente en resonancia con la preocupación de estos clínicos del campo freudiano

tanto en sus cuestiones clínicas como políticas.

¿Qué es la Affinity Therapy? Antes de ser un enfoque, un método y una orientación de trabajo con el niño autista, se trata de una experiencia inaugural, eminentemente singular, puesto que tuvo lugar en el seno de una familia, los Suskind. Esta experiencia habría podido permanecer en su estatuto de revolución privada, como un acontecimiento sin precedente para esta única familia, si la voz de Ron Suskind, periodista, antiguo responsable del servicio político del *Wall Street Journal* y Premio Pulitzer, no hubiera alcanzado a hacerse oír.

Volvamos sobre este episodio. Owen Suskind, quien a la edad de tres años dejó de utilizar la palabra para comunicarse, había conservado de sus primeros años su interés por las proyecciones de películas de Walt Disney que miraba junto a su hermano Walter, quien se ocupaba de pasarle delicadamente el brazo alrededor de la cintura. Un eco sin embargo resonaba en el silencio de Owen: "*Juice*", o "*Juicervoice*", ruido que no alcanzaba a inscribirse en ninguna interpretación de su entorno, y que permanecía allí, como un eco extraño gritando en la eternidad. Un día, Owen mira por enésima vez La Sirenita, siempre con la misma perseverancia. Úrsula, la bruja con tentáculos, expresa el trato que le propone a Ariel. Owen rebobina, luego vuelve a escuchar en bucle esta voz que en la repetición se hace oír: *"Go ahead, Make your choice, I'm a very busy woman, and I haven't all day, It wan't cost much, Just your voice"*[5]. La madre de Owen decodifica y Ron Suskind se dirige a su hijo: *"Just your voice! Is that what you're saying!"*[6] Owen lo mira y dice muy claramente: *"Juicervoice"*[7].

Esto provoca una explosión de alegría en casa de los Suskind. Un nuevo horizonte se dibuja. Deciden llevar a Owen al parque de Walt Disney y sostener su relación con este interés.

---

[5] *"¡Vamos! ¡Haz tu elección, soy una mujer muy ocupada y no tengo todo el día, no costará demasiado, sólo tu voz!".*

[6] *"¡Sólo tu voz! ¡Es eso lo que estás diciendo!"*

[7] *"Juicervoice".* Señalamos aquí la homofonía entre *"Juicervoice"* y *"Just your voice" (N del T).*

Frente al escepticismo de los especialistas, Ron y su esposa no se resignan. Otras sorpresas salen a la luz. Pronto, logran conversar con su hijo a través de los diálogos de las películas de Disney. Un día, mientras la fiesta de cumpleaños de Walter se acercaba a su fin, éste se muestra nostálgico, Owen toma la palabra: *"Walter doesn't want to grow up like a Mowgli or Peter Pan"*[8]. La hipótesis de Ron Suskind es clara: "Owen se sirve de este interés específico [...] como una máquina de decodificar, para descifrar los enigmas del mundo que lo rodea" [2].

Pero dejemos aquí la experiencia de los Suskind remitiéndolos a la lectura de su obra [3] para proponerles una reflexión sobre esta nueva nominación y su incidencia clínica a partir del encuentro con un niño autista en institución.

Agustín entró a Courtil a sus 8 años, habiendo recibido hasta entonces la enseñanza tradicional. No obstante, si bien con esfuerzo lograba sostener el ritmo escolar, se aislaba cada vez más.

De niño tenía un lenguaje restringido, aunque podía dar pruebas de un vocabulario a veces muy específico y de un nivel considerado superior al de su edad.

En el Courtil eran notables sus dificultades con los otros niños, cuya presencia no soportaba. Se aislaba todo el tiempo. Muy a menudo se derrumbaba, se tiraba al suelo, arrojaba objetos a los otros y gritaba. Agustín se interesó desde siempre por los programas de televisión, los dibujos animados y los videojuegos. Mantenía una práctica privada con elementos de estos soportes multimedia que se volvía manifiesta en las conversaciones solitarias que agitaban su cuerpo y que podrían ser tildadas de ecolalias diferidas.

Esta particularidad habría podido ser considerada como una rareza a reducir pero nuestra posición fue la de considerar aquello como una producción. A partir de esto Agustín pudo enseñarnos que encontraba cierto uso en estos estribillos ecolálicos. Nos dimos cuenta de que se servía de diálogos que tomaba prestados de las historietas para entrar en contacto con otros niños. Por supuesto, en un primer tiempo, el hecho de que el otro no respondiera exactamente

[8] *"Walter no quiere crecer como Mowgli o Peter Pan".*

al guión lo ponía en dificultades. Agustín se lanzó a un trabajo de afinación, mediante la repetición se volvió más exacto aunque su enunciado permanecía, en definitiva, absolutamente referido a algo preciso, a una situación ya encontrada en los medios de comunicación que constituyen su *afinidad*.

Agustín me dio a menudo testimonio de aquello de lo que habla Ron Suskind cuando dice que Owen utiliza la afinidad como un decodificador. Un día, mientras lo acompañaba a realizar su tarea escolar, Agustín parecía preocupado por uno de sus dientes que se movía. Le pregunto si va a pasar El Ratón y me responde con un tono monótono: *"Mi madre me dijo que era demasiado viejo para creer en esas tonterías". "¿Y Papá Noel?"*, le dije. Con el mismo tono: *"mi madre también me dijo que era demasiado viejo para creer en esas tonterías". "¿Pero antes cuándo eras más chico creías en eso?". "Sí". "¿Cómo era entonces para vos cuándo creías en eso?".* Con un tono mucho más animado responde: *"Me decía que Papá Noel, como iba tan rápidamente a entregar los regalos, era Sonic". "¿Y el ratón?". "Me decía que eran las hadas de Rayman"*[9].

Cuando evoca la *Affinity Therapy*, Jean-Claude Maleval habla de dos subversiones. La primera es que ésta *"se funda sobre las pasiones que a menudo se imponen al sujeto con una fuerza tal que a veces desbordan su voluntad"*. La segunda es *"que desplaza la dinámica del saber. Ya no se trata de transmitir un saber, sino de apoyarse en el saber del sujeto"*. Si esta segunda perspectiva representa un punto poco discutible de la ética psicoanalítica, la primera en cambio plantea justamente la cuestión de una orientación diferente para el autista de aquella que tomaríamos para un sujeto psicótico.

Si, como lo propone Colette Soler, las intervenciones del analista con un sujeto psicótico pueden dar cuenta *"del silencio testigo y del apuntalamiento del límite"* [4], la cuestión que realmente se plantea para el clínico es la del sostenimiento de este interés del niño autista por una cosa tan limitada y sobre todo tan avariciosa.

---

[9] Tanto Sonic como Rayman son personajes populares en el mundo de los videojuegos (N del T).

Recordemos que para la mayoría de los autistas, la afinidad específica les toma primeramente todo su tiempo y los mantiene al margen de los lazos sociales. Agustín pasaba varias horas repitiéndose diálogos de películas, Daniel Tammet números primos, Joseph Schovanec mapas de astronomía... La cuestión es saber en qué medida el sujeto no está completamente invadido por esta afinidad, en qué medida no es absolutamente hablado por ella, y si es verdaderamente juicioso acompañarlo en esta dirección[10]. Desde entonces, no sin experimentar algunas dudas, decidí interesarme por los videojuegos de Agustín. Me involucré poniéndome a jugar con él, pero de todas formas por fuera de la institución.

Estas dudas son bastante características de las cuestiones que plantea la orientación clínica con los autistas. Los objetos autísticos han sido igualmente considerados nocivos antes de comenzar a suponer su uso posible para la constitución de un borde [5]. Estas dudas también están muy presentes en los testimonios de los padres que han elegido sostener los intereses específicos de sus niños [6].

Otra pregunta puede plantearse en cuanto al tratamiento a través de la *Affinity Therapy*. ¿Si para el sujeto éste consiste sólo en frecuentar la afinidad, entonces no daría cuenta más que de la autoterapia? ¿Se trata sólo de reparar en la afinidad y proveer al sujeto la ocasión de entregarse a ella? ¿Qué hay del encuentro y del acto del clínico?

Escuchando las declaraciones de varios autistas, estos dan abundante testimonio de su interés y de la importancia que han tenido los otros para su desarrollo. Donna Williams habla del encuentro con su abuelo [7] que sabía hallar un nombre diferente para cada cosa. Nosotros podemos recordar que el acontecimiento en el caso de los Suskind no se produjo porque Owen miraba películas de Dysney, sino en el momento en el que Ron pronuncia un significante oído y que Owen acusa recibo de eso. ¿Qué podemos deducir con respecto a nuestra orientación?

Mientras que después de una conversación con Agustín sobre los videojuegos mi neurosis volvía a atraparme para derivar sobre un tema más vago pero socialmente más común, éste

[10] Podemos recordar el debate sobre los objetos autísticos (Tustin).

me responde sin rodeos: *"Christophe, en realidad prefiero continuar explicándote mis videojuegos"*. Tomé esta frase como una indicación en cuanto a mi lugar para él. No hay mucha variación, él es el profesor, y el guión es claro: me explica lo que para él hace mundo. Lo más interesante es el giro que se produjo en la práctica cuando me dispuse a adquirir un cierto saber sobre estos juegos. Lejos de atestarlo, esta nueva posición le permitió sostener conversaciones de una complejidad y una profundidad inéditas. No perduró en la posición de profesor ya que comenzó a plantearme preguntas precisas sobre la definición de palabras que escuchó en estos medios. Lo que cobró relevancia es que pudiéramos conversar a partir de un cierto número de puntos exentos de equívoco que le ofrecen el anclaje de su enunciado a la letra de los medios de su elección.

Muchos testimonios, y esto es completamente notable en la institución en la cual trabajo, evocan la afinidad particular de ciertos niños autistas con los *softwares* de reconocimiento de voz que ofrecen las grandes marcas de telefonía móvil. ¿No podríamos considerar aquí, entre otros, un lugar posible para el clínico cuando constatamos el despertar de Owen en el momento en que su padre reconoce y pronuncia su significante, o incluso cuando Agustín se anima ante la invitación a testimoniar acerca de su ficción para traducir el fenómeno de Papá Noel?

Proponemos pues que una perspectiva para el clínico consiste en estar para el sujeto en el lugar de programa de reconocimiento de la letra. La particularidad es que para reconocer la letra aún es necesario saber leerla.

Referencias bibliográficas

[1] Affinity Therapy, nouvelles recherches sur l'autisme, sous la direction de Myriam Perrin, PUR, Rennes, 2015.

[2] Suskind, Ron, Life, Animated, in Affinity Therapy, nouvelles recherches sur l'autisme, sous la direction de Myriam Perrin, PUR, Rennes, 2015.

[3] Suskind, Ron, Life, Animated, USA, Dysney press, 2014.

[4] Soler, C., «Quelle place pour l'analyste?», Actes de l'école de la cause freudienne, XII,

Paris, 1987, p 31.

[5] Maleval, J-C., Les objets autistiques sont-ils nocifs?, in l'autiste son double et ses objets, sous la direction de Jean-Claude Maleval, PUR, Rennes, 2009.

[6] Algunas fueron recopiladas en el compendio *Affinity Therapy* ya citado. Por ejemplo el testimonio de Vamérie Gay: *«Nos dimos cuenta de que Theo pasaba mucho tiempo delante de la pantalla, y a menudo nos preguntamos si eso era bueno para su salud. Pero no había más que ver el progreso que eso engendraba, y hasta qué punto él se mostraba sereno y confiado. Tuvimos finalmente la prueba de que le era posible aprender, pero a condición de que aquello pase a través de un ordenador»,* p. 34.

[7] Williams, D., Si on me touche je n'existe plus, Paris, J'ai lu, 1992.

[8] Considerando la pluralidad de afinidades de estos sujetos, esto supone un gran compromiso para el clínico.

christophe.le.poec@hotmail.fr

Traducción al español por Pablo Dymant

Une réflexion sur l'Affinity therapy. De l'auto-thérapie à la reconnaissance de la lettre

Cristophe Le Poëc

Psychologue clinicien. Intervenant au Courtil.

Stagiaire á la cigarra en 2009 et en 2013.

L'hypothèse d'une structure autistique défendue par les Lefort à partir de 1996 a fait événement pour les cliniciens et théoriciens du champ lacanien qui rencontrent ces sujets ou qui s'en préoccupent. A Rennes, portée par les recherches et l'engagement de Jean-Claude Maleval, une communauté s'est formée tentant d'isoler les menus détails qui dans la pratique nous permettent de déduire une structure subjective. Outre l'intérêt épistémologique, l'hypothèse structurale implique, c'est là son principal intérêt, une orientation dans la clinique.

Nous souhaitons questionner ici un nouvel événement qui a pris un poids particulier dans la manière dont les collègues de Rennes ont choisi de prendre la parole publiquement pour témoigner de leur travail et de la formalisation de leur pratique. Le concept d'affinity Therapy initié par Ron Suskind a défrayé la chronique aux Etats-Unis et a été grandement mis en exergue par l'équipe de Rennes. L'organisation du colloque international « Affinity Therapy » a réuni à Rennes de nombreux acteurs du RI3, d'universitaires, d'autistes venus témoigner, mais également des parents dont faisaient partie Ron et Owen Suskind. Les actes de ce colloque[11] ont été publiés dans un ouvrage du même nom qui est un petit succès de librairie.

L'émergence de ce nom et la promotion de cette approche aux Etats-Unis est particulièrement

[11]Affinity Therapy, nouvelles recherches sur l'autisme, sous la direction de Myriam Perrin, PUR, Rennes, 2015.

entrée en résonance avec la préoccupation de ces cliniciens du champ freudien tant dans leurs questions cliniques que politiques. Qu'est-ce que l'Affinity Therapy ? Avant d'être une approche, une méthode et une orientation de travail avec l'enfant autiste, il s'agit d'une expérience inaugurale, éminemment singulière puisqu'elle est advenue au sein d'une famille, les Suskind. Cette expérience aurait pu demeurer dans son statut de révolution privée, comme un événement sans précédent pour cette seule famille, si par la voix de Ron Suskind, journaliste, ancien responsable du service politique du Wall Street Journal et prix Pulitzer, elle n'avait trouvé à se faire entendre.

Revenons sur cet épisode. Owen Suskind qui ne parlait plus depuis l'âge de trois ans avait conservé de ses premières années son intérêt pour des séances de visionnage des films de Walt Disney qu'il regardait avec son frère Walter, qui prenait soin de lui passer délicatement le bras autour de la taille. Un écho cependant retentissait dans le silence d'Owen. « Juice », ou « Juicervoice », bruit qui ne trouvait à s'inscrire dans une quelconque interprétation, et qui en restait là, tel un écho étrange criant dans l'éternité. Un jour, Owen regarde pour la énième fois la petite sirène, toujours avec la même assiduité. Ursula, la sorcière aux tentacules, chante le commerce qu'elle propose à Arielle. Owen rembobine puis réécoute en boucle cette voix qui dans la répétition se fait entendre : « Go ahead, Make your choice, I'm a very busy woman, and I haven't all day, It wan't cost much, Just your voice. » La mère d'Owen décode et Ron Suskind s'adresse à son fils : « Just your voice ! Is that what you're saying ! » Owen le regarde et dit très clairement : « Juicervoice. »

C'est l'explosion de joie chez les Suskind. Un nouvel horizon se dessine. Ils décident d'amener Owen au parc de Walt Disney et de soutenir son rapport à cet intérêt. Face au scepticisme des spécialistes, Ron et son épouse ne se résolvent pas. D'autres surprises se font jour. Bientôt, ils arrivent à converser avec leur fils à travers les dialogues des films Disney. Un jour, alors que la fête d'anniversaire de Walter touche à sa fin, celui-ci paraît nostalgique, Owen prend la parole : « Walter doesn't want to grow up like Mowgli or Peter Pan. » L'hypothèse de Ron

Suskind est claire : «Owen se sert de cet intérêt spécifique […] comme une machine à décoder, pour déchiffrer les énigmes du monde qui l'entoure. »[12]
Mais laissons ici l'expérience des Suskind vous renvoyant à la lecture de leur ouvrage[13] pour vous proposer une réflexion sur cette nouvelle nomination et son incidence clinique en partant de la rencontre d'un enfant autiste en institution.

Agustin est entré au Courtil à l'âge de 8 ans alors que ses parents avaient tenu jusqu'ici à ce qu'il soit dans l'enseignement ordinaire. Mais s'il arrivait à apprendre des choses à l'école, il s'isolait de plus en plus. Enfant, il avait un langage restreint quoiqu'il pouvait faire montre d'un vocabulaire parfois très spécifique et d'un niveau considéré comme supérieur à son âge. Au Courtil, ses difficultés avec les autres enfants étaient notables. Il s'isolait et ne les supportait pas. Il s'effondrait alors, se jetait par terre, jetait des objets sur les autres et criait. Depuis toujours, agustin s'intéressait aux programmes télévisés, aux bandes dessinés et aux jeux vidéos. Il en avait une pratique privée, qui débordait de manière manifeste dans les conversations solitaires qui agitaient son corps et qui pourraient être taxées d'écholalies différées. Cette particularité aurait pu être considérée comme une bizarrerie qu'il eut lieu de réduire mais notre parti a été de s'y intéresser comme d'une production. De ce fait, Agustin a pu nous apprendre qu'il trouvait un certain usage de ces ritournelles écholaliques. Nous nous sommes rendus compte qu'il se servait de dialogues empruntés dans les bandes dessinées pour entrer en contact avec les autres enfants. Bien sûr, dans un premier temps, le fait que l'autre ne réponde pas exactement au scénario le mettait en difficulté. Agustin s'est lancé dans un travail d'affinage, par la répétition il est devenu plus juste même si son énoncé restait, en définitive, absolument référé à quelque chose de précis, une situation déjà rencontrée dans

[12]Suskind, Ron, Life, Animated , in Affinity Therapy,, nouvelles recherches sur l'autisme, sous la direction de Myriam Perrin, PUR, Rennes, 2015.

[13]Suskind, Ron., Life, Animated, USA, Dysney press, 2014.

les médias qui constituent son affinité. Agustin m'a souvent témoigné de ce dont Ron Suskind parle lorsqu'il dit qu'Owen utilise l'affinité comme un décodeur. Un jour, alors que je l'accompagne pour son travail scolaire, agustin semble préoccupé par une de ses dents qui bouge. Je lui demande si la petite souris va passer et il me répond sur un ton monotone : « Ma mère m'a dit que je suis trop vieux pour croire à ces bêtises. », « et le père Noël ? » lui dis-je. Sur le même ton : « Ma mère aussi m'a dis que je suis trop vieux pour croire à ces bêtises. » « Mais avant quand tu étais plus jeune tu y croyais ? » « oui » « Alors comment c'était pour toi quand tu y croyais ? » d'un ton beaucoup plus animé il répond: « Je me disais que le père noël pour aller si vite à donner les cadeaux c'était Sonic. » « et la petite souris ? » « Je me disais que c'était les fées de Rayman. »

Lorsqu'il évoque l'affinity Therapy, Jean-Claude Maleval parle de deux subversions. La première est que celle-ci « *se fonde sur les passions qui s'imposent souvent avec une force telle au sujet qu'elles débordent parfois sa volonté.* » La deuxième est « *qu'elle déplace la dynamique du savoir. Il ne s'agit plus de transmettre un savoir, mais de s'appuyer sur le savoir du sujet* ». Si cette deuxième perspective est un point de l'éthique psychanalytique peu discutable, la première en revanche pose justement la question d'une orientation différente pour l'autiste de celle que nous prendrions pour un sujet psychotique. Si, comme le propose Colette Soler, les interventions de l'analyste avec un sujet psychotique peuvent relever « *du silence témoin et de l'étayage de la limite* »[14], la question se pose réellement pour le clinicien du soutien de cet intérêt de l'enfant autiste pour une chose si restreinte, et surtout si gourmande. Rappelons que pour la plupart des autistes, l'affinité spécifique leur prend dans un premier temps tout leur temps et les tient à l'écart des liens sociaux. Agustin passait plusieurs heures à se répéter des dialogues de films, Daniel Tammet des nombres premiers, Schovanec des cartes d'astronomie... La question est de savoir dans quelle mesure le sujet n'est-il pas complètement envahi par cette affinité, n'est-il pas absolument parlé par elle et

[14]Soler, C., « Quelle place pour l'analyste ? », Actes de l'école de la cause freudienne, XII, Paris, 1987, p 31.

s'il est véritablement judicieux de l'accompagner dans cette direction ?[15] Dès lors ce n'est pas sans éprouver quelques doutes que j'ai décidé de m'intéresser aux jeux vidéos d'Agustin. Que je m'y suis engagé en me mettant à jouer avec lui, mais également en dehors des séances. Ces doutes sont assez caractéristiques des questions que posent l'orientation clinique avec les autistes. Les objets autistiques ont également été considérés comme nocifs avant de commencer à supposer leur usage possible pour la constitution d'un bord[16]. Ces doutes sont aussi très présents dans les témoignages des parents qui ont choisi de soutenir les intérêts spécifiques de leurs enfants[17].

Une autre question peut se poser quant au traitement par l'affinity Therapy. Si celui-ci ne consiste pour le sujet qu'à fréquenter l'affinité, ne relève-t-il dès lors que de l'auto-thérapie ? Et ne s'agit-il que de repérer l'affinité et de fournir au sujet l'occasion de s'y adonner ? Qu'en est-il de la rencontre et de l'acte du clinicien ?

En écoutant les propos de nombre d'autistes, ces derniers témoignent abondamment de leur intérêt et de l'importance qu'on eu les autres pour leur développement. Donna William parle

[15]Nous pouvons rappeler le débat sur les objets autistiques (tustin)

[16]Maleval, J-C., Les objets autistiques sont-ils nocifs ?, in l'autiste son double et ses objets, sous la direction de Jean-Claude Maleval, PUR, Rennes, 2009.

[17]Quelques uns sont compilés dans le recueil affinity therapy, déjà cité. Par exemple le témoignage de Vamérie Gay : « *Nous avions conscience que Théo passait beaucoup de temps devant l'écran, et souvent nous nous sommes demandés si cela était bon pour sa santé. Mais il n'y avait qu'à voir les progrès que cela engendrait et quel point il était serein et confiant Nous avions enfin la preuve qu'il lui était possible d'apprendre, mais à condition que cela passe par un ordinateur.* », p 34.

de la rencontre de son grand père[18] qui savait trouver un nom différent pour chaque chose, nous pouvons rappeler que l'événement chez les Suskind ne s'est pas produit parce qu'Owen regardait des films Dysney, mais bien au moment où Ron prononce le signifiant entendu et qu'Owen en accuse réception. Que pouvons nous en déduire vis à vis de notre orientation ?

Alors qu'après une conversation avec Agustin sur les jeux vidéos ma névrose me rattrapait pour dévier sur un thème plus vague mais socialement plus commun, celui-ci me répond sans détour: « Christophe, en fait je préfère continuer à t'expliquer mes jeux vidéos. » J'ai pris cette phrase comme une indication quant à ma place pour lui. Il n'y a pas beaucoup d'écart, il est l'enseignant, et le scénario est clair : il m'explique ce qui pour lui fait monde. Le plus intéressant est le tournant qui s'est opéré dans la pratique lorsque je me suis mis à acquérir un certain savoir sur ces jeux. Loin de l'encombrer, cette nouvelle position lui a permis de soutenir des conversations d'une complexité et d'une profondeur inédite. Il ne perdure pas dans la position d'enseignant puisqu'il lui arrive de me poser des questions précises sur la définition de mots qu'il a entendu dans ces médias. L'important est que nous puissions converser à partir d'un certain nombre de points exempt d'équivoque que lui offrent l'ancrage de son énoncé à la lettre des médias de son élections. Beaucoup de témoignages et c'est tout à fait remarquable dans l'institution dans laquelle je travaille évoquent l'affinité particulière de certains enfants autistes avec les logiciels de reconnaissance de la parole que proposent les grandes marques de téléphonie mobile. Ne pourrions nous pas considérer ici, entre quelques autres, une place possible pour le clinicien lorsque nous constatons l'éveil d'Owen au moment où son père reconnaît et prononce son signifiant ou encore lorsqu'Agustin s'anime si je lui demande de témoigner de sa fiction pour traduire le phénomène du père noël ? Nous proposons donc qu'une perspective pour le clinicien consiste à être pour le sujet en place de logiciel de reconnaissance de la lettre ? La particularité est que pour reconnaître la lettre,

[18]Williams, D., Si on me touche je n'existe plus, Paris, J'ai lu, 1992.

encore faut-il savoir la lire[19].

christophe.le.poec@hotmail.fr

[19]Au vue de la pluralité des affinités de ces sujets cela suppose un grand engagement pour le clinicien.

entreUnos

SABER HACER



Invenciones, modos singulares, arreglos que a veces no se llevan del todo bien con el mundo pero no por ello son menos soluciones. Y en otra perspectiva, cómo vérselas con los restos al final del análisis, qué destino para el goce. De todo ello testimonia hoy *saber hacer*

El saber-hacer de Temple Grandin

Patricio Álvarez Bayón

Psicoanalista, miembro de la EOL y de la AMP, Jefe de Trabajos Prácticos (JTP) de la Cátedra Psicopatología II, UBA. Profesional de planta en el Hospital Italiano, Servicio de Psicopatología Infanto-Juvenil. Supervisor en varios hospitales de CABA y La Plata.

La biografía de Temple Grandin, en su libro *Atravesando las puertas del autismo*, nos permite extraer una serie de enseñanzas para una conceptualización psicoanalítica del autismo.

Su relato, rico en precisiones, anécdotas y descripciones de cómo percibe y siente un autista, sus centros de interés, qué relación establece con los otros, nos hacen entrar en su mundo y entender sus particularidades: nos enfocaremos en el saber hacer que logra en relación a su cuerpo, al borde y al lenguaje.

El borde y la forclusión del agujero

El primer efecto de la forclusión del agujero, tesis que establece Eric Laurent sobre el autismo en *La batalla del autismo*, es que en la medida en que no se establece el agujero que lo simbólico produce en lo real, y por lo tanto no se constituye un *borde topológico* entre lo simbólico y lo real, no es posible para el autista construirse un cuerpo y un yo.

El segundo efecto, es la dificultad para establecer una indiferenciación entre lo que los kleinianos intuitivamente llamaban el yo y el no-yo, es decir, el *borde topológico* que establece la diferencia entre el sujeto y el campo del Otro. Esto tiene efectos sobre la construcción del borde entre el sujeto y los semejantes.

Los primeros años de vida de Temple Grandin testimonian de esta dificultad. Sus primeros recuerdos hacen mención constante a la percepción, al cuerpo y a la relación con los otros.

Tenía las conductas típicas del autismo: obsesión con los objetos que giran, preferencia por la soledad, berrinches, incapacidad de hablar, sensibilidad a los ruidos sorpresivos, sordera aparente e intenso interés por los olores. Era una niña destructiva, que pintaba la habitación con sus excrementos, arrojaba objetos y los rompía. Disponía de tres o cuatro palabras hasta empezar con la terapeuta de lenguaje a los cuatro años[1].

En el plano del cuerpo, la dificultad con el borde se observa desde el inicio en su sensibilidad especial a los ruidos y a las texturas, que la hacían evitar todo contacto. La mayoría de sus recuerdos infantiles se establecen en relación a estos dos elementos: el oído y la piel.

En relación a los otros, establece una separación clara que ubica también la dificultad con el borde: "mi mundo" y "el mundo de la gente". En su mundo "yo disfrutaba dando vueltas y también haciendo girar monedas o tapas. Mientras contemplaba absorta el movimiento, no veía ni oía nada más. Las personas que me rodeaban eran invisibles. Ni siquiera un ruido fuerte y repentino podía sacarme de mi mundo". En el otro mundo, todo era difícil: "pero cuando estaba en el mundo de la gente, era extremadamente sensible al ruido (…) para mí era una pesadilla de ruidos que invadían mis oídos y mi alma" (Grandin, T. 2013, p. 25/26).

A los cuatro años, la terapia de lenguaje le permitió hablar mínimamente. A los cinco ingresó al jardín, pero no podía soportar la bulla escolar y debía aislarse, y su dificultad para entender las sutilezas del lenguaje le impedía socializarse.

En lo que hace a la sensibilidad corporal, no soportaba muchas texturas de ropa o de objetos, y menos aún el contacto corporal con las personas. Desde muy niña recuerda las crisis de excitación que la llevaban a estados de desesperación. No podía detener su necesidad de algo que la calmara, sin saber de ningún modo qué le pasaba o qué podía calmarla. A los siete años "comencé a soñar con un aparato mágico que proporcionara estimulación a mi cuerpo

1 En relación al diagnóstico, en el DSM es un Trastorno del Espectro Autista; para la psiquiatría clásica no sería un autismo de Kanner sino un síndrome de Asperger, en el cual las capacidades de lenguaje y de socialización son relativamente altas. Para el psicoanálisis es un autismo de alto nivel, y observamos que año a año, sus capacidades se van ampliando y modificando.

ejerciendo sobre él una presión placentera. En mi imaginación, ese maravilloso aparato (…) estaría disponible en todo momento para tranquilizarme. Hoy sé que mi visión infantil representaba mi búsqueda de algún medio que satisficiera el anhelo de estimulación táctil (…) yo ansiaba un contacto tierno. Hubiera dado cualquier cosa por ser amada, por ser abrazada. Al mismo tiempo evitaba el contacto, como en el caso de mi tía obesa y demasiado afectuosa. Recibir sus demostraciones de afecto era para mí como ser engullida por una ballena (…) Deseaba y rechazaba al mismo tiempo. (…) Hay un punto de equilibrio entre enseñar a un niño autista a disfrutar del contacto y provocarle el temor a ser engullido (…) La conducta de evitación del contacto y la hipersensibilidad son semejantes. La ropa de lana, por ejemplo, me resulta intolerable incluso en la actualidad (…) Nuestros cuerpos claman por contacto humano, pero cuando se produce lo rechazamos en medio del dolor y la confusión. Sólo pasados los veinte años fui capaz de estrechar la mano de otra persona o de mirarla directamente a la cara" (Grandin T., 2013, p. 34/35).

En relación a ese borde topológico que no se produce estructuralmente, remarquemos aquello con lo que fantaseaba, al modo de un anhelo, y que continuó a través de los años: "Mientras me dedicaba a soñar despierta durante las clases de tercer grado, imaginé un tipo diferente de máquina de bienestar. Se trataba de una caja semejante a un ataúd", y luego otro tipo de máquina: "imaginé un traje inflable capaz de aplicar presión a mi cuerpo. Lo que me dio esta idea fueron los juguetes de plástico inflables que se usaban en la playa" (Grandin T., 2013, p. 36).

No se trata de una ensoñación diurna amorosa, ni sexual. Tampoco se trata, en una niña de 7 y 8 años, de una fantasía lúdica al estilo de las princesas o los cuentos infantiles. Se trata de un fantaseo en relación a una máquina, que sirve para contener algo del cuerpo, es decir un borde, que la tranquilizaría: "en la niñez, como no disponía de ningún aparato mágico que me proporcionara bienestar, me envolvía en una frazada o cubría mi cuerpo con almohadones de sofá para satisfacer mi deseo de estimulación táctil (…) a veces llevaba láminas de cartón como un hombre-sándwich porque me agradaba la presión que ejercían sobre mi cuerpo" (Grandin T, 2013, p.36).

La no constitución estructural de un borde no permite alojar el goce dentro de los límites del cuerpo, porque éste no se constituye. Esa imposibilidad de alojar el goce produce en el autismo las crisis de excitación: "Quizá si yo hubiera tenido un aparato mágico productor de bienestar podría haberme servido de su calor y su presión en lugar de tener berrinches" (Grandin T., 2013, p. 37).

Lo interesante es que años después construirá esa máquina, y luego se hará famosa por ella.

Podemos entonces remarcar hasta el momento, que esta sensibilidad especial expresa bien las múltiples implicancias de la dificultad para la subjetivación de un borde topológico y observar que la dificultad en relación al borde se realiza, como mínimo, en cuatro niveles:

- a nivel del sujeto y el Otro –mi mundo y el mundo de la gente-, en el plano simbólico;
- a nivel de la relación entre el yo y sus semejantes –la sensación de ser engullida, la no diferenciación entre las texturas molestas como la de la lana y los abrazos de las personas, es decir entre los objetos y lo humano -, en el plano imaginario;
- a nivel de la sensibilidad primaria –las texturas y los ruidos-, en el plano simbólico-imaginario;
- a nivel de la construcción del borde corporal y la localización del goce –la evitación del contacto, las crisis de excitación corporal y la fantasía de construir la máquina de presión para alojar esa excitación-, en el plano simbólico-real.

El lenguaje y la forclusión del agujero:

A nivel del lenguaje se produce una tercera consecuencia de la forclusión del agujero.

Lacan señaló en su *Seminario 1* y en la *Conferencia en Ginebra* veinte años más tarde, que hay algo en el autista que se congela, que se detiene, en relación al lenguaje. En su última enseñanza, postuló que lo simbólico, el sistema de significantes en el cual se define al inconsciente estructurado como un lenguaje -sistema que tiene reglas de oposición, de jerarquía y de ordenamiento metafórico o metonímico muy precisas-, está precedido por un tiempo lógico anterior, que es el de *lalengua*. *Lalengua* no es un sistema como el lenguaje, sino que es definida por Lacan como una integral de equívocos compuesta por palabras sin

sentido –los S1- que marcan el cuerpo produciendo acontecimientos, en un tiempo lógico anterior al de la construcción del lenguaje. En *lalengua* los S1 no tienen relación con el S2, no forman un sistema ordenado, sino lo que Lacan llama un enjambre de S1: "El S1, el enjambre, significante amo (…) no es un significante cualquiera (…) El uno encarnado en *lalengua* es algo que queda indeciso entre el fonema, la palabra, la frase y aun el pensamiento todo" (Lacan, J., 1992, p. 176).

Por eso Lacan define en su última enseñanza al lenguaje como una elucubración de saber sobre *lalengua*, porque el lenguaje se construye en un segundo tiempo lógico, encadenando los S1 con los S2. Pero su núcleo y origen es *lalengua*, primera forma de lo simbólico.

Ahora bien, *lalengua* tiene la función de agujerear lo real, y eso permite el anudamiento de los tres registros. Ese agujereamiento es llamado por Lacan *troumatisme*, juego de palabras con el que une el trauma que produce *lalengua*, con el agujero (*trou*) en lo real.

Ese agujereamiento es lo que permite el pasaje de *lalengua* al lenguaje: sin eso no se produce el pasaje. En el autismo, ese agujero está forcluído y por eso el autista permanece en el campo de *lalengua*. A esto se refiere Lacan cuando dice que hay una detención, un congelamiento, algo del lenguaje que no se pone en marcha: el pasaje de *lalengua* al lenguaje no se produce estructuralmente y entonces algo del lenguaje queda detenido.

Por esta razón, Laurent dice que el autista permanece en el murmullo de *lalengua,* porque la forclusión del agujero no le permite encadenar los S1 de *lalengua* al sistema de saber del lenguaje, formando cadenas significantes.

Esto, por supuesto, no quiere decir que los autistas no puedan hablar. Quiere decir que el autista no *necesariamente* habita el campo del lenguaje. Puede habitarlo, o no, según ciertas operaciones que pueda hacer con el lenguaje.

El tratamiento del lenguaje que hace Temple Grandin nos permite entender una de las posibles operaciones que puede realizar un autista. Temple lo llama: "pensar en imágenes" y también "pensamiento visual". En efecto, observamos una operación con el lenguaje que no es la habitual según la lingüística.

Habitualmente, el lenguaje se construye como un sistema de operaciones significantes que se relacionan entre sí a partir de ciertas leyes de oposición y combinación –por ejemplo, la metáfora y la metonimia, entre otras-. Estas leyes son las que permiten generar el significado de esos significantes. Es decir que el significado, la imagen de una palabra, depende siempre del contexto de combinación y oposición de los significantes, es un efecto de la cadena significante.

La imagen es una de las piezas centrales del registro imaginario. Está íntimamente ligada al significado, depende del significante y es un efecto de éste, por lo que es variable, modificable, desplazable. Pero por otro lado, ese valor relativo de la imagen dependiente de la cadena, es correlativo de la primera enseñanza de Lacan donde hay una supremacía simbólica. En su segunda enseñanza, cuando con los nudos propone una equivalencia de los tres registros, el registro imaginario puede también funcionar como un registro que anude, de modo no dependiente del registro simbólico.

El pensamiento en imágenes que realiza Temple Grandin, y quizás aquí podríamos incluir a otros autistas, como Daniel Tammett, le permiten uno de los modos de hacer ese pasaje de *lalengua* hacia el lenguaje, construyéndose un sistema simbólico propio.

Temple parte de la imagen de una palabra, fija un pensamiento visual, y sólo desde ahí puede establecer el sistema de oposiciones significantes. Ella lo ubica como un pasaje del pensamiento concreto al pensamiento abstracto. Sólo desde las imágenes puede subjetivar un significante. Es el modo inverso al que describe Lacan para la neurosis.

El primer recuerdo infantil que Temple Grandin cuenta en su libro es de sus tres años. Su madre llevaba a ella y a su hermana en auto por la autopista, ella tenía puesto un sombrero que odiaba por su textura, se lo saca, la madre le insiste en que se lo ponga y ella logra tirar el sobrero por la ventanilla abierta de su madre. Su madre intenta agarrarlo mientras maneja, se sale de pista, y son arrollados por un camión. Ella sentía con placer el movimiento del auto que giraba en círculos. Allí recuerda sus primeras palabras: *hielo!* (ice), cuando miraba fascinada como estallaba el parabrisas del auto.

El dato que le permite decir la palabra hielo es la imagen de los vidrios que caen sobre ella -además de, como señala Maleval, la enunciación y la angustia[2]-. Hielo, es una de las palabras-imagen que le permitieron comenzar a hablar. Sus palabras iniciales eran "hielo", "ir", "mío" y "no". Son para ella palabras imagen: partía de su significado para poder pronunciarlas.

El pensamiento en imágenes es su modo singular de construirse un lenguaje. Es cierto que tuvo consecuencias: le impuso una adquisición más lenta que para los demás niños y luego además no le permitió comprender lo que ella llama las sutilezas del lenguaje, pero al mismo tiempo fue su recurso para hablar.

A los cinco años empezó el jardín de infantes. "Por fortuna no me daba cuenta de hasta qué punto era diferente de los demás. Yo no hablaba como los otros niños. No comprendía las sutilezas del lenguaje." Su terapia del lenguaje, acompañado por su recurso de pensar con imágenes, le permitía entender el sentido concreto de las palabras.

Desde sus ocho años, esta dificultad la llevaba a fijarse en un tema perseverativamente –lo que también ubica en la serie del pensamiento en imágenes-, o bien a permanecer callada. Por ejemplo, la campaña electoral de un gobernador de la que no paró de hablar durante meses, o la obsesión de formular preguntas constantemente: "era capaz de hacer una y otra vez la misma pregunta, esperando con placer oír la misma respuesta. Si un tema determinado me intrigaba, le dedicaba toda mi atención y hablaba de él sin parar". "Incluso de noche, estando en la cama, tenía que hablar: contarme cosas a mí misma en voz alta".

Otro ejemplo de esto fue la creación de personajes imaginarios en la pre-pubertad. Se trata de un esbozo de lo que llamamos el doble real en el autismo, un doble fantaseado que les permite imaginarizar un guión determinado. En algunos casos, como en Donna Williams,

---

2 J.-C. Maleval ha comentado escenas semejantes al situar cómo el autista se resiste a articular el objeto voz a la palabra, como modo de no inscribir la operación de alienación. Demostró cómo en ciertos momentos de angustia extrema, un autista puede soportar por un instante el peso de la enunciación, articulando la voz con la palabra, y decir por ejemplo luego de años de mutismo: "devuélveme mi pelota!".

esos dobles reales tenían nombre y toda una vida. En el caso de Temple Grandin se trata de un esbozo de un doble real, no tuvo la pregnancia que tuvo en otros casos. Pero está ubicado en el plano del pensar con imágenes, dado que le permitía simbolizar situaciones que vivía, por ejemplo su propia conducta traviesa o de berrinches, pero ubicadas en un personaje: "Uno de los principales personajes de mis relatos ficticios era Bisban, un actor. Lo mejor que tenía mi Bisban era su capacidad para controlar cosas. Yo quería controlar cosas y Bisban era mi otro yo. Controlaba las persianas, el termostato, la luz de la heladera. Pero cometía también travesuras, como atar los cordones de los zapatos de mi padre o poner sal en la azucarera. A veces, cuando me contaba a mí misma en voz alta historias de Bisban, no podía parar de reír". "Cuando tenía 11 años mi reparto de personajes había aumentado, y a menudo Alfred Costello participaba en las historias que yo imaginaba. Alfred, una persona real, era uno de los alumnos de mi clase y se pasaba molestándome (…) En mis historias Alfred arrojaba desperdicios en la escuela o le sacaba la lengua a la maestra. Yo reía cuando me contaba esas historias en voz alta. Y cuando en mis historias Alfred era atrapado, me reía a más no poder".

En la pubertad, las modificaciones corporales se presentaron como un problema a tratar con imágenes. "Un chico, que tendría unos años, le dijo a su amigo: No te molestes en mirar a la recién llegada, no tiene tetas ¿Tetas? Repetí, y los chicos se rieron. El resto de la tarde la palabra tetas fue mi favorita. Me encantaba pronunciarla, la repetía sin cesar".

En la pubertad sus crisis de excitación aumentaron. Sin un borde corporal y sin el significante fálico del que dispone la neurosis, el goce no podía ser alojado. Pero al menos, disponía del pensamiento en imágenes.

En conclusión, en las distintas épocas vemos que el pensamiento en imágenes o visual constituye para ella un modo de articularse al lenguaje. Es el esbozo de una solución singular que le permite anudar lo simbólico con lo imaginario. Probablemente ese anudamiento no le permite construir un saber hacer con lo real, pero le permite habitar el lenguaje. Le permite hacer la difícil operación del pasaje de *lalengua* a un modo de habitar el lenguaje, pese a las consecuencias de la forclusión del agujero.

Saber hacer ahí con el síntoma:

A los 16 años se producen dos acontecimientos que le permiten una solución. Y con esa solución, nos referimos a un anudamiento de los tres registros que le permite a la vez una pacificación y un saber-hacer ahí con su síntoma autista. Una responde al pensamiento con imágenes. La otra, a la construcción del cuerpo.

Desde la pubertad las crisis de excitación –llamados por ella ataques de nervios- habían aumentado mucho. A los 16 años fue a un parque de diversiones y encontró que un juego llamado el Rotor, con la hiperexcitación que le producía al hacer girar violentamente su cuerpo, la calmaba. Dos cosas la calmaban: o bien la hiperexcitación o bien la inmovilidad.

Buscando solución a sus crisis, una vez debió acompañar a sus compañeras al servicio religioso y las palabras del pastor le parecieron enigmáticas: "Llamad y Él os responderá. Yo soy la puerta, el que por mí entrare será salvo", dijo el pastor y agregó "Ante cada uno de vosotros hay una puerta que da al cielo. Ábranla y estarán salvados". Desde ese momento se concentró en buscar puertas: la del armario, la del baño, la del establo, todas las puertas disponibles. Hasta que encontró que estaban construyendo un mirador cerca de su casa: "del edificio sobresalía una pequeña plataforma, me subí a ella y allí estaba la puerta! (…) La había encontrado! La puerta que daba a mi cielo. Un símbolo visual. Todo lo que tenía que hacer era pasar por esa puerta. Por supuesto, en esa época no sabía que mi pensamiento era visual y que necesitaba símbolos concretos para elaborar los conceptos abstractos (…) En los días y meses que siguieron visité a menudo el mirador (o Nido de cuervo como lo llamaban) (…) En la intimidad del Nido de cuervo pensaba en mi niñez, en la confusión, el esfuerzo por comunicarme, los conflictos (…) Una y otra vez era atraída por el Nido de cuervo. Cuando estaba allí sentía como si fuera a descubrir algo sobre mí misma. Y lo hacía" (Grandin T., 2013, p. 75/77).

Esta primera solución está dada por su pensar en imágenes, le proporciona la posibilidad de un aislamiento de los estímulos humanos.

A los 17 años fue por primera vez de vacaciones alejada de sus padres, en la granja de su tía Ann. Allí hizo los trabajos típicos de campo, pero llamó principalmente su atención la manga del ganado donde una máquina inmovilizaba a las vacas para ser vacunadas. Pasó horas pidiéndole a su tía que accionara la palanca para quedar inmovilizada en esa máquina.

Al llegar de sus vacaciones, rápidamente se puso a construir una máquina que reprodujera el mecanismo, a la que llamó *la máquina de apretar*. Esa máquina fue la solución definitiva para sus ataques de nervios: cada vez que aumentaba la excitación, aquella que le resultaba insoportable desde siempre, se metía en la máquina de apretar y accionaba la palanca. La pacificación era instantánea.

La máquina causó gran conmoción en el colegio de montaña donde los alumnos vivían durante la semana. Profesores y compañeros interpretaban la máquina con simbolismo sexual o como signo de un empeoramiento de su extraño comportamiento. El psicólogo del colegio le dijo: "Temple, no tenemos un problema de identidad, no es cierto? Quiero decir, no creemos ser una vaca o algo así, no es cierto?". –"¿Está loco? Por supuesto que no creo ser una vaca o algo así. ¿Usted cree ser una vaca?", le preguntó ella, cosa que irritó mucho al psicólogo, quien rápidamente se comunicó con sus padres para informarles, y con el departamento de psiquiatría, quienes también consideraron que su aparato era malsano y que no debía ser usado. Intentaron privarla del aparato, lo cual aumentó al máximo sus ataques de nervios. El escándalo en el colegio se resolvió con el final de las clases dado que ya estaba por graduarse.

El antecedente para la construcción de la máquina había sido un profesor que la había introducido a la construcción de dispositivos de la física, maquetas y máquinas. Al iniciar sus estudios universitarios prosiguió sus conversaciones con él, y así se le ocurrió que, para evitar un nuevo escándalo y que la máquina fuera aceptada en la universidad, podía hacer un experimento científico con ella. Su tesis universitaria tuvo como objetivo demostrar estadísticamente que su máquina de apretar servía para tranquilizar también a las demás personas. Los resultados que obtuvo le permitieron aprobar su tesis, construir una máquina mejorada, y que la universidad aceptara que ella tuviera la máquina en su habitación.

Tanto el uso de la hiperestimulación (girar en círculos en su infancia, el rotor en la adolescencia) como la inmovilización del cuerpo o el aislamiento (la fantasía de máquina, el mirador, luego la máquina) como modos de calmarse, muestran en su vida sus dificultades con el borde y por lo tanto, la construcción del cuerpo. Ella remarca la solución definitiva que constituyó primero encontrar esa puerta, y luego, la construcción de su máquina de apretar, un antes y un después en su vida.

El Nido de cuervo, producto del pensamiento en imágenes, le permite una solución imaginaria que demarca un interior-exterior –la puerta versus el mundo de las personas-, es decir la construcción de un borde que funciona como suplencia del borde entre el sujeto y el Otro. Dado que la forclusión del agujero impide la constitución estructural del borde y el cuerpo, este borde de artificio que construye como suplencia, tiene un funcionamiento efectivo, que la calma y le permite elaborar construcciones simbólicas con las que enfrenta mejor el mundo de la gente.

La máquina de apretar va más allá: permite localizar un exceso de excitación, un goce que ningún instrumento simbólico o imaginario previo podía alojar. En ese sentido, es un borde que anuda algo de lo real del goce con lo imaginario, y por lo tanto, funciona como la suplencia del borde imaginario-real que constituye el cuerpo.

Estas soluciones tienen el carácter de una suplencia o un *sinthome*, en la medida en que son soluciones definitivas. Las usa durante esos años y luego aquella solución a la que llegó, queda inscripta, no necesita usarlas más. Algo queda anudado con esas suplencias y pese a que después pueda tener otras dificultades e incluso algunas crisis de excitación, funcionan como algo a lo que ella puede recurrir subjetivamente. Este saber-hacer-ahí con su solución, queda demostrado en el uso que hace de ellas durante años.

La historia de Temple continúa, pero no nos extenderemos más. Sólo mencionaremos que tuvo mucho éxito en el mercado de las haciendas estadounidenses al inventar una máquina de apretar el ganado que mejoraba en mucho las existentes, que tiene un doctorado en psicología animal, y que dedicó sus descubrimientos sobre sí misma al trabajo con padres de niños autistas, esclareciéndolos con sus libros y sus conferencias sobre la subjetividad de un

autista. También, como es sabido, se filmó en el año 2010 una película sobre su vida a partir de este libro, llamada *Temple Grandin*, que ganó un Globo de Oro.

patricioalvarezb@gmail.com

Referencias bibliográficas

- Grandin, T., Atravesando las puertas del autismo, 2013, Paidós, Buenos Aires.
- Lacan, J. [1972-73], El Seminario, libro 20, *Aun*, 1992, Paidós, Buenos Aires.

Entrevista a Guillermo Belaga

Guillermo Belaga es médico psiquiatra y psicoanalista. Miembro de la EOL y de la AMP. Es jefe del Servicio de Salud Mental del Hospital Central de San Isidro y coordinador de Salud Mental de la municipalidad de esa localidad bonaerense. Es autor de numerosas publicaciones. Y artista plástico invitado por entreUnos para ilustrar con su obra el presente número.

Por Aracelli Marchesotti

¿Cuál es tu relación al arte y al psicoanálisis?

Mi relación al arte es anterior al psicoanálisis. Viene de la infancia, gané un concurso municipal de pintura cuando tenía 10 años. Tiene también un lazo con la familia, tengo una tía pintora. Así que tiene varios puntos…

Después, cuando empecé la residencia de psiquiatría - yo ya me analizaba – encontraba como importante en la pintura, como un tratamiento del sinsentido. Necesitaba ir a hacer algo de pintura para, si se quiere, tramitar la contratransferencia de la psicosis. Frente al impacto de la psicosis, de la sala de internación del hospital Piñero, etc., necesitaba ese espacio que todavía es algo que sigo manteniendo. Tengo una suerte de lazo con la pintura hasta hoy.

Después, leyendo a Lacan, me gustó la idea de que la pintura es un tratamiento del vacío. Ahora incluso sigo trabajando ese tema. Cuando Lacan dice que la pintura es un tratamiento del vacío, y que la ciencia es una forclusión del vacío, y que el psicoanálisis es una experiencia en relación al vacío, entonces queda claro por qué él se interesó tanto por el arte y por qué el arte anticipa ese tratamiento del vacío.

El punto donde el arte nos lleva la delantera…

Claro, justamente.

También me gusta la idea de Lacan, que no me gustaba tanto la de Freud respecto de que vengan a interpretar tu propia obra como una formación del inconsciente. Hubo varias razones por las cuales me hice lacaniano. Una porque Lacan hablaba de Marx y la plusvalía, y yo venía de la militancia marxista y eso me cayó simpático. Y la otra es porque Lacan, cuando habla del síntoma, habla de los *límites* que se invierten en *efectos de creación*. Lo que dice en la frase que está en *De nuestros antecedentes*: "*… la fidelidad a la envoltura formal del síntoma, que es la verdadera huella clínica, nos llevó a ese límite en que se invierte en efectos de creación*". Siempre me interesó ese punto del límite y los efectos de creación. Entonces es una práctica para mí, pero también, cuando salí del Piñero y entré al Hospital de San Isidro, lo primero que hice fue fundar los talleres del servicio. O cuando estaba en la Guardia del Piñero, armé las Mateadas de fin de día, con los pacientes. Y ahora en APSA (Asociación de Psiquiatras Argentinos) estoy a cargo del espacio de arte. Por ejemplo en el último Congreso de APSA se expusieron todas las obras de los talleres de los hospitales. De los pacientes y de los profesionales, juntamente.

Yo creo en esa práctica, en ese punto que Lacan llama *efectos de creación* y exploro eso. Por eso también exploré el tema del Pase.

Hay una idea que me interesó y que expresó bien un artista llamado Eduardo Stupía. Él se pregunta *¿qué es una obra de arte?* Y dice que la obra de arte no es una obra acabada, sino que es un *obrando*.

Del orden del work in progress, podríamos decir.

Exactamente. Porque después la obra de arte como objeto ya entra en una lógica de mercado y del gusto que ya se desprende del artista.

Por otra parte, yo dibujo sobre el piso. Es como un juego para mí, tiene algo lúdico. La obra se hace con gestos. No es que la configuro, sino que tiene algo gestual.

Pensaba entonces si tiene para vos un efecto de sorpresa la obra en la que estás trabajando y con la que te encontrás.

Totalmente. Te cuento que en una oportunidad hice un libro con las fotografías de mis obras. Y el fotógrafo tomó fotografías de algunos de los detalles de las obras que eligió él. Entonces me interesó hacer ese trabajo. De una pintura, tomar un recorte, un detalle y en otro papel, es como si lo hubiese aumentado, pero solo esa parte. Y así empecé a hacer juegos en función de algo que descubrí, que no lo tenía claro antes. Se me ocurrió hacer eso entonces, extraer un detalle de mi obra y agrandarlo, un rasgo.

Hay un rasgo que es mío, que es siempre poner un punto rojo. La obra que ustedes usaron en la tapa está sacada del rasgo de otra obra.

Me gustó la idea de que sobre algo que ya tenía cierto movimiento, extraer un detalle, que no es cualquiera, sino que tiene que ver con mi pase. Hay en este punto rojo un tratamiento de un resto del propio análisis. Y sobre ese punto de resto, pinto.

Y qué hay en esto de la pulsión, de lo escópico?

Es una función de mancha, si querés, como se puede pensar a nivel del Seminario 11. La función de la mancha… si no encuentro la mancha, no considero que esté terminado. La mancha en relación a un vacío.

Hablábamos hace un rato sobre la sorpresa. ¿Y hay algún cálculo previo?

La textura de los materiales hace a una sorpresa. Por ejemplo, cómo el aceite pliega en forma indefinida. Es una sorpresa para mí la textura que se va a armar. Es decir, hay un pequeño cálculo y a medida que avanzo, hay también la sorpresa.

¿Cuándo es el momento de concluir una obra?

Hay como un punto de satisfacción. Hay una idea de que está inconcluso… Es más, a veces está inconcluso y uno lo quiere concluir y te das cuenta que hiciste algo de más. Y ya molesta el exceso. Y eso ya no me gusta.

Un arquitecto de la escuela de Le Corbusier decía *menos es más*. Hay un punto donde, si franqueas ese *menos*, ya no es la obra, es como un cocoliche de pintura.

Lo que sí está claro para mí es que se me ocurre un trazo y se me ocurre la mancha. Y la secuencia puede ser, a veces a partir del trazo, a veces a partir de la mancha.

Por último, reflexionaba acerca de que los psicoanalistas escribimos bastante y solemos preguntarnos acerca de por qué escribir. Y se me ocurre preguntarte ¿por qué pintar?

Es diferente. Yo también escribo mucho y publico. En los testimonios de pase yo escribí también sobre mi relación al arte. Y me encontré con un texto que es *La sublimación literaria*. Son modos de la sublimación. Pero para mí es como algo más. El texto que yo escribo rara vez no es para publicar. Lo que yo pinto, no sé si es del mismo estatuto, puedo no mostrarlo. De hecho hago un esfuerzo (por mostrarlo). A veces me copo con algo y digo 'esto lo voy a mostrar'. Pero está desconectada la obra del mostrarlo. En un momento me copé con eso, hice dos libros con mis obras, pero ahora cesó y quedó como algo más privado. El ejercicio de agarrar la primera obra, tomar el rasgo y demás, es algo lúdico, algo con lo que me copo. Me gustan los olores, jugar en el piso, es medio infantil.

No obstante, igualmente hay una satisfacción. Ustedes conocieron mi obra y de hecho ahora forma parte de esta publicación y hay una satisfacción ahí.

Muchísimas gracias Guillermo, por esta charla y por prestarnos tan generosamente tus obras para este número de nuestra revista.



entreUnos - Diciembre - 2016